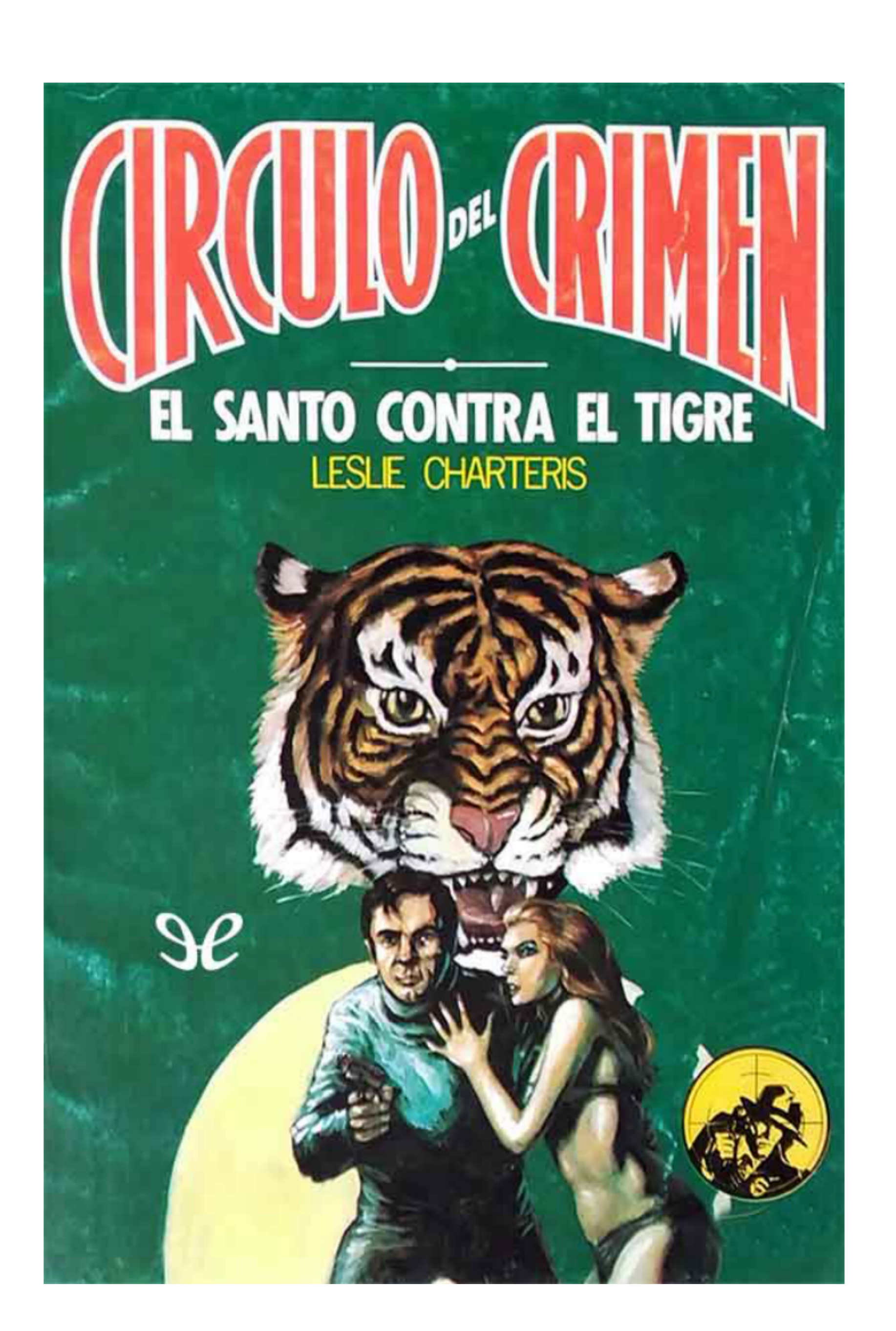

CIRCULO DEL CRIMEN
EL SANTO CONTRA EL TIGRE
LESLIE CHARTERIS

En «El Santo contra el Tigre» Simon Templar sigue hasta Baycombe, Devon, las huellas del Tigre, un gángster de Chicago que protagonizó un atraco donde obtuvo una gran cantidad de oro y que vive en una pequeña fortaleza abandonada de la I Guerra Mundial. Su objetivo es cobrar la recompensa por recuperar el botín y entregar al culpable a la justicia.

Leslie Charteris

El Santo contra el Tigre

El Santo - 1

ePub r1.0

Titivillus 06.02.2019

Título original: *Meet the Tiger!*
Leslie Charteris, 1928
Traducción: José Fernández
Retoque de cubierta: Titivillus

Editor digital: Titivillus

ePub base r2.0



1. El torreón

Baycombe es una pequeña población en la parte norte de la costa de Devon, que se halla tan aislada del mundo, que aun en el apogeo del movimiento veraniego la desdeña la multitud de matrimonios que, con sus hijas casaderas y demás familia, acuden a las playas en busca de todo menos de salud. Por lo tanto, bien se podía perdonar al forastero que vivía allí desde hacía sólo tres días que se adaptara a la monotonía de las costumbres regulares del lugar, a pesar de que este forastero era un hombre tan poco convencional como Simón Templar.

Poco tiempo después de que Simón Templar se estableciera en Baycombe, este apacible y pacífico pueblo empezó a agitarse, sucediendo cosas que sobrecogieron a sus apacibles y pacíficos habitantes. Pero, al principio, Simón Templar encontró Baycombe tan aburrido como había sido durante los últimos seiscientos años.

Simón Templar —en algunas partes del mundo conocido por el apodo de *el Santo* a causa de sus iniciales [1]— era un hombre de veintisiete años, alto, de rostro enjuto, tostado al sol, y ojos azules. Dos días después de su llegada ya estaba su nombre en boca de todos.

La casa en que vivía (en la que un equipo de obreros de Ilfracombe trabajó durante treinta y seis horas para hacerla habitable) habíase construido durante la guerra [2] como instalación de defensa costera, en un momento en que el Ministerio de la Guerra se sintió alarmado por los rumores de una invasión proyectada en el punto más impensado de la isla. Tal vez porque los técnicos pensaron que Baycombe podría ser para un estratega enemigo el punto más imprevisible, construyeron un torreón en el peñasco que dominaba la villa. El trabajo fue hecho a conciencia; se instaló en la torre una pequeña guarnición, pero, al parecer, el

Ministerio de la Guerra había sido más listo que los estrategas alemanes, porque no hubo tentativa de desembarco en Baycombe. En 1918 se retiró de allí la guarnición y el armamento, y la pequeña fortaleza quedó abandonada a merced de los chicos de Baycombe hasta que Simón Templar descubrió que el torreón y el terreno circundante eran aún propiedad del Ministerio de la Guerra, y se las arregló para que se lo cediesen por veinticinco libras esterlinas.

En esta singular vivienda habíase instalado el Santo junto con un criado llamado Horacio.

A las nueve de la mañana del tercer día (el Santo sentía una profunda aversión a madrugar), el criado entró en el dormitorio de su amo llevando una taza de té y una jarra de agua caliente.

—Excelente mañana, señor —dijo Horacio, retirándose.

Este había hecho resaltar del mismo modo la excelencia de todas las mañanas durante los últimos ocho meses, no permitiendo jamás al tiempo que cambiara tan agradable costumbre.

El Santo bostezó, se desperezó como un gato y vio con ojos entornados que el sol entraba a raudales por el hueco de la pared que hacía las veces de ventana. Viendo que el optimismo de Horacio era esta vez justificado, Simón Templar suspiró, volvió a desperezarse y, tras un momento de indecisión, saltó de la cama. Se afeitó rápidamente, bebiendo a sorbitos el té; luego se puso un traje de baño, y salió afuera, al sol, recogiendo de paso un trozo de cuerda. En la hierba, frente al torreón, se dedicó durante quince minutos a hacer ejercicios de salto, luego boxeó durante cinco minutos con un enemigo invisible, al cabo de los cuales cogió una toalla, se la anudó al cuello, recorrió a saltos los doce metros que había entre el torreón y el borde del risco y se descolgó como si tal cosa por el peñasco. Era preciso bajar cincuenta metros, pero había muchos salientes donde agarrarse; así que pudo bajar por el acantilado con la misma facilidad con que bajaría por una escalera. El agua estaba en calma. Nadó durante un cuarto de milla a una velocidad de carrera, se tumbó de espalda y regresó lentamente a la playa. Después se quedó tendido en la arena, dejándose tostar por el sol.

Durante los días anteriores había hecho lo mismo con absoluta regularidad y estaba ahora pensando lánguidamente en lo absurdo de las costumbres, cuando sucedió una cosa que le demostró que la

regularidad de las costumbres puede ser peligrosa.

Algo pasó rozándole la oreja con un silbido, y el guijarro que estaba contemplando saltó, mientras que la cosa que silbaba cambió de tono y rumbo, perdiéndose en el agua.

—Mala puntería, chico —murmuró el Santo suavemente—. Un centímetro más cerca y…

Pero ya se había puesto de pie antes de que la detonación del disparo llegase a sus oídos.

Se hallaba en uno de los brazos de la bahía, que tenía forma semicircular. La población estaba en el centro del arco. Un cálculo rápido le indicó que el tiro procedía del risco, entre el torreón y la villa, pero no pudo descubrir nada en el horizonte. Al instante apareció arriba la silueta de un hombre que gesticulaba y se oyó la voz llena de ansiedad de Horacio. El Santo hizo señal con la toalla de que estaba bien y se encaminó hacia el risco.

Realizó la difícil ascensión aparentemente sin el menor esfuerzo y sin inmutarse por la posibilidad de que el asesino oculto pudiese aventurarse a un segundo ataque. En seguida, el Santo se halló arriba, sobre la hierba, en jarras, contemplando con mirada aguda el sitio de donde al parecer salió el disparo. A un cuarto de milla había un grupo de arbustos; más allá estaba el camino de herradura que conducía hasta el pueblo. El Santo se encogió de hombros y se volvió hacia Horacio, que seguía mostrándose intranquilo.

—¡Vaya! El Tigre sabe lo que se hace —observó Templar con cierta admiración.

—¡Por tonto! —exclamó Horacio—. ¿Qué esperaba usted? Se lo tiene bien merecido; esto le enseñará a tener más cuidado… ¿No estará usted herido, señor? —añadió con ansiedad.

—No…, pero faltó poco.

Horacio volvió a gesticular.

—Lástima que no le hiriera un poco, para que tuviese más cuidado en el futuro… Yo se lo habría agradecido a ese Tigre. Y si alguna vez pongo las manos en ese puerco, me las pagará —concluyó el criado alejándose hacia el torreón.

Horacio, que fue sargento de Infantería de Marina, había recibido un tiro en la cadera en el ataque a Zeebrugge y cojeaba un poco.

—El desayuno estará dentro de un minuto —exclamó sin

volverse.

El Santo fue tras él a paso lento y entró silbando en su dormitorio. Sin embargo, el criado, que entró en el comedor justamente al cabo de un minuto llevando en una bandeja el desayuno, encontró a Templar arrellanado en una butaca. El Santo llevaba camiseta y pantalón de deporte.

—Horacio —dijo con ganas de charlar y alzando la tapa de la fuente de jamón y huevos fritos—, parece que la cosa está a punto de empezar. La orquesta está dispuesta; los músicos, en sus puestos; el director acaba de pasarse los dedos por el cabello, y el…

—El café está enfriándose —le interrumpió el criado.

El Santo untó una tostada con mantequilla.

—¡Qué antipático te vuelves, Horacio! —dijo quejándose—. Bien, si mis metáforas no te impresionan, te diré sencillamente que ahora es cuando empieza la cosa.

—Bueno —convino Horacio yéndose a la cocina.

Simón terminó de desayunar y volvió a sentarse en la butaca desde la cual dominaba el risco y el mar. Echó una ojeada al periódico del día anterior y luego se fumó un cigarrillo. Al fin se levantó, se puso una chaqueta, cogió un buen bastón y se fue a la puerta, llamando a su criado.

—¿Qué desea, señor? —preguntó Horacio desde el umbral de la cocina.

—Voy a dar una vuelta. Regresaré a la hora del almuerzo.

—Bien, señor… ¡Señor!

El Santo, que ya se marchaba, se detuvo. Horacio sacó de debajo de su delantal un revólver de antes de la guerra, de enorme calibre, que ofreció a su amo.

—No es muy vistoso —dijo, acariciando el cañón—, y no lo emplearía para tirar al blanco, pero hace un agujero más grande en un hombre que esas pistolas automáticas que parecen juguetes.

—Gracias, Horacio —dijo sonriente el Santo—. Hace demasiado ruido. Prefiero a «Ana».

—Bueno.

Horacio tenía la habilidad de poner todos los matices de expresión en este vocablo, y esta vez no cabía duda acerca de lo que quería decir.

El Santo estaba examinando una hoja delgada que había sacado

de una vaina atada al antebrazo, oculta por la manga. El puñal tenía una hoja de quince centímetros de largo y estaba ligeramente curvada. La empuñadura, que no pasaba de siete centímetros, era de marfil artísticamente tallado. En conjunto ofrecía un aspecto de algo vivo en manos de aquel hombre; su filo era tan agudo, que hubiera servido de navaja de afeitar. El Santo lanzó el arma al aire y la cogió, al caer, por el mango, volviéndola con el mismo movimiento a su vaina y con tal velocidad, que desapareció como por encanto.

—No vayas a insultar a «Ana» —dijo—. Es capaz de cortar el pulgar a un hombre antes de que éste acabe de sacar el revólver.

Y con estas palabras se alejó, bajando la colina en dirección al pueblo, dejando a Horacio con su pesimismo.

Era a principios de verano; el tiempo era bueno, un hecho que hizo que la elección del torreón como vivienda fuera menos absurda que si hubiese sido en invierno. (Había otros motivos para tal elección, además del deseo de respirar el aire fresco del mar y de llevar una vida tranquila). El Santo silbaba mientras iba caminando, haciendo girar un formidable bastón, mas sus ojos no dejaron de estar atentos un segundo a todo lugar que pudiera servir de escondite a sus posibles enemigos. Con pasos resueltos se dirigió a los arbustos que le habían parecido sospechosos por la mañana, y estuvo un rato buscando huellas. Cerca del borde del risco encontró un casquillo entre las hierbas.

—Una bala «Mauser» —comentó—. Malo, malo.

Examinó detenidamente el suelo, guardándose el casquillo, pero, a causa de la sequedad del tiempo, no halló ninguna huella de la persona que había disparado la bala. Luego reanudó, muy pensativo, la marcha.

Baycombe, que en realidad no pasa de ser una aldea pesquera, está situado al mismo nivel del mar, pero a ambos lados se alzan en la costa los rojizos acantilados y, al fondo, el monte; así que Baycombe se halla en una hondonada abierta hacia el mar, sobre el canal de Bristol. Mirando desde el puerto al mar, el torreón del Santo quedaba a la derecha, en lo alto del risco, el único edificio hacia el este; el risco que se alzaba a la izquierda del puerto tenía unos quince metros menos de altura y en él había unas seis o siete casas pertenecientes a gentes de posición. El Santo, por medio de

Horacio, que había ido a beber cerveza a la taberna del pueblo conocía los nombres y las costumbres de la gente de Baycombe. El más rico era un tal Hans Bloem, un hombre del Transvaal, de unos cincuenta años de edad; se decía de él que su riqueza corría pareja con su tacañería. En casa de Bloem paraba con frecuencia un sobrino suyo, un tal Algernon de Breton Lomas-Coper, que llevaba monóculo, tan simpático como antipático su tío y que tenía fama de persona ridícula. El personaje más distinguido era sir Michael Lapping, un juez jubilado; los nuevos ricos estaban representados por sir John Bittle, un almacenista retirado. Contaba Baycombe también con su casa solariega, pero ya no era de los aristócratas que la poseyeron; su propietario era desde hacía muchos años la señorita Ágata Girton, una mujer hombruna, que vivía allí bastante aislada. Con ella convivía una huérfana, muy querida por todo el pueblo. Había también los funcionarios jubilados Smith y Shaw, que habitaban una casita pequeña, y un tal doctor Carn.

«Realmente, un grupo ordinario y aburrido —reflexionó Simón Templar en lo alto de la calle Mayor del pueblo—, excepto tal vez la huérfana».

Con estos pensamientos dirigió sus pasos hacia la «Luna Azul», la taberna del pueblo; pero quiso el azar que aquella mañana no llegase a ella, porque cuando pasó por la puerta de los almacenes en que se surtía el pueblo de todo lo imaginable, salió una muchacha y tropezó con ella.

—¡Perdone! —dijo el Santo sosteniendo a la joven.

Después recogió del suelo un paquete que se le había caído y, al devolvérselo, pudo observar mejor el hermoso rostro, adornado con la más bella de las sonrisas.

—Usted debe de ser la huérfana —dijo—. Señorita Pat…, el pueblo no da más señas.

—Patricia Holm —dijo la joven—. Y usted debe de ser el hombre misterioso.

—¡Caramba!… ¿Ya me llaman así? —preguntó el Santo con gran interés.

La joven se dio cuenta de que la modestia no era una de sus mejores cualidades.

Siempre es un problema saber si es el hombre quien hace el apodo o el apodo quien hace al hombre. Es dudoso saber si Simón

Templar se hubiera sentido tan orgulloso de su título si no supiese que le daba carácter; en cierto modo, el Santo era muy egoísta.

—Corren los más fantásticos rumores —observó la joven. Y el Santo adoptó su expresión más cándida.

—Quiero que me lo cuente todo —contestó.

Ajustando su paso al de ella, habían empezado a subir el áspero camino de la cuesta que llevaba a las casas del risco opuesto.

—Temo que le hayamos parecido muy poco hospitalarios —admitió la muchacha—. El caso es que, habiendo elegido usted el torreón como vivienda, la gente se pregunta si sería usted una persona asequible o imposible. La sociedad de Baycombe es muy aristocrática.

—Lo que me halaga. Por lo tanto, después de ver su casa, volveré al torreón para reflexionar sobre el problema de si la sociedad de Baycombe es asequible o imposible.

—¡Qué ocurrencia! A propósito, ¿qué le trae a este lugar?

—Ansias de emoción y de aventura —contestó el Santo con rapidez—, además de la ambición de ser tremendamente rico.

La joven le miró sorprendida, frunciendo el ceño; pero la expresión de Templar la convenció de que hablaba sin la menor ironía.

—Nunca hubiera creído que alguien viniera aquí para eso.

—Al contrario —le aseguró Simón Templar en tono amistoso—, yo no vacilo en recomendar este encantador pueblo a todo aventurero como uno de los pocos sitios en Inglaterra donde luchas, asesinatos y muertes repentinas pueden estar a la orden del día.

—Vivo aquí, con intervalos, desde que tenía doce años, y lo más emocionante que recuerdo es el incendio de una casa —contestó Patricia Holm, que no podía quitarse la impresión de que aquel hombre se burlaba de ella.

—En tal caso, sabrá usted apreciar los sucesos venideros —murmuró el Santo en tono alegre, haciendo girar el bastón.

Llegaron a la casa solariega, que no era un edificio imponente, sino sencillo y agradable, y la muchacha le tendió la mano.

—¿Quiere usted entrar?

El Santo no se hizo repetir la invitación.

—Encantado.

La señorita le llevó a un salón sombrío, pero ventilado y bien

amueblado. Simón tomó asiento en una de las butacas finamente tapizadas, sin darse cuenta del contraste que su indumentaria campestre producía con la riqueza del salón; el Santo no se fijaba jamás en tales detalles.

—¿Me permite que vaya a buscar a mi tía? —le preguntó la señorita Holm—. Sé que le gustaría conocerle a usted.

—¡Naturalmente! —asintió el Santo, cuya sonrisa hizo sospechar a la muchacha que su contestación se refería tanto a la pregunta como a la afirmación.

La señorita Girton no tardó en llegar; Simón Templar, al verla, se dijo en seguida que el pueblo de Baycombe no había exagerado al tildaría de antipática. «Una bruja», había dicho Horacio, y el Santo estaba conforme con esta apreciación. La señorita Girton era fuerte y alta como un hombre y sorprendía la fuerza de su apretón de manos. Su rostro era curtido y duro; llevaba falda ancha, blusa de tejido burdo, medias de lana y zapatos gruesos de tacón bajo. El pelo lo llevaba corto.

—Tenía ganas de conocerle —dijo al recién llegado—. Espero que vendrá pronto a cenar con nosotros; le presentaré a algunos amigos. Temo que la sociedad de aquí sea muy restringida para usted.

—Tampoco estoy preparado para la gran sociedad. He decidido olvidarme por ahora de que existen trajes de etiqueta.

—Entonces, le invitaré a almorzar.

—¿Me perdona si no acepto? No crea que sea por desatención, pero mi criado me espera hoy. Si no volviese —explicó el Santo—, Horacio se figuraría que me había sucedido algo, en vista de lo cual cogería su revólver para buscarme y podría hacer daño a alguien.

Sobrevino una pausa desagradable en la conversación, pero sólo parecieron advertirla las dos mujeres, porque Templar estaba admirando una hermosa copa de cristal veneciano, sin reparar en que hubiese dicho algo inusitado. La muchacha se apresuró a salvar la situación.

—El señor Templar ha venido a Baycombe por aventuras —dijo, y su tía se quedó mirándole sorprendida.

—Pues le deseo mucha suerte —dijo—. Entonces, el viernes, señor Templar, si le parece bien. Invitaré a algunos amigos…

—¡Encantado! —contestó el Santo, haciendo una reverencia y

sonriendo con cierta ironía—. Al fin y al cabo, no veo por qué no se han de observar las reglas de la buena sociedad aunque aceche lo peor.

La señorita Girton pidió permiso para retirarse, y el Santo fumó un cigarrillo en compañía de la señorita Holm, charlando animadamente con ella. Templar era un buen conversador y ya no hacía ninguna alusión terrorífica. Sin embargo, advirtió que la muchacha le miraba de cuando en cuando con una mezcla de perplejidad, aprensión e interés, que le divirtió mucho.

Al fin se levantó para irse, acompañándole ella hasta la puerta del jardín.

—No parece usted estar loco —observó la señorita al bajar el sendero—. ¿Por qué hablar de cosas tan terribles?

El Santo la contempló con ojos sonrientes.

—Toda la vida he dicho siempre la verdad. Es una gran ventaja, porque, al hacerlo, nadie le toma a uno en serio.

—Pero hablar de asesinatos y revólveres…

—Tal vez —dijo el Santo con su sonrisa burlona—, el recuerdo que espero merecer de usted será bastante interesante si le digo que desde esta mañana se están haciendo esfuerzos inimaginables para asesinarme. Pero, desde luego, no moriré; de modo que no necesita usted preocuparse demasiado por mí. Quiero decir que no vaya a ponerse nerviosa o a pasar por mi causa las noches en vela.

—Procuraré no hacerlo —contestó la muchacha en tono superficial.

—Usted no me cree —la acusó Templar con severidad.

Ella vacilaba.

—Bien…

—Llegará un día en que me pedirá perdón por su incredulidad.

Y haciéndole una reverencia un poco fría, se marchó tan de repente, que la joven se quedó mirándole con la boca abierta.

Templar llegó a la una en punto al torreón, encontrando a Horacio nervioso y disgustado.

—Ya me estaba temiendo lo peor —dijo—. No hay derecho a hacerle padecer tanto a uno. Es usted tan descuidado, que parece mentira que el Tigre no le haya matado ya una docena de veces.

—He encontrado a la muchacha más encantadora del mundo —le contestó Simón sin pizca de arrepentimiento—. Por todas las

leyes de las aventuras, tendré que salvarle la vida dos o tres veces durante los próximos diez días. En el último capítulo la besaré apasionadamente. Nos casaremos…

Horacio resopló.

—La comida estará dentro de un minuto —dijo. Y desapareció.

Templar se lavó las manos y se pasó el peine por el cabello, aprovechando el minuto que su criado le había concedido. Estaba pensativo. Era muy vanidoso y le halagó que aquel pueblo le tuviese por un personaje novelesco. Pero una razón poderosa hacía exteriorizar su capricho. Le pareció que el Tigre le conocía muy bien a él y sus intenciones y que, por lo tanto, de nada serviría fingir.

El Santo silbaba animadamente cuando Horacio entró con la comida. Sabía que el Tigre se hallaba en Baycombe. Templar había cruzado medio mundo para robarle un millón de dólares, y el duelo entre los dos prometía ser tan divertido como cualquiera de las muchas aventuras de su arriesgada vida anterior.

2. El naturalista

Algernon de Breton Lomas-Coper era uno de los geniales Algys que ha hecho famosos el escritor P. G. Woodehouse, y su tipo solía exclamar característicamente de vez en cuando: «¿Eh? ¿Eh?», para demostrar que apenas podía creer en su propia inteligencia; pero, en aquel instante, en casa de la señorita Girton, hizo estas exclamaciones para expresar que apenas podía creer lo que oía.

—Es absolutamente cierto —le contestó Patricia—. Viene a comer con nosotras hoy mismo.

—¡Caramba! —exclamó Algy con voz débil. Y volvió a quedarse asombrado, con la boca abierta.

Era uno de esos hombres para quienes no pasa el tiempo. Por su aspecto, lo mismo podría tener veinticinco que treinta años. Examinándole de cerca, lo que pocos hacían, se podía ver que la segunda cifra era probablemente exacta. Era rubio, carirredondo y de tez sonrosada.

—No parece tan fiero —dijo Patricia—; es más, resulta hasta simpático. Sin embargo, no cesaba de hablar de las cosas terribles que según él han de suceder. Dijo que trataban de asesinarle.

—*Dementia persecutoria* —opinó Algy, añadiendo su acostumbrado «¿Eh?».

La muchacha movió la cabeza.

—Estoy segura de que se halla en sus cabales. No he visto una persona más cuerda.

—*Entensio cruris paranoia* —sugirió Algy.

—Y eso ¿qué es?

—Un deseo irresistible de gastar bromas.

Patricia frunció el entrecejo.

—Va usted a creer que yo también estoy loca —dijo—, pero el caso es que, al oírle, hay que creerle. Es como si le retara a uno a

tomarle en serio.

—Bien; si logra acabar con el aburrimiento de esta aldea, le estaré muy agradecido. ¿Va usted a invitarme también para que pueda conocer a ese *fenómeno*?

Algernon se quedó.

Cerca de la una, Patricia vio que Templar subía la cuesta, y salió a su encuentro. Llevaba el mismo traje del otro día, pero, además, cuello y corbata. La saludó con una sonrisa.

—Aún estoy vivo —observó—. El diablo anduvo anoche en derredor de mi casa, pero le eché un cubo de agua fría y se marchó. Es asombroso cuán fácilmente se enfría el ardor de los asesinos.

—¿No está usted llevando las cosas un poquito lejos? —protestó ella, molesta consigo misma por la falta de convicción que había en sus palabras.

—Me sorprende que usted diga eso —replicó él con gravedad—. Personalmente, empiezo ahora a apreciar la verdadera truculencia de la broma.

—Cuando menos, espero que no revolucionará usted toda la mesa —observó Patricia viendo que Templar sonreía.

Hubo cócteles en el salón (la sociedad de Baycombe se preciaba de moderna), y allí fue cuando entró Algy, presentándose al Santo.

—Encantado…, encantado… Es un placer esperado, ¿eh? —dijo a su manera.

—¿De veras? —preguntó el Santo con ingenuidad.

Algy ajustó el monóculo y miró al forastero de arriba abajo.

—¿De modo que usted es el hombre misterioso? ¿No le importa, verdad, que le llame así? Estoy seguro de que no todo el mundo le llama el hombre misterioso, y, francamente, creo que le va muy bien el apelativo. De manera que ha tomado usted nada menos que el torreón, ¿eh? No es demasiado corriente vivir allí. Pero, claro, usted es uno de esos hombres que vemos en las películas.

—Algy, está usted cometiendo una falta de educación —le interrumpió la joven.

—¿De veras? Pues no era mi intención. Buena camaradería, ¿eh, eh? No se ofenda, viejo, ¿verdad que no se ofende?

—Viniendo de usted, claro que no —dijo Templar con doble sentido.

De nuevo fue Patricia la que intervino para salvar la situación.

Conocía ya un poco el carácter del Santo y la preocupaba su temeridad. Lo creía capaz de sacar el revólver de un momento a otro.

—Algy, sea usted bueno y diga a mi tía que se dé prisa.

—Ese es el sobrino de Mynheer Hans Bloem —observó el Santo con calma cuando la puerta se hubo cerrado tras el charlatán—. Tiene treinta y cuatro años. Vivió algunos en los Estados Unidos. En Londres se le conoce como hombre que tiene minas en el Transvaal.

—Sabe usted más de él que yo —dijo Patricia, asombrada.

—Es mi oficio espiar los asuntos de los demás —repuso Templar solemnemente—. Podría ser una falta de educación, pero es muy útil.

—Tal vez conozca usted también todo lo que a mí se refiere —exclamó Patricia, desafiante.

—Sólo las cosas más importantes. Que se educó usted en Mayfield; que la señorita Girton no es tía suya, sino una prima muy lejana; que lleva usted una vida muy tranquila, y que ha viajado algo. Depende usted de la señorita Girton porque ella administra sus bienes hasta que tenga veinticinco años. Esto es, de aquí a cinco años.

—¿Se da usted cuenta de que está cometiendo una impertinencia? —prosiguió ella con acento glacial.

El Santo asintió.

—Es imperdonable —admitió—. Mi única excusa es que cuando se ha puesto precio a la cabeza de uno, toda precaución con las nuevas amistades es poca.

Al decirlo, miraba pensativo el contenido dorado de la copa, que conservaba en la mano sin beber.

—A su salud —dijo al fin, haciéndolo. Dejó la copa en la mesa, sonrió y dijo—: Al menos, de usted nada tengo que temer.

Patricia no tuvo tiempo de encontrar una respuesta adecuada, porque, en aquel instante, Algy volvía con la señorita Girton y un hombre alto, delgado, de rostro curtido, que le presentaron al Santo con el nombre de Bloem.

—Mucho gusto en conocerle —murmuró Templar—. Siento que las acciones «T. T. Deeps» estén tan bajas en Bolsa, pero es una buena oportunidad para acapararías.

Bloem se sobresaltó y se le cayeron los lentes, que quedaron

colgando de una cinta negra. Miró a Templar como quien ve visiones.

—Debe usted de estar muy familiarizado con la Bolsa, señor Templar —dijo al fin.

—Es extraordinario, ¿verdad? —repuso el Santo con la más inocente de las sonrisas.

Tocábale ahora el turno de ser presentado a sir Michael Lapping. El ex juez estrechó su mano cordialmente y, como era un poco corto de vista, se acercó para examinar el rostro de Templar.

—Me recuerda usted a un hombre que encontré un día en el Palacio de Justicia, pero no sé si fue por razones profesionales.

—Yo lo recuerdo perfectamente. Era cuando condenó a Harry Le Duc a siete años de cárcel. Hace seis, se evadió; me han dicho que vuelve a estar en Inglaterra desde hace algunos meses; de manera que tenga cuidado cuando salga de noche.

Templar debía acompañar a la señorita Girton a la mesa, pero ésta le cedió el honor a Patricia y la joven pudo intercambiar unas palabras con él.

—Ya ha faltado usted dos veces a su palabra.

—Lo he hecho para llamar la atención —contestó el Santo—. Ahora que el interés se centra en mí, descansaré sobre mis laureles.

Ya en la mesa, la mirada de Templar se cruzó con la de Patricia, y la burla que siempre vagaba en sus ojos se convirtió en franca sonrisa. Ella frunció el entrecejo, echó atrás la cabeza y se puso a discutir seriamente con Lapping; pero cuando, poco después, miró de soslayo al Santo para ver cómo había tomado el desaire, se dio cuenta de que debajo de sus finos modales se desternillaba de risa. Esto la enfureció.

Simón Templar había viajado. Hablaba con gran interés, aunque con cierta egolatría, de lugares lejanos y selváticos. Había estado en Vladivostok, Armenia, Moscú, Laponia, Chung-King, Pernambuco y Sierra Leona, entre otros. Al parecer, había pocos sitios salvajes del mundo que no hubiese visto y en algunos había tenido aventuras. En África del Sur descubrió una veta de oro, y veinticuatro horas más tarde perdió todo el dinero jugando al póquer. Hizo contrabando de armas en China, de whisky en los Estados Unidos y de perfumes en Inglaterra. Tras un año en la Legión Extranjera española, logró desertar. Pagó el precio del pasaje a Nueva York

trabajando de camarero; recorrió el país a pie; se abrió camino luchando a través de México durante una de las frecuentes revoluciones; pudo hacer algunos miles de libras esterlinas en Buenos Aires, de donde regresó viajando como multimillonario, para perder todo el fruto de su larga peripecia en las carreras de Epsom Downs.

—Pues encontrará usted la vida de Baycombe muy aburrida después de una existencia tan emocionante —observó la señorita Girton.

—En cierto modo, no estoy de acuerdo —repuso el Santo—. Encuentro el aire aquí muy tonificante.

—¿Y cuál es hoy el objeto de su vida?

—Ahora —dijo el Santo con voz suave— estoy buscando un millón de dólares. Quisiera terminar el resto de mis días viviendo con lujo, y no puedo hacer nada sin quince mil libras anuales.

Algy se moría de risa.

—¡Estupendo, estupendo! —decía—. ¡Estupendo! ¿Eh? ¿Eh?…

—En efecto —convino el Santo con modestia.

—Temo que no encontrará usted su millón de dólares en Baycombe —observó Lapping.

El Santo puso las manos sobre la mesa y examinó sus uñas con suave sonrisa.

—Me deprime su observación, sir Michael —contestó—. Tenía yo un gran optimismo. Me habían dicho que se podría encontrar aquí un millón de dólares, y no es fácil dudar de las palabras de un hombre moribundo, sobre todo teniendo en cuenta que uno ha tratado de salvarle la vida. Sucedió eso en un lugar llamado Ayer Pahit, en los Estados Malayos. Habíase refugiado en las selvas porque le persiguieron en todas partes desde que descubrieron que se había establecido en Singapur para gozar de una parte injusta del botín… Uno de los perseguidores, un malayo a sueldo, le cogió y le hundió el cris en el cuerpo. Le encontré poco antes de que expirara; me contó la mayor parte de la historia… Pero les estoy aburriendo…

—Nada de eso. En absoluto —exclamó Algy rápidamente, y los demás le apoyaron.

El Santo movió la cabeza.

—Estoy seguro de aburrirles si continúo —dijo, obstinado—.

Supongamos que haya hablado del Brasil… ¿Saben que hay una aldea tras una sierra, casi infranqueable a causa de la espesa selva, en la que viven aún algunos descendientes de Hernán Cortés? Gradualmente van siendo absorbidos por los nativos, pero aún llevan espadas y hablan castellano. Casi no daban crédito a sus ojos cuando les enseñé mi rifle. Recuerdo…

Fue imposible hacerle volver al asunto del millón de dólares.

Después de tomar el café, aprovechó la primera ocasión para despedirse, intercambiando unas palabras con Patricia.

—Cuando me conozca usted mejor, perdonará mi debilidad.

—Supongo que sólo se trata de un absurdo deseo de causar sensación —dijo ella con voz glacial.

—Nada más que eso —respondió el Santo con entera franqueza; y se fue a su casa satisfecho del resultado obtenido.

A pesar de las protestas de Horacio, por la tarde fue a pasear. Quería conocer el terreno de las afueras, y el camino le llevó hacia la loma que protegía la aldea en el lado sur. Era la primera vez que recorría aquel terreno, pero sus experiencias en la caza habían sido una buena enseñanza para él, y al cabo de tres horas conocía el lugar tan bien como los vecinos del pueblo.

Al regresar encontró a un desconocido. Había caminado sin ver un alma, ni siquiera un campesino, porque todo el camino de aquella parte era un erial abandonado. Aquel hombre que vio de pronto a media milla parecía inofensivo.

Vestía pantalón azul, llevaba una especie de mochila sobre el hombro y en la mano una red para cazar mariposas. Caminaba de un lado a otro sin rumbo, daba saltos, corría o caminaba a gatas. No parecía advertir la llegada de Simón Templar, y éste, avanzando sigilosamente, llegó a su lado cuando aquél estaba buscando algo en la hierba. Mientras el Santo le observaba, dio un grito de alegría y extrajo de la hierba un cetónido que puso en seguida en una cajita que sacó de la mochila. Luego el entomólogo se puso de pie, sudando y sofocado.

—Buenas tardes —observó cordialmente, secándose la frente con un pañuelo de seda.

—Excelente tiempo, en efecto —convino el Santo.

Simón Templar tenía la desconcertante costumbre de tomar las frases muchas veces en su sentido literal, un hábito que había

adoptado porque así obligaba al otro a continuar la conversación.

—Es un pasatiempo inocente y sano a la vez —explicó el desconocido, señalando al mismo tiempo el campo—. Aire fresco, ejercicio, y todo en uno de los paisajes más maravillosos de Inglaterra.

Era un hombre más bajo y más grueso que Templar. Sus grandes ojos estaban resguardados tras enormes gafas; tenía un bigote muy poblado. El aspecto de aquel hombre, ya mayor, con su ridículo traje y el cazamariposas, divirtió al Santo.

—Naturalmente…, usted es el doctor Carn —dijo.

—¿Cómo lo ha sabido?

—Parece que siempre me toca sorprender a la gente —dijo, quejándose, el Santo—. Y es tan sencillo… Usted se parece tanto a un doctor como a cualquier otra cosa, y sólo hay un doctor en Baycombe. ¿Cómo van los asuntos de su profesión?

Ante tan desconcertante afirmación, Carn perdió su jovial talante.

—¿De mi profesión? —dijo con aspereza—. No le comprendo.

—No es usted el único —suspiró el Santo—. Casi no me entiende nadie. Y no hablaba de su nueva profesión, sino de la antigua.

Carn examinó al joven de cerca, pero el Santo estaba mirando hacia el mar y su rostro era impenetrable, exceptuando una leve sonrisa que podía interpretarse de muchas maneras.

—Es usted muy listo, Templar…

—Señor Templar para todos, mas, para usted, el Santo —le corrigió éste con benevolencia—. Naturalmente, soy muy listo; si no lo fuese, estaría muerto. Y mi especialidad es una memoria infalible para las fisonomías.

—Es usted muy listo, Templar, pero esta vez se equivoca y, al insistir en su error, olvida usted los buenos modales.

El Santo favoreció a Carn con una sonrisa irónica.

—Bien, bien —murmuró—, errar es cosa humana, ¿verdad? Pero dígame, doctor Carn: ¿por qué echa usted a perder su elegante indumentaria con una pistola automática? ¿Tiene miedo a que los cetónidos se subleven?

Al mismo tiempo hacía girar su grueso bastón como si quisiera cerciorarse de su eficacia como instrumento contundente, y sus azules ojos, maliciosos, no se apartaban del rostro del naturalista.

Carn sostuvo la mirada, pero al fin se molestó:

—Oiga usted, le voy a decir que…

—Yo también he sido inspector de Caballería de Marina de la Armada suiza —dijo el Santo animándole. Y al ver que la indignación de Carn no le dejaba hablar, añadió—: ¿Pero por qué soy tan insociable? Véngase al torreón y cene conmigo. Sólo podré darle conservas, porque ya no comemos carne fresca desde que vimos que una gaviota se murió después de probar un trozo que le dimos; pero nuestro *brandy* es «Napoleón»…, y Horacio sabe preparar muy bien las sardinas…

Cogió al naturalista del brazo y le obligó a echar a andar. Con su acostumbrada amabilidad, supo convencer al doctor en menos de tres minutos de que debía aceptar la invitación, y al llegar los dos al torreón, el naturalista le reía las gracias al Santo.

—Es usted un lince, Templar —observó Carn cuando estuvieron sentados a la mesa bebiendo el vermut.

El Santo arqueó las cejas.

—¿Porque no creí en lo del naturalista?

—Sí, y por no vacilar en manifestarlo.

—El que vacila —dijo el Santo sentenciosamente— está perdido. A mí no me asusta nadie.

Durante la cena hablaron de política y de literatura (sobre estas cuestiones, el Santo tenía opiniones heréticas) con la misma animación y tranquilidad con que lo harían dos personas que se hubiesen conocido en circunstancias normales.

Después de que Horacio hubo servido el café, Carn sacó la cigarrera y la ofreció al Santo. Este la contempló, movió la cabeza y dijo:

—Ni siquiera de usted, hijo mio —enojando a Carn.

—Están perfectamente bien —exclamó.

—Me alegro de que no haya echado a perder ningún cigarro.

—Le doy a usted mi palabra…

—La aceptaré, pero no tomaré sus cigarros.

Carn se encogió de hombros, separó un puro para sí y lo encendió. Templar se arrellanó cómodamente en la butaca.

—Me alegro de que no lleve usted armas —observó el doctor.

—Eso sólo se puede hacer en las películas, porque, en la vida corriente, la policía se mete siempre con la gente que empieza a

disparar al menor motivo. De todos modos, no aconsejo a nadie que confíe en mi consideración por la tranquilidad de los vecinos si estoy en mi casa y me atacan.

Carn se echó hacia delante.

—Bueno, ya hemos estado fingiendo bastante. ¿No será mejor ir directamente al asunto?

—Lo que usted quiera.

—Sé que está usted tramando algo. Hice mis averiguaciones. Ni siquiera es usted agente secreto del gobierno. Conozco algo de su historia y sé que no ha venido usted a Baycombe para vegetar en este rincón rural de Inglaterra. Es usted un hombre que no va a ningún sitio si no hay dinero o aventuras de por medio.

—Cabe que haya abandonado mis proyectos antes de empezar.

—Cabe, en efecto; pero usted es de los que no abandonan. Además, ¿qué se figura usted que he estado haciendo aquí todo este tiempo?

—Tal vez buscando algún bicho raro, desconocido aún en la entomología —murmuró el Santo.

Carn hizo un gesto de impaciencia.

—Ya le he dicho que admito que sea listo, y vuelvo a afirmarlo. Pero no tiene usted necesidad de pretender que soy tonto; sabe usted que no es así. Usted está aquí para pescar lo que se pueda, y me parece que adivino lo que es. En tal caso, tengo la obligación de oponerme a sus manejos, a no ser que usted colabore conmigo. Templar, le hago el favor de poner las cartas boca arriba, porque, por lo que he oído, es mejor trabajar con usted que en contra suya. ¡Venga, sea franco conmigo!

—Hay un millón de razones para no hacerlo —dijo el Santo con tranquilidad—. Las perdió el Banco Confederado de Chicago hace mucho tiempo y las quiero para mí, amigo.

—¿Y se figura usted que las conseguirá?

—No veo ningún límite a mi capacidad de salirme con la mía.

Templar se movió un poco en la oscuridad y, tras una pausa, dijo:

—Hay otra razón, además, que me impide sincerarme con usted, Carn, y es… que no permito nunca que los cachorros de tigre escuchen mi confesión.

—¿Qué quiere usted decir?

—Quiero decir —contestó el Santo elevando la voz— que en este momento hay ahí un hombre que nos está mirando por la ventana. Le estoy apuntando. Si se mueve, le levanto la tapa de los sesos.

3. El chantaje

Carn se puso en pie de un salto, llevándose la mano a la pistolera. El Santo se echó a reír.

—Ya se ha ido —dijo—. Se agachó tan pronto empecé a hablar en voz alta. Pero ahora comprenderá usted lo difícil que es no morir asesinado cuando alguien quiere sangre.

El Santo hablaba con su habitual calma, pero no se estaba quieto. Había apagado la luz en el mismo instante en que Carn se puso de pie, y le hablaba desde la ventana.

—No veo nada. Esta gente es tan sigilosa como el ratón que quiere roer las barbas del gato. Voy a salir; quédese ahí sin moverse.

Carn oyó que el Santo se alejaba; después percibió voces en la cocina. Al poco rato entró Horacio llevando en una mano una palmatoria y en la otra su amado revólver. No dijo nada. Puso la vela en un rincón para dejar libre la ventana y esperó tranquilamente, con su pistolón amartillado.

—Llevan ustedes aquí una vida agitada —observó Carn, y en seguida se enfrentó Horacio con él apuntándole con el arma.

—Bueno —dijo el criado lacónicamente.

El Santo volvió al cabo de diez minutos.

Mala hora para encontrar a alguien —dijo—. Es noche cerrada, y ese golfo debió de huir derecho a su casa cuando le asusté… ¡Cerveza, Horacio!

—Voy, señor —dijo el criado, y se marchó del mismo modo que había entrado.

—¿Tiene más gente en casa? —preguntó Carn después de contemplar pensativo al criado y su absurdo armamento.

—No, señor.

Templar volvió a encender la lámpara, y la llama del fósforo iluminó un instante con viva luz su impasible rostro. Carn se quedó

aún más pensativo. Por su profesión había tratado con toda suerte de personas, hombres listos, no pocos peligrosos y algunos misteriosos, pero en aquel momento se preguntaba si en toda su vida había tropezado con un hombre tan listo y tan peligroso como aquél, que parecía de un modo tan misterioso capaz de hacer frente a todos los percances y aventuras de su azarosa vida.

—Preferiría tenerle a usted a mi lado que contra mí, Santo —dijo Carn—. Recibiría una buena recompensa. Piénselo.

Con los brazos en jarras, el Santo contempló a Carn.

—Gracias —dijo al fin—. No me impresiona su oferta. Pensándolo bien, los individuos no son suficientes para justificar una inversión de capital. Oiga mi ofrecimiento ahora: haga causa común conmigo y le prometo un tercio. Piénselo, señor inspector Carn.

—Doctor Carn.

—¿Hemos de seguir fingiendo? ¿Qué se ha figurado, amigo?

Carn se rascó la nariz.

—Como usted quiera. Tiene usted ventaja sobre mí, porque yo, la verdad, casi nada o muy poco sé de usted.

—Esa es la mejor noticia que he oído en mucho tiempo —exclamó el Santo con alegría.

Carn se levantó después de beber algunos vasos de cerveza, y Templar se puso también en pie.

—Permítame que le acompañe —dijo—. Estaré más tranquilo.

—Si se figura que necesito un ama de cría… —empezó Carn con cierto calor.

Pero el Santo se cogió del brazo del detective con sonrisa encantadora, diciendo:

—Nada de eso. Me encanta el paseo nocturno.

Vivía el inspector en una casita en los terrenos detrás de los de la casa solariega de Baycombe. Templar ya la había visto y se había preguntado a quién podía pertenecer. Por un motivo que no supo analizar, se sintió satisfecho de saber que Patricia Holm tenía a su alcance nada menos que a un verdadero inspector de la policía de Londres.

Durante el camino, Carn le informó que hacía tres meses que se hallaba en el pueblo. Se mostró en cierto modo muy locuaz, pero no reveló nada esencial. También se refería amablemente a las buenas

cualidades del Santo, un hecho que complació mucho a Templar, sin hacerle prescindir de su innata precaución.

—Creo que sería un duelo muy interesante —dijo Carn.

—Así lo espero —convino Templar con cortesía.

—Tanto más porque es usted el bandido más seguro de sí mismo que he encontrado hasta ahora.

El Santo se echó a reír.

—No precipite los acontecimientos —protestó—. Aún no he cometido el crimen. Tengo casi un proyecto mediante el cual me será fácil evitarme la molestia de ir contra la ley. Escribiré mañana a mis procuradores y le haré saber lo que decida.

Rechazó la invitación de Carn de entrar en su casa para tomar una copa y, deseándole buenas noches, se marchó hacia el torreón.

Pero sólo recorrió el camino durante el trecho que Carn podía vigilar desde su casa. Llegado a cierto lugar, volvió sobre sus pasos y, moviéndose como una sombra, se dirigió hacia la villa de sir John Bittle.

Se le había ocurrido que sus investigaciones bien podrían extenderse a ese nuevo rico. Acababan de dar las diez, pero la posibilidad de que aún estuviesen levantados en aquella casa no podía detenerle, porque el Santo era temerario en extremo.

La casa estaba rodeada de un alto muro de aspecto siniestro y misterioso que le daba apariencia de antigua prisión. Templar rodeó el muro sin hacer el menor ruido, asemejándose en sus movimientos a un piel roja que espiara un campamento enemigo. Había una puerta posterior que parecía una entrada medieval y la cual no se podía forzar sin determinadas herramientas que Templar no llevaba en su equipaje. En la parte delantera existía una puerta doble, ancha, fuerte, imposible de forzar.

No le quedó más remedio que escalar el muro. Afortunadamente, el Santo era de buena estatura; poniéndose de puntillas, pudo alcanzar el borde con la mano. Satisfecho de la prueba, se quitó la americana y, sujetándola entre los dientes, se mantuvo a pulso con las manos en el borde del muro, colocando la americana encima de los trozos de vidrio incrustados en la piedra, y salvó el obstáculo. Una vez arriba, se dejó caer al otro lado como un gato.

Después se deslizó rápidamente a lo largo del muro hasta la

entrada posterior, porque había descubierto desde fuera los alambres de una instalación de alarma. Encontró pronto los hilos y cortó uno de ellos, inutilizando de este modo las precauciones que había tomado el dueño de la casa. Luego descorrió el cerrojo de la puerta y dejó ésta entreabierta, dispuesta para la huida.

Después se dejó caer de rodillas y avanzó a gatas hacia la casa. A cualquiera que le hubiese visto así le habría parecido un loco: cuando avanzaba unos centímetros, movía las manos cuidadosamente en todas direcciones, como una hormiga con sus antenas. De este modo pudo evitar el contacto con dos alambres de otra instalación de alarma, uno casi a ras del suelo y el otro a la altura de los hombros. Al llegar a la pared de la casa se puso de pie, riendo en silencio.

«Veamos ahora al guerrero que se rodea con tantas precauciones», se dijo el Santo.

La parte de la casa que tenía delante estaba a oscuras, y, después de reflexionar un instante, Templar se dirigió rápidamente hacia la parte sur de la misma. Apenas llegó a la esquina, vio dos rodales de luz en el césped y poco después llegó junto a una de las puertas-vidrieras de la habitación que estaba iluminada. Las cortinas no se hallaban del todo corridas y se podía ver lo que pasaba en el interior.

Era la biblioteca, lujosamente amueblada. Se veía claramente que la avaricia de sir John Bittle no le impedía rodearse de todas las comodidades. La alfombra era de confección turca, muy espesa y gruesa; los sillones, anchos, bien tapizados de cuero; en uno de los rincones había una estatua de bronce de gran precio; las paredes estaban con los estantes llenos de libros.

El Santo abarcó los detalles de la habitación con una mirada, y al instante se fijó en un individuo que sólo podía ser sir John Bittle, el dueño de la casa. Tratábase de un hombre gordo, carilleno, que estaba sentado en una butaca; llevaba traje de etiqueta y fumaba un buen habano.

Creía Templar que Bittle estaba solo, pero, de pronto y cuando iba a avanzar, oyó la voz del millonario:

—Conque ya lo sabe usted, señorita.

El Santo se quedó de piedra al oír una voz familiar:

—No puedo creerlo.

Templar se apartó un poco de la pared para poder ver mejor. Patricia estaba sentada en una butaca frente a Bittle, tenía las facciones angustiadas y el pañuelo, retorcido entre sus manos, denunciaba una gran congoja.

Bittle se echó a reír con risa ronca y antipática que no llegó a alterar sus duras facciones. El Santo también rió, pero entre dientes; si Bittle hubiera podido oírle, habría percibido un sonido poco agradable para él.

—Supongo que tampoco se convencerá si le enseño documentos…, pagarés…, recibos, ¿verdad? —preguntó el millonario. Extrajo algunos papeles del bolsillo y se los tendió a la joven—. He tenido mucha paciencia, pero ya me estoy cansando. Supongo que, al verla a usted, me puse tonto y romántico, pero ya no daré un céntimo más en hipoteca sobre una finca que no vale la mitad de lo que he prestado a su tía.

—Le dará usted un grave disgusto —dijo Patricia, pálida.

—Es preferible eso que hacer un mal negocio.

La muchacha se levantó, haciendo crujir los documentos entre sus manos.

—Sería un acto muy bajo —exclamó con vehemencia—. ¿Qué son unos miles de libras esterlinas para usted?

—Mucho. Significa nada menos que puedo dictar mis condiciones.

Patricia se quedó rígida. Hubo un silencio lleno de siniestros augurios. Luego, con voz cansada, preguntó:

—¿Qué condiciones?

Sir John Bittle hizo un ademán de impaciencia.

—Por favor, nada de melodrama. Al fin y al cabo, la cosa no es nada del otro mundo. Yo quisiera que aceptara usted ser mi mujer.

La muchacha se quedó sin poder contestar durante un rato; la última lágrima desapareció de sus ya blancas mejillas. Alzó los documentos exclamando:

—Aquí tiene mi respuesta, ¡sinvergüenza!

Y rompiendo los papeles en varios trozos, se los lanzó a la cara, clavándole, iracunda, la mirada.

—¡Muy bien, chiquilla! —murmuró el Santo.

Bittle, sin embargo, se mostró imperturbable; de nuevo rió con risa bronca, sin que su rostro, impenetrable, rollizo e hinchado,

revelase la menor emoción.

—No eran más que copias —dijo con voz burlona.

El Santo pensó en romper la tensión del diálogo con un ligero comentario del tercero en discordia y se dispuso a salir a escena.

—¡Qué tonta es usted! —añadió Bittle—. ¿Se ha figurado que hubiese podido subir desde abajo hasta llegar a ser lo que soy sin tener inteligencia? ¿Cree usted que yo, que he vencido a los abogados más listos de Londres, iba a permitir que una provincianita se burlase de mí? ¡Bah! —Y tras breve pausa—: Hablemos con calma y no perdamos los estribos. ¡Nada de melodramas! El caso es muy sencillo: o se casa usted conmigo, o embargaré a su tía todo lo que tiene. Elija lo que quiera, pero basta ya de escenas.

—Es verdad, basta ya de escenas —convino el Santo, que penetró allí sin que ninguno de los dos advirtiese su llegada.

Había entrado ocultándose detrás de la cortina, y de ella salió cuando habló por primera vez. El efecto fue tan sorprendente como si hubiera llegado hasta ellos por arte de magia.

Patricia lo reconoció, dejando escapar un grito ahogado. Bittle se levantó profiriendo una maldición. Primero palideció y luego enrojeció. El Santo, con las manos en los bolsillos, le contempló sonriendo amablemente.

—Señor… —empezó Bittle.

Pero Templar le interrumpió:

—Simón Templar, para servirle. —Y dirigiéndose a la muchacha —: Buenas noches, Pat. Espero no molestar.

Y miró a los dos con expresión tan beatífica como si saludara a dos buenos amigos. Patricia se acercó instintivamente a él, y la sonrisa de Templar se hizo aún más cariñosa al ofrecerle la mano. Bittle trataba de dominarse, y lo logró no sin esfuerzo.

—Que yo sepa, señor Templar, no le he invitado esta noche —dijo amenazador.

—Tampoco lo sabía yo —dijo el Santo con gran aplomo—. Es extraño, ¿verdad?

Bittle temblaba de furia. No sabía cuánto tiempo había estado aquel intruso escuchando la conversación. Pero, además, temía otra cosa. El Santo era alto y, aunque no pesaba mucho, había en su aspecto algo que indicaba que era un magnífico luchador, difícil de

vencer. Y también en sus burlones y azules ojos había una luz que impresionaba; la suavidad con que hablaba daba escalofríos a Bittle.

—¿No le parece, señor Templar, que…, vamos, creo que no es preciso andarse por las ramas…, que su llegada ha sido bastante inoportuna?

—¡Qué sé yo! —contestó el aludido de un modo vago, como si la pregunta encerrase un problema difícil—. ¡Qué sé yo!

Bittle se encogió de hombros y se fue a una mesita donde había una jarra, un sifón y varias copas.

—¿Quiere una copa de whisky, señor Templar?

—Gracias —repuso el Santo—. La tomaré cuando llegue a casa. Soy muy especial respecto a las personas con quienes bebo. Tuve un amigo que fue descuidado en este sentido, y un día lo sacaron del canal de Soerabaya. Me disgustaría que me sacaran de un canal.

—Era para demostrar que no le guardo rencor…

—Si yo bebiese whisky, amiguito, me parece que me sería difícil guardarle rencor —observó Templar con doble sentido.

Bittle apagó el cigarro en el cenicero y se quedó mirando al Santo, cuyo aspecto tranquilo le causaba cada vez más miedo. Estaba aún en el mismo sitio en que apareció por primera vez, no parecía haberse inmutado y no demostraba tener prisa. Daba la impresión de que esperaba algo, y Bittle empezaba a preocuparse.

—Creo que su proceder no corresponde al de un caballero, señor Templar —dijo el millonario.

—Es verdad —repuso el Santo con énfasis—. Gracias a Dios, no soy caballero. Los caballeros suelen ser tan absurdos… Por ejemplo, ningún caballero de estos contornos quiere tratos con usted (así, cuando menos, me lo han dicho), pero a mí no me importa. Espero que usted y yo nos entenderemos perfectamente y que este encuentro será preludio de excelentes relaciones, para satisfacción y provecho mutuos.

—Ya que no quiere usted atender a razones, señor Templar…

Bittle tocó el timbre.

El Santo no se movió de su sitio, siempre sonriente y tranquilo… Al instante entró un mayordomo que tenía cara de boxeador.

—Haga el favor de acompañar al señor Templar a la puerta —ordenó Bittle.

—Pero ¡cuánta amabilidad! —exclamó el Santo, siguiendo al

mayordomo.

El millonario se quedó junto a la mesita, con la boca abierta en vista de la facilidad con que acababa de desembarazarse de tan molesto personaje.

—¡Conozco muy bien a estos fanfarrones! —observó con mal disimulado alivio.

Su satisfacción duró poco, porque oyó un portazo, un grito y, mientras miraba a la puerta, el Santo volvió a entrar por la vidriera del jardín. Su alegre exclamación de saludo hizo que el millonario se volviese rápidamente. Al mismo tiempo se abrió la puerta de la habitación y entró el mayordomo hecho una furia.

—Una puerta muy bonita —murmuró el Santo.

Jadeaba, pero, por lo demás, estaba tranquilo. El mayordomo pugilista, en cambio, estaba despeinado y al parecer se había dado de narices contra una cosa dura, porque le chorreaba sangre. Su mirada era furibunda.

—Ya estamos todos aquí —añadió el Santo—. Es un juego muy bonito, ¿eh?, ¿eh?, como diría Algy. Bueno, bueno… ¿Podré ver ahora el cuarto de baño? Los agentes anuncian siempre que la casa tiene excelente cuarto de baño, y aún no he visto el de ésta.

—Déjemelo de mi cuenta —dijo el mayordomo, avanzando en actitud amenazadora.

—Has querido hacerme caer por la escalinata y has recibido la respuesta en las narices —dijo el Santo—. Ahora quieres volver a las andadas, y me gustaría saber dónde te daré esta vez.

Bittle se interpuso entre los dos, después de calcular las posibilidades que tenía su criado contra el Santo. Luego miró a aquél y con un ademán le despidió.

El ex boxeador se marchó de mala gana, echando maldiciones. El millonario volvió a dirigirse al Santo.

—¿Y si se explicase usted, señor Templar?

—Sí, ¿y qué?

Bittle iba perdiendo la paciencia.

—¿Bien, señor Templar?

—Muy bien, gracias, ¿y usted?

—¿Es necesario que pierda el tiempo haciéndose el gracioso? —preguntó Bittle secamente.

—Ahora que lo pienso, no —contestó el Santo, muy amable—.

Pero mi abuelita ya decía que yo era un guasón… Bien, bien, hijo; considerando las cosas desde todos los puntos de vista, la hospitalidad de usted no está a la altura de la buena hospitalidad. Acompañaré a la señorita Holm a su casa. ¡Hasta más ver!

Cogió a Patricia del brazo y la llevó hacia la puerta vidriera, mientras Bittle se quedaba mirándole, sin saber qué decir. Pero en el momento en que los dos iban a desaparecer, el Santo se detuvo, como si hubiera tenido una inspiración.

—A propósito, Bittle —dijo encarándose de nuevo con el millonario—; me había olvidado. Iba usted a entregarme ciertos documentos, ¿verdad?

Bittle no contestó, y Templar añadió:

—Se trata de un caso de usura. Entrégueme los documentos y le daré un cheque por el total del importe.

—No pienso hacer eso —exclamó el dueño de la casa.

—Como usted quiera. No entiendo mucho de leyes, pero no creo que pueda usted negarse a ello sin anular la deuda. De todos modos, diré a mi procurador que le envíe a usted un cheque, y veremos lo que pasa.

El Santo volvió a salir por la vidriera y por poco tropezó con Patricia, que le había precedido. Cogió a la muchacha en brazos para que no cayera, y le sorprendió advertir que estaba temblando. Un momento más tarde comprendió los motivos, porque oyó los ladridos de feroces perros.

Con rápido movimiento llevó a Patricia otra vez a la biblioteca y cerró las vidrieras. Luego se colocó de espaldas a la pared cubriendo un poco a la muchacha, puso los brazos en jarras y su rostro adquirió una expresión de gran beatitud.

—Bueno…, como diría Horacio en estas circunstancias —observó—. ¡Más grande que el «Circo Krone»! ¿Tiene usted inconveniente en hacer el payaso mientras yo ejecuto la escena del Primer Tirador de Cuchillos y su arte maravilloso?

Bittle, con una pequeña pistola en la mano, vio con horror el brillo de la hoja de acero que Simón Templar tenía empuñada.

4. Una noche entretenida

—No —dijo el Santo moviendo la cabeza con tristeza—, no puede hacerse. Es imposible. Por una parte, nos estamos poniendo melodramáticos, y sé que a usted le disgusta mucho el melodrama; por otro lado, el reparto del guión no es bueno. Usted necesita prepararse mejor para el papel de bandido… Tiene usted un aspecto demasiado cándido. A mí me gusta mucho el ambiente apropiado. ¿Qué le parece si suspendemos la representación y nos citamos de aquí a dos meses? Así hay tiempo de que le crezca la barba, se vuelva un poco bizco y sepa emplear algunas palabras del argot… Esto da mucho color a la escena.

El Santo continuó charlando de este modo insustancial, pero atento al menor detalle. Bittle no se atrevió a levantar la pistola; apuntaba con ella a la alfombra y la sostenía tan sólo para que no cayera, porque los ojos de Simón Templar tenían ahora un brillo metálico y una agudeza a la que no se le escapaba nada, y Bittle tenía la desagradable sensación de que aquellos ojos advertían la menor tensión en sus músculos. El Santo estaba haciendo admirablemente el papel del hombre descuidado e indiferente, pero el millonario sabía que el menor movimiento amenazador provocaría la respuesta de la mano que jugueteaba con aquella hoja de fino acero. Además, el aspecto del Santo daba a entender que tenía la seguridad de poder realizar todas las habilidades de los tiradores de cuchillos y algunas más.

—Está usted muy callado, Bittle —dijo Templar, y el millonario sonrió.

—Tal como están las cosas, prefiero hablar lo menos que pueda. Dígame: si hago un movimiento, ¿qué probabilidades tengo para que no me hiera con ese juguete suyo?

—Depende de lo que haga —repuso el Santo—. Si, por ejemplo, aflojara la mano derecha y dejase caer la pistola, las probabilidades

serían, digamos, una contra mil.

Bittle abrió la mano y la pistola cayó al suelo. Luego se apartó, y el Santo, con rápido movimiento, la recogió y se la metió en el bolsillo. Al mismo tiempo guardó su arma.

—Ahora podemos hablar otra vez en buena camaradería —observó Templar con gran satisfacción—. ¿Qué nos toca hacer ahora? La verdad es que no veo la inteligencia de los de su pandilla por ninguna parte. ¿Por qué demonios ha tenido usted que meter la pata de ese modo? ¿No sabe usted que, de acuerdo con las reglas de este juego, hubiera tenido que permanecer envuelto en el mayor misterio hasta el capítulo treinta? Ahora me ha estropeado las vacaciones y, francamente, no sé si podré perdonarle.

—Es usted un hombre extraordinario, señor Templar.

Este sonrió.

—No lo niego. Pero usted también es un tipo muy especial. Para ser un tendero retirado, su vocabulario es asombrosamente refinado.

Bittle no contestó; el Santo echó una mirada en derredor y pareció sorprendido al ver a Patricia. La muchacha no comprendía el alcance de la conversación, pero ya se había repuesto del susto. Había tal seguridad en el Santo, que la joven perdió el miedo. En cambio, aumentaba cada vez más la ansiedad de Bittle.

—Espero que no se habrá aburrido, Patricia —dijo Templar con gran solicitud—. ¿Quiere irse ya a casa?

Ella asintió, y Simón miró al millonario.

—La señorita quiere irse a casa —dijo con amabilidad.

Esta vez le tocó a Bittle sonreír.

—¿Ahora que hablamos como buenos camaradas? —preguntó.

—Estoy seguro de que la señorita Holm no ha querido ofenderle —protestó Templar. Miró a la muchacha, que no sabía qué decir, y luego se volvió de nuevo hacia el millonario, con encantadora franqueza—: ¿No lo ve? Está muy cansada.

Bittle abrió una caja de habanos, escogió uno, le cortó la punta con el aparato que había en la mesita y encendió el puro con pericia. Luego, más tranquilo, se encaró con el Santo.

—Pues lo siento, pero no puedo permitirlo —dijo el millonario en tono de excusa—. El caso es que tenemos que discutir un asunto.

—Creo que podrá esperar.

—Yo soy de distinta opinión.

Templar miró a Bittle durante un instante. Luego, encogiéndose de hombros, sacó del bolsillo la pistola del millonario y se dirigió decidido a la vidriera, abriendo una hoja y llamando a la muchacha. Con ella a su lado, dijo:

—En tal caso, me parece, Bittle, que mañana se dedicará usted a enterrar algunos perros muy valiosos.

—Me parece que no.

En el tono de su voz había algo que sorprendió al Santo, por lo que se volvió hacia él.

—¿Qué más? —preguntó en tono burlón.

Bittle estaba escuchando atentamente, con los ojos entornados.

—Es el caso, señor Templar —dijo—, que si tiene usted la bondad de examinar la caja de puros, verá que el fondo cede a la menor presión: es un timbre. Ahora hay tres hombres en el jardín, además de cuatro perros sabuesos, y dos hombres más están en el pasillo, detrás de esa puerta. Y me parece que el único perro que voy a tener que enterrar mañana es un cachorro insolente que ha tenido la osadía de meterse en mis asuntos.

—Bien, bien, bien —exclamó el Santo con las manos en los bolsillos, añadiendo—: Muy bien, muy bien.

Sir John Bittle se sentó cómodamente en la butaca, se acercó un cenicero y continuó fumando con gran tranquilidad. El Santo, contemplándole con indolencia, admiró el descaro de aquel hombre; luego sonrió. El peso de la mano de Patricia sobre el brazo le devolvió a la realidad. Tomó la mano en la suya, la apretó cariñosamente e infundió valor a la muchacha con una plácida sonrisa. Sopesó el «argumento» de la automática de Bittle.

—Continuando la ficción —sugirió—, supongamos que le apunto con este juguete, me pongo nervioso y aprieto el gatillo. ¿No sería desagradable estando usted en la trayectoria?

Bittle movió la cabeza.

—Mucho —convino—. Y como es usted ya un personaje tan misterioso en Baycombe, la gente empezaría a hablar. Ya sabe usted lo que son los chismes de vecindad. Serian capaces de decir que lo hizo usted a propósito.

—Es verdad, podría ocurrir —dijo Templar, poniéndose el arma en el bolsillo—. Supongamos ahora que sacase mi cuchillito,

empezase a jugar con él y se me escapase de las manos. Es muy desagradable tener sólo media nariz o una oreja menos. La gente se detiene en la calle y le mira a uno como un bicho raro.

—Acuérdese de mis criados —contestó Bittle—. Me quieren bastante y aun sin razón podrían querer vengarse.

—¡Admitámoslo! —concedió el Santo con voz grave—. Bien, ahora le toca a usted indicar lo que se podría hacer.

Bittle se arrellanó aún más en la butaca, pensando largo rato antes de contestar. Pasaba el tiempo, pero el Santo era demasiado diestro para inmutarse por tan rudimentaria estratagema. Se apoyó impasible en la pared y esperó con paciencia a que Bittle comprendiera que así no iba a lograr nada. Por fin se dignó éste hablar:

—Me daría por satisfecho, señor Templar, si usted quisiera pasar un día o dos en mi casa; durante este tiempo podríamos decidir acerca de una adecuada explicación por su proceder de esta noche. En cuanto a la señorita, terminaremos nuestro asunto y luego la acompañaré yo mismo a su casa.

—¿No es demasiado optimista? —preguntó Templar.

—No admito ninguna negativa, entiéndalo bien —replicó Bittle cordialmente—. Es más, creo que ya estarán preparando la habitación.

El Santo sonrió.

—Casi me dan ganas de aceptar. Pero no puede ser. Si la señorita Holm no estuviese con nosotros, bueno…, haría mal en rehusar su amable invitación. Pero el caso es que prometí a la señorita Girton tomar algo con ella y la señorita Patricia a medianoche, y no puedo faltar a mi palabra.

—La señorita Holm presentará sus excusas —urgió Bittle.

Pero el Santo movió la cabeza.

—Otro día.

El millonario, que seguía fumando su cigarro, cambió de postura. El Santo empezaba a darse cuenta de que, a pesar de su afición a las situaciones extrañas, la cosa se ponía seria. Había que tener presente a Patricia, que era un obstáculo. Aún seguía agarrándola de la mano y le sabía mal modificar las circunstancias de una manera violenta. Pero no había más remedio.

Dando un suspiro, se irguió, dejando el apoyo de la pared que

tanto descanso le había dado, soltó la mano de Patricia no sin antes apretarla para darle ánimo y empezó a vagar por la estancia, canturreando suavemente y examinándolo todo con gran admiración.

—Este cuarto está bajo observación desde dos puntos —le informó Bittle con amabilidad.

—Lástima que no tengamos una cámara de filmar… Sería una magnífica escena para una película truculenta —dijo el Santo por todo comentario.

Había escuchado la advertencia de Bittle con la mayor indiferencia y sin dejar de pasear, pero la estaba ponderando con relación al problema que tenía que afrontar y su posible solución. Bittle, mientras tanto, seguía fumando con una displicencia que expresaba su gran satisfacción por cómo estaban las cosas y su nula inquietud por que pasase el tiempo; justo lo que el Santo necesitaba.

Cualquiera con un poco de experiencia en tales asuntos hubiese advertido, al entrar en la habitación, que ambos eran maestros en el arte de fingir. Nada podía dar la impresión de más calma que el aspecto de los dos, nada tan cortés como las frases que de vez en cuando cambiaban.

El Santo iba lentamente dando la vuelta a la habitación. Ora se detenía para examinar una copa de Benarés, ora un grabado, después algún mueble antiguo. La pátina del jarrón griego atrajo su atención durante un instante; luego contempló la admirable escultura de un busto. En efecto, un observador imparcial hubiese dicho que el Santo no tenía más interés que estudiar los distintos objetos antiguos y que estaba disfrutando de verdad el permiso de su anfitrión para examinarlos a su gusto. Pero el Santo no perdía detalle de las particularidades de la habitación, escudriñando las paredes centímetro a centímetro para descubrir los agujeros por donde los de fuera observaban la escena.

El millonario seguía impasible, y el Santo volvió a sonreír levemente a Patricia para animarla un poco, porque la muchacha le miraba con ojos sombríos. La sonrisa fue apenas perceptible, pero Patricia captó en seguida el mensaje y demostró con un pequeño gesto que seguía confiando en él.

El Santo confiaba en la impasibilidad e indiferencia que Bittle se veía obligado a mantener, y no se equivocó. Bittle sabía que, a

pesar de todos los defensores que desde fuera vigilaban por él, su seguridad personal dependía tan sólo del finísimo hilo de su absoluta despreocupación. Se daba cuenta de que mostrar la menor ansiedad; la más débil incertidumbre, era dar más armas a aquel terrible adversario con quien tenía que habérselas, y Bittle no se atrevió a hacer nada de esto por miedo a que tuviese consecuencias desastrosas para él. Por lo tanto, el millonario fingió no advertir los movimientos de Templar y no cambió de postura ni una sola vez ni cayó en el error de seguirle con la mirada. Estaba reclinado en la cómoda butaca y miraba de un modo vago a una acuarela que había en la pared de enfrente u observaba el dibujo de la alfombra. A veces miraba también vagamente a Patricia, o se examinaba las uñas, o medía la longitud de la ceniza de su cigarro. El Santo se hallaba detrás de él, pero como Bittle no volvía la cabeza, Templar se sentía confiado y receloso al mismo tiempo. Pudo encontrar uno de los agujeros, astutamente oculto detrás de un par de pistolas antiguas que colgaban de la pared, pero no así el segundo. Mas el tiempo apremiaba y no era posible prolongar mucho más la situación. Era preciso arriesgarse a que le viera el segundo observador.

Empezó la segunda vuelta a la habitación, pasando esta vez por delante del millonario, quien le miró desenfadadamente.

—No vaya a creer que tengo prisa —le dijo—, pero se está haciendo tarde y acaso mañana necesite estar lo más descansado posible.

—Gracias —repuso el Santo—; no me canso fácilmente. De todos modos, he decidido pasar la noche aquí. Puede decir a ese proboscidio lesionado que llene la botella de agua caliente y que saque unos camisones de noche.

Bittle asintió.

—Sólo puedo alabar su discreción tan sinceramente como aprecio sus gustos sencillos —dijo.

—No vale la pena —contestó el Santo con la misma suavidad—. ¿Sería demasiada molestia que le pidiese un par de peúcos?

El Santo se hallaba de nuevo detrás del millonario, a un paso de él; tenía una mano levemente apoyada en el respaldo de una silla pequeña; con la otra sostenía levantada una estatuilla de bronce ante la luz. La *pose* era tan natural, que los que observaban desde

fuera no pudieron darse cuenta de la amenaza que implicaba hasta que fue demasiado tarde.

Bittle se percató de ello más rápidamente. Templar miró a Patricia, haciendo un leve gesto hacia la ventana, y por un momento el millonario perdió la sangre fría. Empezó a volver la cabeza, pero el Santo le dio rápidamente un golpe en la nuca, dejándolo fuera de combate. Con la misma rapidez lanzó una silla contra la lámpara, y la habitación quedó a oscuras.

De un salto se situó junto a la vidriera.

La muchacha le tendió la mano, y los dos abrieron la puerta.

En el jardín se oían gritos, lo mismo que en el pasillo; de pronto se abrió la puerta de la habitación y un haz de luz la invadió, revelando el cuerpo de Bittle que yacía sin sentido en la butaca. Dos hombres forzudos estaban fuera del alcance del haz de luz.

Antes de que la muchacha se diera cuenta se vio en los poderosos brazos del Santo y, en menos de diez segundos desde que cayó Bittle, Templar atravesaba la vidriera y cruzaba el jardín corriendo, con Patricia en brazos como si llevara una niña.

La maniobra fue tan precisa, que Simón Templar, a pesar de la carga, pasó entre los dos criados que esperaban junto a la puerta, y la emboscada se tornó en furiosa persecución. Simón se detuvo un momento para dejar a la muchacha en el suelo; luego la cogió de la mano y se dirigió corriendo hacia los arbustos al final del césped.

Como llevaban bastante delantera, llegaron a los arbustos sin ser vistos. Sin vacilar, el Santo se metió entre la espesura, descubriendo por instinto el camino más seguro, aunque no el más fácil, porque arrastraba a Patricia, desgarrándose ambos los vestidos e hiriéndose con frecuencia con las ramas espinosas. Se detuvieron, y Patricia, pegada a él, esforzábase por recobrar el aliento sin hacer ruido. Oían a los perseguidores buscándolos entre la espesura, maldiciendo y blasfemando, pero sin dar con ellos. Cuando advirtieron que los fugitivos ya no corrían, todo quedó en silencio.

Patricia oyó que el Santo le decía al oído:

—Estamos junto al muro. Voy a pasarla al otro lado. Váyase a casa y no diga nada a su tía. Si no vuelvo dentro de una hora, dígaselo al doctor Carn. ¿Entendido? Haga lo que haga, no se alarme hasta dentro de una hora.

—¿Es que no viene también?

—No, aún no he visto bastante por el dinero que he pagado. ¡Vamos!

Patricia tocó la pared y se subió sobre las rodillas del Santo y luego sobre sus hombros, apoyándose contra el muro. De pronto se rompió una rama bajo el pie de Templar, y los perseguidores corrieron en dirección a ellos.

—¡Pronto! —ordenó el Santo. Y la hizo subir ayudándola—. Cuidado con los trozos de vidrio arriba. Ahí está mi chaqueta… ¿La tiene?… Muy bien. ¡Adiós! Prepáreme una cerveza…, me hará falta.

—¡Cuánto siento dejarle!

—Repítamelo cuando tenga tiempo de darle una respuesta adecuada —dijo el Santo sonriendo—. Adiós.

Patricia desapareció al otro lado, salvada al fin, y Templar centró de nuevo la atención en los matones. Con el grito de «¡Aquí, imbéciles!», se separó rápidamente de la pared, porque en aquel momento su objetivo era desviar la atención de los perseguidores de la muchacha hasta que ésta se hubiese alejado. También tenía la intención de examinar otras habitaciones de la casa, pero sin un plan concreto acerca de lo que había que hacer. Le gustaba la improvisación.

Aumentó la distancia entre él y sus perseguidores, alejándose aún más de la pared, para no verse arrinconado. Al mismo tiempo, trató de hacer suficiente ruido para que creyesen que la joven aún estaba con él. Al detenerse para ver dónde estaban los que le perseguían, oyó un choque no muy lejos de él, que acabó en reniegos y mutuas recriminaciones. El Santo rió de buena gana. No teniendo necesidad de distinguir entre el amigo y el enemigo, como sus perseguidores, tenía sobre éstos una ventaja incalculable, aunque se preguntaba cuánto tiempo transcurriría aún hasta que la búsqueda se hiciese más sistemática con el empleo de linternas. ¿Es que pensaban esperar hasta que amaneciese? El Santo comprobó las muchas ventajas que tenía aquel alto muro que circundaba la casa, porque desde fuera nadie podía ver lo que pasaba.

Sin embargo, Templar no permitió que aquel muro le desalentase.

Después del choque entre los perseguidores, parecía que éstos habían adoptado una búsqueda más sistemática. Apenas el Santo lo advirtió, avanzó a gatas hacia la puerta principal del jardín, donde

esperaba encontrar un hombre apostado, pero tropezó antes con uno junto a un árbol y estuvo a punto de caer. Templar lo agarró por el cuello antes de que pudiese gritar, luego soltó una mano y le retorció la nariz. Antes de que el centinela pudiera reponerse de la sorpresa, se vio de cabeza en un arbusto espinoso. Templar, de un salto, se puso al resguardo de otro arbusto aun antes de que los desesperados gritos de la víctima rompieran el silencio de la noche. El Santo rió para sus adentros.

Un momento más tarde se quedó inmóvil al percibir la potente voz que, desde las escalinatas de la casa, se elevaba por encima del griterío:

—¡Callad, estúpidos! ¡Kahn, venga usted aquí!

—¡Caramba! —murmuró el Santo—. No te habré dado muy fuerte cuando estás ahí. En cambio, el golpe ha servido para que estés de peor humor.

Pacientemente esperó a ver si entendía lo que decían, pero sólo percibió un murmullo de voces. Luego oyó pasos rápidos y el ruido de la tranca de una puerta al caer al suelo, y después un chirrido metálico.

Una especie de gemido, seguido de un jadeo que se hizo más fuerte y que se repitió en distintos sitios, indicó que habían soltado los sabuesos, cuyos fuertes ladridos confirmaron inmediatamente la suposición de Templar.

—Ahora es cuando el Santo —murmuró éste— hace mutis por el foro en dirección a su casa.

Ya estaba forcejeando en los cerrojos de la puerta, había logrado abrir uno y tenía medio corrido el segundo, cuando oyó muy cerca el jadeo de un perro. El Santo arremetió desesperadamente contra el segundo cerrojo, congratulándose de la completa oscuridad de la noche; por fin cedió el cerrojo, pero al mismo tiempo dieron fuertes golpes en la parte exterior de la puerta y los perros se acercaban por detrás ladrando furiosos.

—Pues, señor —se dijo el Santo riendo—, esto no se acaba aún en este capitulo.

Después se abrió la pesada puerta.

—¡Cuánto me alegro de que hayáis venido, hermanos! —exclamó Templar cordialmente—. Estamos cazando a un verdadero bandido. ¿Queréis entrar y ayudar?

—¡Manos arriba! —ordenó una voz.

De la mano del hombre que penetró primero por la puerta surgió una luz cegadora, y el Santo se quedó momentáneamente sin ver nada. Luego vio una pequeña pistola automática con una pieza cilíndrica sobre la boca del cañón, que el Santo reconoció al momento. Era un silenciador, y, en cuanto a la puntería, Templar no se hizo ilusiones.

—¡Manos arriba y quieto, señor Templar! —repitió la voz.

—¡Caramba, caramba! —dijo el Santo, que jamás juraba cuando estaba seriamente disgustado. Y levantó las manos.

5. Tía Agata se enfada

Patricia Holm cayó de pie al otro lado de la pared y se marchó resuelta hacia su casa. Corría velozmente, con la agilidad de una muchacha sana que ha pasado la mayor parte de su vida en el campo, lejos de metros, autobuses y taxis, aunque estaba un poco cansada por la carrera que le hiciera dar el Santo.

Aún oyó el grito de éste para llamar la atención de sus perseguidores, y lo tomó al mismo tiempo como un mensaje para ella, que le recordaba que debía alejarse pronto, para no perder la ventaja que él le facilitaba así, y que Templar estaba bien dispuesto a todas las peleas y peligros sin necesidad de que nadie se preocupase por él. De ahí que Patricia corriese obedientemente, y sólo cuando el griterío del jardín de Bittle se apagó en el silencio de la noche aflojó el paso. Entonces también se dio realmente cuenta de lo que significaba la situación. Hasta allí, todos los incidentes habían sido tan fantásticos y tan absurdos, sucediéndose todos con tal velocidad y de manera tan sorprendente, que la muchacha se vio privada de momento de pensar con coherencia. Ahora, al cesar en la alocada huida y serenarse, pudo por primera vez comprender en líneas generales el peligro que había corrido y el misterio en que quedaba envuelto todo.

Echó una mirada a su reloj de pulsera, que tenía esfera luminosa. Faltaban cinco minutos para las once. El Santo le había dado sus instrucciones hacía cinco minutos; por lo tanto, aunque las cosas fuesen mal, ella no podía solicitar el auxilio de Carn hasta las doce menos diez. Y mientras tanto… Patricia se estremeció al acordarse de los perros sabuesos.

Había algo siniestro acerca de Bittle y de la enorme casa tras los gruesos muros. No le cabía duda respecto a esto, porque la conversación —por desagradable que fuese— no era motivo suficiente para que aquel joven impetuoso se metiera en un asunto

privado como lo había hecho, ni tampoco había razón para que Bittle se opusiera tan violentamente a que los dos saliesen de su casa. La muchacha recordaba los rumores a que dieron lugar las costumbres excéntricas del Santo, pero, por otra parte, el recuerdo de la corta amistad con él restaba verosimilitud a la chismografía, aunque aumentaba el misterio que le rodeaba. Patricia se esforzó en vano por encontrar una explicación al proceder de su misterioso protector. Repasó los hechos. Templar tenía algún motivo oculto para entrar aquella noche en el jardín de la casa de Bittle y para importunar al millonario; la propuesta de matrimonio no hubiera podido dar pie a la provocación que cometió, considerando que ella y él se conocían tan poco y de un modo tan casual. Bittle, por su parte, parecía temer y odiar al Santo. Templar detestaba al millonario hasta el extremo de no vacilar en dejarle sin sentido con un golpe dado con la estatua de bronce. Antes, Bittle había amenazado al Santo con un arma de fuego. Además, por lo ocurrido se podía deducir que en la casa de Bittle ocultábanse algunos hombres de dudosa índole y que estaban dispuestos a tratar a cualquier visita de un modo muy poco acostumbrado entre gente pacífica. Todo parecía indicar que en aquella casa tenían algo que temer u ocultar. Y no era corriente que en casa de un hombre, por millonario que fuese, hubiera timbres secretos y agujeros en las paredes para poder espiar a la gente…

La muchacha no sabía qué pensar. Pero, fuese lo que fuese el Santo, su confianza en él no flaqueó. Nada malo le había hecho; la había protegido como pocos hombres protegen a una mujer y luego se quedó en la ratonera para hacer frente a cualquier eventualidad… Y por lo que podía barruntar por lo sucedido, no se trataba de cosa de chiquillos. Reportábale alguna consolación el recordar que la actitud y la habilidad del Santo en la primera fase del asunto era garantía de que sabría salir airoso de su empeño. Sin embargo, no dejó un momento de maldecirse por haberle dejado solo, aunque sabía que, si se hubiese quedado, habría sido para él un impedimento.

Esperaba Patricia poder entrar en casa sin ser vista, pero, al acercarse, vio una figura negra junto a la puerta del jardín, que resultó ser su tía, la señorita Girton.

—Sí, soy yo —dijo Patricia, y se dispuso a entrar en casa con

aquélla.

—He oído ruido, y no sabía qué pensar —explicó la señorita Girton—. ¿Sabes tú algo?

—Sí, hubo un poco de alboroto…

Patricia no sabía qué decir en aquel momento.

Había olvidado que en el juego del escondite en el jardín de Bittle se le había estropeado la ropa y que tenía, además, algunos arañazos; por lo tanto, la sorprendió la mirada de asombro con que la contempló su tía al llegar las dos al vestíbulo. Entonces vio que llevaba la falda y la blusa rotas y que tenía los brazos señalados.

—Parece que te ha sucedido algo —observó la anciana—. ¿Qué ha sido?

—No puedo decir nada ahora —repuso Patricia, cansada—. Tengo que pensar.

Se dirigió al salón y se dejó caer en una butaca. Su tutora se quedó plantada delante de ella, los pies separados como un hombre, las manos en los bolsillos del abrigo, esperando oír lo que la joven tuviera que decir.

—Si Bittle te ha molestado…

—No ha sido eso precisamente —contestó la joven—. Por favor, déjame sola un momento.

La alarma que reveló la expresión de la señorita Girton se trocó en perplejidad al oír que sus sospechas eran infundadas. sabía ser muy paciente…, era una de sus características poco femeninas. Encogiéndose de hombros, sacó un cigarrillo y lo encendió. Fumaba como un hombre, inhalando el humo, y sus dedos estaban manchados de nicotina.

Patricia estaba meditando acerca de la excusa que podía dar. Sabía que su tutora era capaz de someterla a un interrogatorio molesto e insistente, pero Templar le había ordenado que no dijera nada antes de transcurrir una hora, y a la joven sólo le importaba llevar a cabo sus instrucciones. Sin duda, más tarde le daría la explicación de todos los misterios que le rodeaban, pero en aquel momento sólo le interesaba mostrarse fiel al hombre que había dejado en un trance apurado y encontrar algún camino para sacarle de él si fuese necesario.

—Me explicaré —dijo al fin—. Esta tarde recibí un aviso de Bittle rogándome que fuese a verle después de cenar sin decir nada

a nadie, porque era un asunto muy importante. Fui. Después de andar mucho tiempo por las ramas, me dijo que tenía una hipoteca sobre esta finca y que tú le debías una gran cantidad, que pedías más aún y que se vería obligado a embargar para resarcirse de sus desembolsos. ¿Es verdad?

—Sí —contestó Ágata Girton glacialmente.

—Pero… ¿por qué tuviste que pedir dinero?… No es posible que hubiese necesidad para ello… Tengo entendido que mi padre me dejó una pequeña fortuna.

La señorita Girton se encogió de hombros.

—Me he visto precisada a gastarla.

Patricia la miró incrédula. Ágata Girton, con rostro imperturbable y voz fría, añadió:

—He sido víctima de un chantaje durante seis años.

—¿Por parte de quién?

—¿Te importa saberlo? Continúa tu historia.

Patricia se levantó de un salto.

—Me parece que en estas circunstancias podré ahorrarme la explicación —dijo con peligrosa calma—. Más valdría que tú me explicases qué has hecho con el dinero que se te confió. ¿Dices que durante seis años? Es decir, tres años después de que llegué a esta casa… Siempre viajabas por el extranjero y me tuviste en el colegio casi todo el tiempo… ¿No estabas en África hace seis años? Recuerdo que tu ausencia duró mucho tiempo…

—¡Basta ya! —ordenó su tutora.

—¿Tú crees? —preguntó Patricia.

Si su tía se hubiese mostrado llorosa y asustada, la muchacha la habría confortado; pero la debilidad femenina no era la característica en aquélla, y su manera agresiva, exenta de arrepentimiento, no podía provocar más que rebeldía. Las dos mujeres quedaron mirándose ceñudas, y ya iba a sobrevenir una agria discusión, cuando sonaron golpes en la puerta. La señorita Girton se fue e abrir, y Patricia oyó en seguida la encantadora voz de Algy, que daba a entender que estaba muy agitado. Un momento después entró el impecable señor Lomas-Coper en el salón.

—¡Caramba, si está usted aquí! —exclamó con fatuidad, como si no quisiera dar crédito a sus ojos—. Pero… ¿qué le ha pasado que está así? Buscando nidos, ¿eh?, ¿eh?

Algy la contemplaba a través del monóculo con cara de tonto.

—Así parece, ¿verdad? —repuso la joven sonriendo, aunque por dentro maldecía la llegada de otra persona a la que debía dar explicaciones—. Tía Ágata casi se desmayó al verme.

—Y no es para menos, ¿eh? —opinó Algy—. ¿Qué pasó con los pajaritos? Cuéntemelo todo.

—Pero ¿cómo es que ha venido usted aquí tan emocionado, Algy? —preguntó ella.

El señor Lomas-Coper se quedó con la boca abierta, sin saber qué decir de momento. Por fin exclamó:

—¿Usted no ha oído nada? Es verdad…, me he olvidado de decírselo. Usted sabe que vivimos al lado del viejo Bittle, ¿eh? Bueno, pues hubo mucho jaleo allí. Gente muy enérgica que recorría el jardín gritando a más no poder, y los locos perros de Bittle haciéndoles coro con sus malditos ladridos. Por eso me di una vuelta para saber lo que pasaba, por si usted había oído algo o si se había ido a hacerles coro también a la gente de Bittle. Y la encuentro aquí como si acabase de salir de una lucha grecorromana. ¡Estupendo!, ¿eh?, ¿eh?

Estaba radiante de alegría y buen humor y no hizo caso de la falta de entusiasmo con que habían saludado su llegada. Tía Ágata estaba junto a una butaca, encendiendo otro cigarrillo con la colilla del anterior, una figura de mujer fuerte y hombruna, con expresión inescrutable. De pronto se alegró Patricia de la presencia de Algy. Aunque, en el fondo, era un tonto, también era su amigo; siendo simple, era fácil despistarle con cualquier explicación, y como amigo podía ser un último recurso para ayudarla en los incidentes que tan inopinadamente habían sobrevenido, dando un nuevo aspecto a su vida, hasta entonces tan pacífica.

—¡Siéntese, Algy! —le suplicó—. Y, por el amor de Dios, no me mire así. No me ha sucedido nada.

Algernon se sentó, dejó de mirarla fijamente, como se le había mandado, pero no fue sencillo detener al mismo tiempo su locuacidad.

—Eso me ha sacado de mis casillas —confesó—. He llegado a figurarme cosas terribles y pavorosas y, realmente, no sé si vivo o estoy muerto.

Patricia consultó su reloj. Eran las once y veinte; faltaba, por lo

tanto, aún media hora antes de que pudiera ir a ver a Carn. ¿Por qué a Carn?, se preguntó la joven, sin hallar respuesta. Mientras tanto, Algy seguía su charla insustancial:

—La verdad, no sabe uno qué pensar, ¿eh? Es chocante. Aquella imagen principesca era demasiado buena para ser verdad, y, ahora, Dios sabe lo que nos dirán de él. Casi estoy por decir que me lo figuraba. ¿Y usted?

—¿No está usted juzgando las cosas con demasiada precipitación? —murmuró Patricia con amabilidad.

Algy se mostró sorprendido:

—¿Pero no fue usted a ver al ex tendero?

Patricia movió la cabeza.

—No, señor. Salí a dar un paseo y, en la oscuridad, me falló el pie al mismo borde del risco. Tuve suerte de no caer al fondo, porque di con un seto; pero me costó trabajo volver a subir.

Algy quedó abatido como un títere cuyas cuerdas se aflojan de pronto.

—¿Y no ha estado usted luchando con un loco? ¿No habrá un lunático que haya querido quitarle la vida?

—¡Claro que no!

La revelación fue demasiado para el señor Lomas-Coper; casi daba la impresión de que le decepcionaba que diesen al traste con sus truculentas hipótesis.

—Entonces, he metido la pata, ¿eh?, ¿eh? Pues me voy a casita. —Balbuciendo sus excusas, el desdichado joven cogió el sombrero y salió con el rabo entre piernas—. Adiós y perdonen, ¿eh?

La joven le obligó a sentarse de nuevo.

—Sea usted razonable —le suplicó—. ¿Acaso su tío estaba preocupado?

—¡No hay nada que inmute al viejo! —dijo Algy—. No hizo más que decir que aquel escándalo le recordaba sus buenos tiempos en Blitzensfontein. ¡No sé qué le haría! Es tan poco comprensivo, ¿eh?

Patricia prestaba escasa atención a la charla de Algy. Para ella había sido una sorpresa que la persecución en el jardín hubiese producido tanto ruido, que los vecinos se diesen cuenta, y se preguntaba qué influencia podría tener el hecho sobre los oscuros planes del Santo. Por otra parte, Bittle no se atrevería a llevar a cabo sus amenazas estando ella allí, como testigo de los incidentes

de la noche. Luego recordó que la casa de Bittle y la de Bloem estaban bastante distanciadas de las demás y que, por lo tanto, aunque el segundo se hubiese dado cuenta del escándalo, los demás vecinos, como sir Michael Lapping o los dos funcionarios retirados, no podían haberlo advertido de ningún modo, porque se hallaban demasiado lejos. Sin embargo, Bloem y Algy podían apoyarle en sus declaraciones y salvar así al Santo de cualquier apuro.

Ágata Girton, que había permanecido callada durante largo rato, dijo de pronto:

—¿De qué se trata, vamos a ver?

—¡Oh! De un escándalo… —dijo Algy con cierta reticencia, como si ya no le interesase más que terminar pronto el asunto. Mientras contestaba se entretenía puliendo el cristal del monóculo —. Parece que sir John Bittle se divierte mucho armando jaleo en su casa.

—Pues ya basta con el de su casa —observó Ágata Girton—. Todo el mundo está hecho un manojo de nervios. ¿Por qué hay que ponerse tan nervioso?

—¡Bien dicho! —convino Algy, contrito—. Perdóneme, tía Ágata.

La señorita Girton se molestó al oírle.

—Declino el honor de adoptarle como sobrino, señor Lomas-Coper.

—Perdón, tía… señorita Girton. ¡Ya me voy!

Patricia sonrió y le tendió cariñosamente la mano, pero Algy, de ordinario tan alegre y dicharachero, estaba mustio. Hizo un esfuerzo para sonreír también, pero se veía claramente que estaba deseando dejar la escena de su *faux pas*.

—Venga a vernos mañana —le dijo Patricia.

Algernon asintió, añadiendo:

—No sabe usted cuánto siento mi error, únicamente debido a mi torpeza, ¿eh? Si puedo hacer algo por usted, ya me lo dirá, ¿eh? Hasta mañana, Pat.

Ofreció la mano a la señorita Girton, pero ella le volvió la espalda.

—Bueno, bueno —dijo Algy, y se marchó.

Las dos mujeres oyeron cerrarse la puerta nuevamente y se quedaron muy impresionadas a causa de la humildad del señor

Lomas-Coper, porque era corriente en él dar portazos cuando se marchaba.

—Has sido muy dura con Algy —dijo Patricia, resentida.

—Me molesta porque es tonto de remate —contestó Ágata Girton con brusquedad—. Afortunadamente, se tragó la «bola» de la caída. Si tuviera siquiera un poco de inteligencia, mañana hablaría a todo el pueblo de ti. Bueno, ¿qué ha pasado realmente?

Patricia volvió a mirar el reloj. El tiempo transcurría muy lentamente. Las once y media. Alzó los ojos y contestó a su tía:

—Tanto vale esa «bola» como cualquier otra.

—Para mí, no. —Ágata se colocó junto a su sobrina con semblante ceñudo, y Patricia sintió miedo al ver aquella figura hombruna—. ¿Qué sucedió en casa de Bittle?

—¡Oh, nada!… Me dijo que el único modo de salvarte era que me casara con él.

—¡Ah! ¿Sí? —exclamó la vieja—. ¡El muy cerdo!

—¡Tía Ágata!

—¡Cállate, tonta! Bittle es un puerco… ¿Por qué no he de decirlo? Y añadiendo unas palabritas más, si así me place. ¿Por qué no se lo dijiste tú? ¿Qué le has dicho?

—Yo… —Patricia hizo un esfuerzo. Recordaba la inopinada llegada del Santo, que puso fin a la discusión—. No supe qué decirle —añadió con franqueza.

La señorita Girton contemplaba a la joven de arriba abajo.

—Luego se propasó, ¿verdad?

—No… no es eso. El caso es…

—No lo entiendo. ¿Quieres decirme, por fin, lo que pasó?

Patricia se cubrió los ojos.

—¡Déjame en paz! Más vale que me digas cómo contrajiste tantas deudas.

—Poco hay que contar —replicó Ágata con frialdad—. Cuando Bittle llegó aquí, trató inútilmente de obtener entrada en la buena sociedad de Baycombe. Vino a esta casa varias veces, insistiendo verme; creyó que, siendo ésta la casa solariega del pueblo, su dueña tendría influencia decisiva aquí. No sé cómo, pero el caso es que se enteró de que yo necesitaba dinero. Me ofreció su ayuda si yo, en cambio, le procuraba amistades. Como para mí no había más salida, acepté. Tú sabes que ha estado aquí con frecuencia, pero no logré

que los demás le invitasen, a pesar de que su comportamiento es excelente y, además, no carece de educación. Pero la gente de aquí es tan particular… En fin, tuve que continuar pidiéndole dinero, y a él no parecía desagradarle. Eso es todo.

Patricia se mordió los labios.

—Ya veo. Y aunque gastabas lo que en realidad era mío, no te pareció bien decirme algo.

—¿De qué hubiese servido?

—¿No había nada…?

—Nada en absoluto —dijo Ágata Girton ásperamente.

Patricia la miró.

—Entonces, ¿me vas a decir qué te propones hacer cuando llegues al final de tus recursos?

Ágata encendió otro cigarrillo con manos temblorosas. Durante un momento esquivó la mirada de la joven dirigiendo la suya a la ventana. Luego tornó a mirar a Patricia.

—Déjame a mi arreglar eso —contestó en voz baja con un dejo tan inhumano, que Patricia sintió escalofríos.

La joven se levantó y se fue a otro rincón de la sala para huir de la dura mirada de su tía. En otro momento habría sabido cómo tratar el desagradable asunto que acababa de oír, pero ahora sólo pensaba en el Santo y no se veía capaz de concentrar los pensamientos en el nuevo problema, y aunque hubiese podido, no se habría atrevido por temor a enredar la cuestión y no poder cumplir las instrucciones de aquél en caso de que no volviese a la hora fijada. La señorita Girton tenía la fortaleza espiritual y física de un hombre y Patricia no se fiaba de su tía aquella noche.

Faltaban aún quince minutos, pues sólo habían transcurrido cuarenta y cinco desde que dejó al Santo en aquel jardín maldito.

—¿Qué te pasa, niña? —preguntó la tía con voz áspera—. ¿Por qué miras tanto el reloj?

—Para ver la hora.

Patricia sintió ganas de reír, porque se dio cuenta de que aquella respuesta suya hubiese divertido a Simón Templar. En cambio, Ágata Girton no veía ningún motivo de risa en la absurda contestación.

—¿Por qué te interesa tanto la hora?

—Mira, haz el favor de dejarme tranquila; no soy ninguna niña

—exclamó la joven de pronto.

Su paciencia iba agotándose rápidamente; estaba intranquila y temía acabar por llorar para desahogar la desesperación que la embargaba. Se encaró resuelta con su tía:

—Ya nos veremos mañana —dijo, y salió del salón sin añadir palabra.

Estuvo un buen rato en su dormitorio paseándose arriba y abajo; de vez en cuando se asomaba a la ventana, pero sin percibir ruido alguno desde la finca de Bittle. Hacia el lado opuesto estaba el chalé de Carn. Había luz en una ventana del piso bajo, lo que indicaba que el doctor aún estaba levantado. La muchacha pensó ir en seguida a verle para entretenerse hablando con él hasta la hora fijada, porque, si todo iba bien, el Santo seguramente la buscaría antes en casa de Carn que en la suya propia. Vacilaba un poco, pues conocía escasamente al doctor; pero al oír que abajo se cerraban las ventanas, la invadió el pánico sin que pudiera dominarse.

Rápidamente se dirigió a la puerta y bajó corriendo las escaleras. Advirtió que su tía estaba en el salón, porque se paseaba por allí con fuertes pisadas. Patricia cruzó el vestíbulo con mucho sigilo y cerró la puerta tras de si sin hacer ruido.

La fresca brisa de la noche le devolvió la serenidad, pero no volvió atrás; con paso resuelto se dirigió a la casa de Carn. Al llamar, le abrió éste en persona, por lo que la joven recordó que no tenía servidumbre.

El simpático rostro del doctor reveló una agradable sonrisa al ver quién había llamado.

—¡Caramba! ¿Usted, señorita Holm?

—¿Molesto? —le preguntó sonriendo—. Estaba deprimida y me pareció que un rato de charla con usted me animaría. Esto es, si mi compañía no le es desagradable.

Carn se dio cuenta de que le impedía la entrada y se hizo a un lado.

—Es un honor para mí —dijo—; pero… estoy solo.

—Los médicos no cuentan en estas cosas, ¿verdad? —exclamó riendo la joven—. Además, le doy palabra de que me portaré bien.

Carn, sorprendido por la inopinada visita, mostrábase un poco torpe; pero, de todos modos, la llevó a su estudio. A Patricia le asombraba la manifiesta vacilación del doctor y le extrañaba que su

profesión, el trato con los enfermos, no le hubiese dado más dominio sobre sí mismo para hacer frente a todas las situaciones. No obstante, aunque torpe, era amable. Le ofreció la mejor butaca, quitó un montón de papeles de la mesa y los puso en un cajón. Advirtió ella que entre los documentos había algunos planos. Carn se apresuró a explicar el hecho.

—Estoy interesado en geología además de la entomología. Es sin duda un asunto muy poco interesante para usted, pero a mí me divierte. Y me interesa mucho el prójimo.

Casi sin darse cuenta, Patricia pidió su opinión sobre Simón Templar.

—¿Templar? Un hombre muy interesante, pero no sé aún cómo clasificarlo. Sólo le conozco desde hoy. Es una persona muy…, ¿cómo le diré?…, bueno, digamos un hombre extraordinario. Da gusto hablar con él.

Al parecer, Carn no deseaba continuar el análisis de la persona del Santo sin conocer antes la opinión de ella.

—¿Quiere usted tomar té? —preguntó el doctor—. ¿O prefiere una cerveza? Es todo lo que puedo ofrecerle.

—Gracias; si le parece bien, no tomaré nada. El caso es que… quisiera… Bueno, ¿cree usted que el señor Templar corre algún peligro?

Carn la contempló con una viveza inusitada en un hombre de su clase.

—¿Por qué lo pregunta, señorita?

—Como siempre habla de eso…

Carn hizo un gesto de impaciencia.

—Así es —admitió, sin salir de su reserva—. Creo que es prematuro aventurar ningún juicio. ¿Me permite que le pregunte qué es el señor Templar para usted?

—Le conozco desde hace muy poco —contestó Patricia con la misma reserva—. Pero confieso que me es muy simpático.

—¿Sería impertinencia preguntarle si está enamorada de él? —prosiguió Carn. Y al ver que la joven se ponía encarnada, añadió en tono paternal—: Ya veo que sí que es una impertinencia. En fin, tal vez el señor Templar le haga más caso a usted. Como amigo suyo, le haría usted un gran servicio si empleara toda su influencia para lograr que no persistiera en su idea.

—Entonces, ¿corre, en efecto, peligro?

Carn suspiró.

—Porque quiere —dijo—. El señor Templar se ha metido en un juego peligroso. No puedo hablar más. Tal vez él mismo se lo diga.

Patricia miró por enésima vez el reloj. Aún faltaban seis minutos.

6. La magnanimidad del Tigre

—Aquí estamos de nuevo —murmuró el Santo—. ¿Verdad que parecemos inseparables esta noche? ¿Cómo está el occipucio? Espero que nada grave.

Bittle inclinó la cabeza.

—Sus modales son un poco rudimentarios —dijo cortésmente—, aunque de mucho efecto. Tengo, sin embargo, mis ideas sobre la violencia física, que espero mostrarle a su debido tiempo.

—¡Espléndido! —dijo Templar.

Se volvió para ver al hombre que le apuntaba con la pistola y se inclinó ante él con una sonrisa.

—¡Caramba, si es el simpático Bloem! —exclamó—. Ya me figuraba yo que tomaría parte en la diversión; usted no podía faltar. Y, dígame, en caso de que hubiese necesidad, ¿dónde le gusta más recibir los golpes: en la mandíbula o en el estómago? Ya sé que es un poco difícil decidir no conociendo los efectos: el golpe en el plexo solar es más doloroso, pero el de la cara puede traer consigo alguna cicatriz. En fin, como usted quiera, porque me gusta complacer a mis clientes en estos pequeños detalles.

—Basta ya, señor Templar —le interrumpió Bittle ásperamente —. Me parece que esta noche ya ha hablado usted bastante.

—¡Si aún no he empezado! —protestó el Santo en tono de queja —. Precisamente iba a contarles uno de mis cuentos preferidos. El amigo Bloem ya lo oyó, mas para usted es inédito. Aquel italiano llamado Fernando que engañó a uno del banco. Hicieron las paces con un cris, lo que fue el fin de Fernando. ¿No hay aplausos?

El Santo les miraba con expresión cándida, como si, en efecto, esperase los aplausos. Nadie se movió. Bloem seguía apuntándole con la pistola, y su curtido rostro no revelaba nada. Bittle, en cambio, estaba muy pálido. El mayordomo y otros dos criados de aspecto patibulario que habían entrado en la habitación estaban

inmóviles como estatuas.

—Ya te dije que sabe demasiado —observó Bloem dirigiéndose a Bittle—. Es preferible no correr riesgos.

—Pues resulta desagradable —manifestó Templar—. Es un cuento que siempre ha sido muy celebrado. El pobre Fernando gastó sus últimas energías maldiciendo a los tigres y otras cosas, y por eso no vivió lo bastante para decirme exactamente dónde estaba el botín. «Baycombe, Devonshire, Inglaterra», dijo, con el cris clavado basta la empuñadura, añadiendo: «La casa vieja». Luego murió. Como en los cuentos, perplejo, en aquel dédalo de casas y casuchas. No es de extrañar que odiase a los tigres.

Bloem alzó un poco la pistola y los nudillos se le pusieron blancos.

—Esto se arregla fácilmente —murmuró, y el Santo se vio frente a la muerte.

—¡No! —dijo Bittle precipitándose sobre Bloem y desviando el cañón.

El millonario estaba pálido y se secaba con un pañuelo el sudor de la frente.

—No seas estúpido —dijo después—. La muchacha estuvo aquí. Él la ayudó a escapar. Si le pasa algo, ella hablará. ¿Es que quieres que acabemos todos en la horca?

—Razona usted estupendamente bien, amigo Bittle —dijo el Santo.

Se sentó sobre la mesa, balanceando las piernas, más frío que un témpano.

—Hay que buscar el medio de que perezca en un accidente —dijo Bittle—. Esa maldita chica hará que la policía nos persiga si no lo arreglamos sin que sospechen de nosotros.

Bloem se encogió de hombros.

—A la chica se la puede hacer callar —observó fríamente.

—Te guardarás muy bien de tocarla —mandó Bittle—. ¿Dónde está el jefe?

El Santo vio en el rostro de Bloem una mueca de advertencia.

—Volverá más tarde.

—Buenas noticias —dijo Templar—. ¿Acaso voy a conocer por fin al célebre Tigre en persona? No pueden ustedes hacerse idea de las ganas que tengo de conocerle.

—No tema, señor Templar —le contestó Bittle—: el Tigre se dará a conocer cuando esté seguro de que usted ya no podrá hacer nada contra él. Creo —añadió— que esta noche lo conocerá.

El Santo comprendió que el pánico que Bittle mostró poco antes era sólo debido al miedo que sentía a verse metido en una investigación policíaca, pero no por asistir a un asesinato a sangre fría. El millonario estaba ahora muy tranquilo y en sus fríos ojos no había piedad. El tono con que pronunció la segunda parte de su respuesta hubiese aterrado a muchos valientes. Pero los nervios del Santo eran de acero bien templado, y su optimismo, indestructible. Sostuvo sonriendo la mirada de Bittle.

—No se fíe mucho —aconsejó—. Desde hace ocho años llevó una vida muy peligrosa y aún no ha conseguido nadie matarme. Incluso el Tigre puede fracasar.

—Confío en que el Tigre sea tan listo como usted —dijo Bittle.

—Pues confíe, amigo —contestó el Santo alegremente.

Antes de entrar en la biblioteca le habían registrado de pies a cabeza, quitándole el puñal, pero le habían dejado la pitillera. Era un estuche ancho, para dos hileras de cigarrillos. Los de un lado tenían ciertas características que el Santo no se creyó obligado a explicar. Le molestaba hacer juegos malabares sólo por divertir a la concurrencia. Escogió un cigarrillo del lado opuesto del estuche (que no era una pitillera corriente, porque uno de los bordes, invisible estando cerrada, tenía el filo de una navaja de afeitar) y empezó a fumar con increíble aplomo.

Bittle y Bloem, ambos armados, discutían en voz baja en otro extremo de la habitación. El mayordomo pugilista se había apostado junto a la puerta y no era previsible que le cogieran desprevenido por segunda vez. El Santo hubiera podido vencerle en buena lid, pero en aquellas circunstancias era impensable, porque los demás hubieran intervenido. Los otros dos criados se hallaban guardando la puerta para impedir que el Santo volviese a despedirse a la francesa. Ambos eran hombres forzudos, por lo que Templar, calculando las probabilidades de éxito con una ojeada, se dijo que, de momento, no era posible salir. Había pocos hombres que el Santo no hubiese acometido uno a uno, y menos aún eran los que no hubiera podido doblegar, porque era fuerte y estaba avezado. Pero tuvo que admitir que arremeter contra tres púgiles a

la vez y enfrentarse al mismo tiempo con dos hombres armados era algo que no podía hacer sin exponerse a un fracaso. Por lo tanto, se quedó tranquilamente sentado sobre la mesa, fumando. No solía emocionarse antes de empezar la función.

Miró el reloj y vio que aún faltaba media hora para que desde fuera pudiese venirle ayuda. Se alegró de su previsión al decir a Patricia Holm que fuese a ver a Carn en caso de que le sucediese algo, pero confiaba que sería sólo como último recurso y que no habría necesidad de recurrir a él. Templar no deseaba de ningún modo tener que agradecer algo al inspector de Scotland Yard y, sobre todo, no quería que tuviese más ventajas que él en la aventura que había llevado a ambos a Baycombe. De todos modos, era confortador saber que Carn podría sacarle del apuro, sin mencionar al admirable Horacio, que no tardaría en investigar el paradero de su amo, si es que no se había puesto ya en camino con su formidable artillería.

Las reflexiones del Santo fueron interrumpidas al sonar un timbre. El sonido fue muy débil, pero Templar tenía el oído muy fino; percibió lo que a la mayoría hubiera pasado inadvertido: el ritmo sincopado de un timbre. A poco llamaron a la puerta y entró un hombre, que habló en voz baja con Bittle. Este salió inmediatamente. Bloem se dirigió a Templar y éste le saludó con amable sonrisa.

—¿Por fin viene su majestad el Tigre?

Bloem asintió con un movimiento de cabeza y contempló con mirada curiosa al Santo.

—Nos ha dado usted más trabajo de lo que puede figurarse —dijo—. Ha tenido una suerte loca, pero aun la suerte más extraordinaria termina alguna vez.

—Exactamente lo que me dijeron en Monte —convino el Santo—. Dicen que la banca, a la larga, siempre gana.

Fijándose bien, Templar pudo ver un ligero temblor en los párpados de Bloem.

—Debió de decírselo Fernando —dijo Bloem en voz baja y para sí; pero el Santo lo oyó.

—A pesar de ello —observó tranquilamente—, lo sé todo menos la respuesta a dos importantes preguntas: ¿quién es el Tigre? y ¿dónde está oculto el botín? Tengo el presentimiento de que no

tardaré en descifrar ambos secretos.

—Su optimismo es grande —dijo Bloem.

El dominio que éste tenía sobre sí mismo era casi perfecto, pero Templar, buen observador, durante la breve conversación había comprendido muy bien el carácter y las posibilidades de su contrario. Bloem no tenía el temple de acero que fingía, porque, de lo contrario, no se hubiese sobresaltado por una afirmación tan vaga como la que le espetó el Santo.

Este tenía, por lo tanto, ventaja sobre aquél, pero se guardó muy bien de decirlo. No varió en nada la suave sonrisa con que hablaba a su enemigo.

—Confío mucho en el azar —dijo con tono superficial—; lo que me recuerda: ¿cómo están las acciones de la mina T. T. Deeps?

Bloem nada contestó, y el otro continuó su charla:

—La verdad, me dio que pensar esa mina de oro abandonada. ¿Por qué un hombre cuerdo (como usted ve, señor Bloem, le concedo que esté en sus cabales), por qué un hombre cuerdo, me dije, había de empeñarse en reunir la mayoría de las acciones de una mina de oro que hace más de dos años no ha dado ni un gramo de oro? Y se lo pregunté a mis agentes, los cuales mandaron un cable al Transvaal. La respuesta fue sencilla, aunque desconcertante: «No lo sabemos». Resulta, pues, que no se ha trabajado desde hace dos años en la mina, que sólo los novatos recorren de vez en cuando el distrito, porque los mineros viejos saben que no hay en cien millas a la redonda oro suficiente para sacar un jornal decente. Y, sin embargo, el gran Bloem trata de recoger todas las acciones y recuerda a la Bolsa un asunto que ya todo el mundo tenía olvidado. Resultado: todos los pequeños accionistas de esta desdichada mina, que ya daban por perdido el dinero, sacan de los rincones documentos y se devanan los sesos sobre si es conveniente vender, ahora que se ofrece la ocasión, o si será mejor esperar para ganar una fortuna. Todo lo cual, para una mente tan inquisitiva como la mía, resulta sospechoso en alto grado y me induce a pensar.

—Me alegro, señor Templar, de que su preocupación por estas acciones no le haya envejecido prematuramente —observó Bloem con ironía.

—¡Oh, de ninguna manera! El caso es que en el momento en que

creí volverme loco y mis parientes ya andaban buscando un apacible manicomio para encerrarme, tuve de pronto una gran inspiración. Suponga usted, Bloem, que una banda logra escapar con el botín más grande que se conoce en la historia de los robos de bancos. Suponga usted que hayan podido huir con algo más de un millón de dólares en oro. Suponga que hayan llevado el botín a través del Atlántico, ocultándolo en una pequeña aldea inglesa, tan alejada del mundanal ruido que nadie le recordaría si no fuese por las guías del ferrocarril. Y luego suponga…, recuerde que sólo se trata de una teoría…, que la pandilla está muy contenta de que nadie hasta ahora les haya seguido los pasos y esté planeando cómo convertir el botín en dinero. Desde luego, lo primero es fundir el oro. Pero ¿qué se hace con los lingotes? Tampoco se pueden vender sin levantar sospechas, porque los lingotes de oro no abundan. ¿Qué hacer, pues?

—Sí, ¿qué se puede hacer? —preguntó Bloem con voz cansada.

—¡Caramba! —exclamó el Santo, contento, como si se tratara de una adivinanza que Bloem no supiese resolver—. ¿No se puede buscar una mina de oro abandonada, obtener la mayoría de sus acciones, hacer que en ella se pierdan los lingotes y luego volverlos a encontrar, con gran satisfacción y alegría de los pobres accionistas?

—Sí —contestó Bloem sin revelar interés alguno.

—No colará, amigo —dijo—. Le aseguro que no. Y bien lo sabe usted.

Bloem se apartó de él como si le cansara toda aquella charla y le diese sueño, pero no por eso dejó de oír la risita del Santo. Bloem hacía esfuerzos para estar a la altura de las circunstancias, pero no lo lograba del todo. Pocas dudas había tenido Templar acerca de la exactitud de su hipótesis, y las pocas habíanse disipado por completo. Tenía casi todos los hilos de la trama.

Pero ¿quién era el Tigre? Era el problema más importante, y urgía resolverlo, excepto tal vez el del lugar en donde estaba oculto el oro. ¿Quién en aquella aldea podía tener el cerebro que concibió y realizó la hazaña? Había que descartar a Bloem, a Bittle y a Carn. Así, quedaban sólo el muy honorable sir Michael Lapping, el simpático pero simple señor Lomas-Coper, la hombruna señorita Girton y los dos funcionarios retirados Shaw y Smith. Cinco

personajes, pero ninguno con características sobresalientes para atribuirle el cerebro que pudiese dar semejante golpe. El Santo frunció el entrecejo. Sopesando el problema a la luz del cálculo de probabilidades, había que descartarlos a todos, lo que, desde luego, era absurdo. Y desde el punto de vista de las novelas de misterio, se había de decir que Lapping se hallaba demasiado por encima de toda sospecha, que Algy era demasiado necio para no ser sino precisamente el *cerebro*, que Ágata Girton seguramente resultaría un hombre disfrazado de mujer, mientras que Shaw y Smith se mantenían demasiado alejados, indicando así que huían de las candilejas por motivos sospechosos. Lo cual también era demasiado absurdo. Y la antigüedad tampoco servía para desenredar el lío, porque Bloem, Algy, Agata Girton y Bittle habían vivido todos en Baycombe con fecha anterior al día en que el Tigre forzó la cámara acorazada del Banco Confederado de Chicago…, al menos por lo que el Santo había podido saber. Templar calculaba que el Tigre había necesitado, cuando menos, cinco años para llevar a cabo el golpe, deducción que confirmaba su respeto por la gran inteligencia del Tigre, más sin acercarle un paso hacia la resolución del misterio de su identidad.

Al llegar el Santo a este punto de sus reflexiones, regresó Bittle y se llevó a Bloem a un rincón de la biblioteca. Templar sólo oía de vez en cuando alguna palabra suelta, que le daba a entender que el Tigre estaba furioso con Bittle por haber tardado tanto en capturarlo y por haber hecho tanto ruido; que Bittle había dicho al Tigre que ya quisiera haberlo visto a él en el caso y hacerlo mejor, y que el Tigre tenía una gran idea. Luego hubo murmullos cuyo significado no pudo captar, y después una frase clara y precisa:

—Dice el Tigre que debemos dejarle ir.

Al oír esto, Bloem renegó y Bittle siguió hablándole con insistencia. El Santo trató de ver claro en el asunto, sin lograrlo. ¿Dejarle en libertad teniendo todas las ventajas? Le pareció que no podía haber oído bien, pero, en aquel instante, Bittle se apartó de Bloem y se dirigió al Santo para confirmarle lo que su agudo oído había percibido:

—Se hace tarde, señor Templar —dijo el millonario—, y todos somos de la opinión de que la fiesta ya ha durado bastante. Por favor, no se entretenga más por nosotros.

—¿Lo cual quiere decir…? —preguntó el Santo con toda la indiferencia que le fue posible mostrar en aquel crítico momento.

—Que es usted libre de irse cuando quiera.

Bittle clavó los ojos en el Santo, y la maldad que brilló en ellos desmintió la cordialidad de su voz. No cabía duda de que estaba furioso por tener que llevar a cabo la orden que había recibido. Con voz ronca dio algunas instrucciones, y los tres criados salieron, cerrando la puerta. Bloem estaba arreglándose la corbata nerviosamente con la mano izquierda, teniendo la derecha en el abultado bolsillo.

—Son ustedes muy amables —observó Templar arrastrando las palabras—. ¿Verdad que no les disgustará que me lleve a «Ana»?

Con paso seguro se dirigió al secreter, abrió un cajón y se apoderó del puñal que le habían quitado, poniéndolo otra vez en la funda atada al antebrazo. Luego se enfrentó de nuevo con los dos.

—La verdad, su amabilidad me confunde. Y es que nunca les hubiese atribuido sentimientos de caridad. ¿Acaso la señorita Holm es un obstáculo tan invencible para… superhombres como ustedes?

—Creo —dijo Bittle suavemente— que haría usted bien en no preguntar demasiado. Bástele saber, señor Templar, que su buena suerte sigue durando…, acaso por última vez. Más vale que se despida antes de que cambiemos de parecer.

El Santo sonrió.

—Ustedes no tienen parecer. El Tigre manda y ustedes obedecen… Me gustaría saber si es por Horacio. ¿Le tendrán ustedes miedo? Horacio es un diablo cuando está furioso, y si me hubieran quitado de en medio y él se enterase… Acaso hayan hecho bien.

—Tal vez —gruñó Bloem, como si no lo creyese, y el Santo asintió.

—Siempre queda la posibilidad de que yo vaya a ver a la policía y hable, ¿verdad?

Bittle estaba encendiendo un cigarro y lo miró con la boca torcida.

—Usted no es hombre que se acobarde y vaya a pedir socorro a Scotland Yard, señor Templar —contestó—. Además, el premio es grande. Creo que podemos fiarnos de usted.

El Santo se quedó mirándole con involuntaria admiración.

—Casi estoy por decir que saben comportarse como buenos deportistas —dijo.

—Yo sólo puedo confiar —repuso Bittle fríamente— en que halle usted el deporte a su gusto y satisfacción.

Templar movió la cabeza.

—Estoy seguro de ello…, ustedes no me decepcionarán… Y ahora, ¡a la cama! Muchos recuerdos al Tigre, y díganle que he sentido no conocerlo. —El Santo se detuvo, como si tuviera una inspiración—. A propósito de Fernando…, sabrán que le espera la horca al asesino, ¿verdad? Pues tengan cuidado de que, si las cosas van mal, la culpa sea únicamente del Tigre; de lo contrario, acaso les ahorcasen a ustedes con él.

—Tendremos cuidado —aseguró Bittle.

—¡Espléndido! —exclamó el Santo—. Bueno, adiós, amigos. Que descansen y tengan sueños agradables.

Se dirigió a la puerta y la abrió.

—Si les es igual… Tengo arraigada aversión a los pasillos oscuros. Nunca se sabe lo que puede pasar, ¿verdad?

—Señor Templar. —El millonario le detuvo—. Antes de que se vaya…

El Santo se volvió hacia ellos desde la puerta. Aún permanecía la sonrisa en sus labios y, aunque los arbustos le habían destrozado bastante el traje, conservaba tal aire de distinción en todo su aspecto, que le hubiese sido fácil entrar por la puerta grande del «Hotel Ritz» sin verse detenido y enviado a la de servicio. Sólo él sabía qué esfuerzo le costaba adoptar aquel aire de indiferencia. La atmósfera estaba muy cargada y la situación amenazaba con empeorar; pero Simón Templar no mostraba inquietud alguna.

—¿Qué hay, amigo?

—Puede ahorrarse una noche en vela y el peligro de coger un resfriado —observó Bittle—, si tiene en cuenta que el Tigre ya ha salido de esta casa y que es inútil que busque.

—Muchas gracias. No le buscaré. Y ustedes pueden ahorrarse un gran paseo y bastantes inconvenientes si tienen en cuenta que Horacio y yo dormimos por turnos; de manera que al que se le ocurra darse una vuelta por casa, tendrá pocas probabilidades de cogernos desprevenidos. ¡Hasta la vista!

Desapareció en la oscuridad como un fantasma, antes de que los

dos hombres que se hallaban en la biblioteca pudiesen percatarse. Se marchó directamente hacia el muro, puso de nuevo la americana encima y saltó con la agilidad de un gato.

Una vez al otro lado, se puso la americana y se alejó después de escuchar brevemente, escudriñando al mismo tiempo la oscuridad. Guiado por su instinto, se dio cuenta en seguida de la situación del terreno y se dirigió dando un gran rodeo hacia la casa solariega. Avanzaba a cortas carreras, deteniéndose, acurrucado, cada veinte metros, aguzando la vista y los oídos por si alguien le acechaba. Nada sucedió. La noche era quieta y apacible. Vio luz en una habitación del piso alto de la casa de Bittle y percibió el lejano rumor de la resaca, pero ningún sonido humano.

«Es muy extraño —se dijo Templar rascándose la cabeza. Se había resguardado por vigésima vez tras un arbusto después de una corta carrera—. Tal vez saltar el muro les haya despistado».

Porque el Santo estaba seguro de que le habían preparado una emboscada cerca de la casa de Bittle para cogerle desprevenido; sin embargo, nadie había tratado de impedir su salida ni en todo el camino advirtió la menor señal. Llegó al sendero que había entre la casa solariega y la de Carn sin ser molestado, y allí se detuvo.

—¡No lo entiendo! —dijo casi indignado—. ¿Por qué demonios me habrán dejado ir así?

No vio luz en la casa de Patricia Holm y, sobresaltado, consultó su reloj. Ya habían pasado algunos minutos de la hora fijada, por lo que rápidamente se dirigió a la casa de Carn y llamó insistentemente.

7. La fiesta continúa

Carn abrió la puerta en seguida. Templar se hubiese echado de buena gana al cuello del inspector al ver que éste sólo revelaba débil sorpresa al verle, pero ocultó su alegría bajo una sonrisa irónica que iba muy bien con su aspecto.

—Me suponía que estaría levantado —dijo en son de excusa—. ¿Le molestará ofrecerme una limonada?

Antes de que el inspector pudiera contestarle, ya se había deslizado al vestíbulo. Carn cerró la puerta dando un suspiro de resignación.

—No esperaba tan pronto el honor de verle de nuevo, señor Templar. El caso es que tengo visita… —dijo Carn en un tono como si apelase a su caballerosidad para que no entrase sin pedir permiso.

El Santo no le hizo caso; sin dejarle terminar, abrió la puerta del estudio.

—¡Caramba, si es la señorita Holm! —exclamó—. ¡Qué casualidad, encontrarla a usted aquí! —Después se dirigió a Carn, que se había quedado en el umbral y estaba sofocado—. Supongo que no he venido a interrumpir ninguna consulta facultativa. De lo contrario, no gasten cumplidos: díganmelo y me marcho.

—A decir verdad —repuso Carn, a la defensiva—, la señorita Holm sólo ha venido para conversar un rato conmigo.

—¡Caramba! ¿De verdad?

—¡Sí, señor! —replicó Carn elevando la voz.

—Bueno, bueno —dijo el Santo, a quien divertía mucho la escena—. ¿Y cómo está usted, señorita Holm?

Deseaba saber qué era lo que Patricia había dicho al inspector, y ella leyó la pregunta en sus ojos.

—Un minuto más y… —empezó la joven.

—… Y me dirá usted que soy un impertinente —la interrumpió el Santo, interpretando bien la frase de ella—. Y con motivo,

perdóneme usted. A veces siento deseos irresistibles de bromear.

Echó una mirada de reproche a Carn, quien se sonrojó más aún. Luego dirigió a Patricia un mensaje con los ojos que no era para expresarlo en voz alta, en el que le transmitió su plena satisfacción por el curso de los acontecimientos.

El Santo se dijo que entre su reloj y el de la joven debía de haber algunos minutos de diferencia y que había llegado a tiempo para salvar la situación, antes de que Carn se enterase de todo.

Al mismo tiempo, su sonrisa decía a Patricia: «Muy bien jugado, niña. Estaba seguro de poder confiar en usted. Todo va bien y ahora es preciso despistar a Carn. Cuidado con lo que dice». Y la joven le devolvió la sonrisa, dando a entender que había comprendido bien y que estaba contenta de volverle a ver. Tan encantadora era la sonrisa, que Templar tuvo que hacer un esfuerzo para no abrazar a Patricia.

—Parece que ha tenido usted una pelea, señor Templar —observó Carn, y el Santo asintió.

—¿No le ha contado la señorita? —preguntó.

—No me pareció bien preguntarle.

El Santo frunció el entrecejo, porque, si bien la muchacha se había arreglado un poco, se notaba que no había pasado la noche jugando al dominó en el salón. Carn se explicó:

—Cuando abrí la puerta y la vi, pensé que algo había sucedido y que ella venía para… para curarse. Pero me dijo que sólo le traía aquí el deseo de charlar conmigo; así es que me callé… Me parece, señorita, que cuando el señor Templar llamó, iba usted a decirme algo, ¿verdad? Veo que sí… ¡Ah!…, pero… —Carn acababa de advertir la mirada de reproche del Santo, se azaró un poco y añadió luego con gran energía—: Como médico, estoy acostumbrado a dejar hablar a mis clientes. Es la vieja escuela, pero la considero mejor que la nueva. Y entonces llega usted…

El inspector acabó señalando con un ademán los destrozos de los trajes de Patricia y de Templar, y éste se echó a reír.

—¡Qué lástima! —dijo arrastrando las palabras—. Y ahora se muere de curiosidad por saber el resto, ¿no?

Carn alzó los hombros.

—Eso depende.

El inspector no era mal actor, pero no sabía cómo desenvolverse

ante la maliciosa sonrisa del Santo. No podía de ninguna manera darse por enterado de que éste se reía de él, porque para Carn era esencial seguir haciendo el papel de doctor en presencia de un testigo. Lo cual explica por qué su regordete rostro siguiese más rubicundo que en realidad era y por qué había cierta tensión en su voz.

Patricia estaba perpleja. Esperaba que el Santo y el doctor Carn fuesen buenos amigos, y se encontró a dos hombres que se debatían en un duelo de palabras, cuyas sutilezas no comprendía, aunque se daba cuenta de que Simón estaba muy contento, y el doctor Carn, muy disgustado.

—¿Quiere que se lo cuente todo, doctor? —preguntó Templar con cierta insinuación, porque era una debilidad suya el exagerar los papeles, bordeando la farsa.

—¡Sí! —contestó Carn con rapidez saliendo de su reserva.

—Se lo contaré —dijo Simón en tono confidencial—. Fue de este modo…

Carn se había acercado. El Santo frunció el entrecejo, se rascó la cabeza y se quedó mirando al inspector.

—El caso es —exclamó fingiéndose disgustado— que no recuerdo nada. ¿Verdad que es divertido? No sé cómo es posible.

El inspector contestó en voz baja que no le parecía divertido aquello, añadiendo otras cosas sólo destinadas a los oídos del Santo y que revelaban su indignación por la burla de que se le hacía objeto. Simón se apartó de él con cara apenada.

—No estoy conforme con sus teorías —dijo.

—Déjeme a mí explicarlo —intervino Patricia, que temía que las cosas no marchasen bien—. El señor Templar ha pasado la mayor parte de la noche conmigo. Íbamos paseando por el risco y…

—¡Silencio! No lo diga delante del doctor. ¡Dios sabe lo que se figurará!

El inspector emitió una especie de gruñido fiero, muy acorde con su estado de ánimo. La paciencia iba acabándosele, pero procuró ocultarlo, fingiendo un acceso de tos.

—¿Ve usted? —observó el Santo—. Está usted poniéndole nervioso.

El Santo estaba haciendo su papel a maravilla. Su sonrisa, el donaire de su porte, se diferenciaban de tal modo del aspecto del

inspector, que éste parecía el hazmerreír de la reunión, y Patricia tuvo que hacer grandes esfuerzos para no reír. Era la del Santo una actitud imperdonable, pero la consideraba necesaria para evitar la intensa curiosidad de Carn. El haber adoptado un aire de misterio hubiera sido una gran equivocación, a pesar de que al Santo le gustaban esta clase de papeles.

Carn se percató de pronto de que le estaban gastando una broma, y Templar, que esperaba ese momento psicológico, se fingió contrito.

—Acaso me he excedido un poco —se apresuró a decir—. Pero en verdad, mostrándose usted tan receloso, no podía esperar otra cosa. Casi parecía que sospechase que yo fuera reo de algún crimen, cuando la verdad es muy sencilla. La señorita y yo íbamos paseándonos al borde del acantilado y…

—Me caí —añadió Patricia viendo que el Santo vacilaba—. Di con un peñasco, pero sin hacerme daño. El señor Templar tuvo que sudar bastante para sacarme de allí.

Carn frunció el ceño, dándose cuenta de su error. La broma que le gastó el Santo tuvo los efectos deseados. Carn se tragó la historia, pero, si le hubiesen hablado así desde el primer instante, no la hubiera creído.

—No he tenido la intención de ofenderle, amigo Carn —expuso Templar amablemente—. Pero es que no podía dejar pasar la oportunidad de hacerle imaginar lo peor.

Patricia resistió impasible la mirada del inspector. El rostro del Santo expresaba exactamente lo que deseaba expresar.

—Traté de decírselo —advirtió Patricia—, pero el señor Templar nos interrumpió.

Simón la miraba agradecido y admirado. ¡Qué muchacha! No había en el mundo una actriz que pudiese enseñarle a actuar sin afectación. Serena, hermosa, dueña de la situación, actuando conforme le apuntaba, con la rapidez de una actriz consumada. Y sin pedir explicaciones. El Santo no tenía la menor idea de por qué una joven a la que sólo conocía desde hacía dos días le hiciese el juego con tanta facilidad, cuando todas las apariencias iban contra él. No era corriente que personas respetables tuviesen aficiones como las que ella había visto en él…, como la de golpear con una estatuilla la cabeza de un millonario, después de haber entrado

misteriosamente en la biblioteca, ni le perseguían en un jardín hombres y sabuesos, ni se entretenía en hacer saltar muros a las mujeres. Y, sin embargo, ella tenía plena confianza en él y seguía al pie de la letra sus apuntes, dejando las preguntas para mejor ocasión. Y no menos notable era que el Santo, consumado egoísta en todo, cayera en la cuenta de la verdadera explicación…

Carn recobró su color natural, sus facciones se relajaron y el ceño adusto se convirtió en sonrisa.

—Es verdad, usted trató de explicármelo, señorita —admitió—. Pero el Santo…, es decir, el señor Templar, siempre se mete en líos, y, al verle en este estado, no podía menos de pensar en sus costumbres. Tan aferrado estaba a mis ideas, que no se me ocurrió que hubiesen estado ustedes juntos. Y como yo la conozco bien, señorita…

—Basta ya —suplicó el Santo, un poco avergonzado del papel que obligaba a hacer al inspector—. Más vale dar por terminado el asunto.

Carn asintió, diciendo:

—Pero no está bien, amigo Templar. Yo tomo estas cosas muy en serio, y son ya bastantes las preocupaciones que tengo.

—Tiene usted razón —dijo Templar con franqueza—. ¿Qué? ¿Vamos ahora a beber a la salud de todos?

Carn se ocupó en seguida en preparar las copas y la bebida. El Santo dio gracias a Dios por haber escapado del peligro, por tener ahora el camino libre, al menos por el momento, que era todo lo que podía desear.

Mientras Carn les daba la espalda, el Santo miró a Patricia. La joven se encogió de hombros sonriendo, como diciendo que no entendía nada. Templar le devolvió la sonrisa dándole ánimos; luego, con mucho descaro, le envió un beso.

El inspector repartió las copas y el Santo alzó la suya diciendo:

—¡Suerte para todos! Que tengamos una buena carrera.

El inspector miró al Santo.

—Con que sea regular, basta —dijo con voz forzada, y los dos bebieron.

—Considerando bien las cosas, amigo cirujano, creo…

El Santo se interrumpió al oír fuertes golpes en la puerta de la casa. Luego sonó repetidas veces el timbre; después, nuevamente los

golpes. Templar dejó la copa sobre la mesita.

—Pues, amigo, sí que es usted popular esta noche —murmuró—. Parece que tiene prisa. ¿Quién será? ¿Uno que quiere nacer o uno que no quiere morir?

—¡Qué sé yo! —repuso Carn dirigiéndose a la puerta.

El Santo cruzó rápidamente la habitación y abrió las ventanas de par en par, como precaución elemental. Al parecer, la fiesta aún no se había acabado. No tenía la menor idea de cuál sería el acto siguiente, pero sospechaba que algo grave iba a suceder. No se atrevió a hablar; se limitó a hacer una señal a la muchacha para que siguiera confiando en él.

Afuera, una voz desconocida preguntaba si estaba el señor Templar en aquella casa, y Carn contestó afirmativamente.

Después se oyeron fuertes pasos y alguien llegó a la puerta.

Templar estaba apoyado en el revellín, mirando hacia el otro lado, con un aire de absoluta candidez.

—¡Ah! —dijo la voz—. ¡Ahí lo tenemos!

El Santo miró en dirección suya.

Acababa de entrar un hombre vestido de uniforme, al parecer el alguacil del pueblo. Hasta entonces, el Santo no había sospechado de la existencia de tal personaje en Baycombe, pero ahora ya no dudaba. El alguacil, por su aspecto, había sido llamado con toda urgencia, pues estaba despeinado y llevaba mal abrochado el uniforme.

Todos los detalles los observó el Santo con rapidez, no sin cierta sorpresa. Luego el policía avanzó con paso resuelto y puso una mano sobre el hombro de Templar.

—Soy el alguacil Jorge Hopkins —dijo—. Con permiso del doctor, le arresto a usted por el delito de atraco.

—¡Vaya! —dijo el Santo.

Templar fingió asombro y disgusto, y su rostro revelaba la sorpresa que produce una manifiesta equivocación y la seguridad de que sería fácil aclarar el caso, pero reflexionaba con gran intensidad. El contraataque y la rapidez con que se llevó a cabo eran dignos del Tigre, mas la acción no podía sostenerse.

—Pero, buen hombre, ¡usted está loco! —dijo Templar con voz lánguida—. ¿Quién me acusa, a ver?

—¡Yo!

Era Bloem, con su cara curtida, muy serena; pero un destello de triunfo en sus ojos le delató. Bloem entró en la habitación con muestras de deferencia hacia su propietario, dando a entender que sentía dar lugar a la escena, pero, al mismo tiempo, con el aire del ciudadano honrado que está decidido a cumplir con su deber.

—Mil perdones, doctor —dijo inclinándose ante Carn y luego ante la muchacha—. Siento mucho, señorita Holm, verme obligado a hacer esto. Tal vez prefiera retirarse un momento…

Patricia echó la cabeza hacia atrás.

—Gracias…, me quedaré —exclamó—. Estoy segura de que hay algún error, y es posible que pueda ayudar a aclararlo. He estado casi toda la noche con el señor Templar.

Bloem la contempló durante un buen rato, estudiando sus facciones, el traje rasgado y los rasguños de los brazos; pero la joven sostuvo impasible la mirada. Luego Bloem se apartó encogiéndose de hombros.

—Me explicaré —dijo—. Estaba leyendo en mi estudio, cuando, un poco después de las once, ese hombre entró amenazándome con una pistola y diciendo algo que no llegué a comprender. No soy ya joven, pero como toda la vida la he pasado luchando, no vacilé en oponer resistencia. Sin embargo, él era más fuerte y logró ponerme fuera de combate dándome un golpe con la culata de la pistola. Caí desvanecido, y, cuando recobré los sentidos, vi que estaba registrando mi mesa de escritorio. Puesto que estaba armado, fingí seguir desmayado. Registró minuciosamente toda la habitación, pero, al parecer, no encontró lo que buscaba. Cuando se marchó, le seguí hasta esta casa. Luego me fui en busca de Hopkins. Esto es todo.

—Y le aconsejo que se venga conmigo sin oponer resistencia —avisó el policía, sujetando mejor al Santo y alargando las esposas.

—Muy bien —dijo Templar sin alterarse—. Quisiera que me registrasen ahora mismo, para confirmar lo que usted acaba de decir sobre la pistola.

Bloem sonrió.

—Se la dejó usted. Aquí está.

Carn cogió el arma de manos de Bloem y la examinó.

—Es de una marca belga —observó—. ¿Es suya, señor Templar?

—No es mía, naturalmente —respondió el aludido—. Por

principio, estoy contra las armas de fuego. Hacen demasiado ruido.

—Haga el favor de venir conmigo —ordenó el policía dando un tirón a la americana del Santo.

No era fácil inmutar a Templar, pero lo que más odiaba era que empleasen la fuerza con él. Durante un momento olvidó su papel de hombre pacífico. Cogió con ambas manos la muñeca del policía y le retorció el brazo. Hubo un grito de dolor y Hopkins se vio lanzado al otro extremo de la habitación, quedando en el suelo sin aliento.

El Santo se arregló la corbata y despreció olímpicamente la pistola con que Bloem le apuntaba.

—Los que quieran vivir tranquilos, que no me toquen con sus sucias manos —dijo con voz suave el Santo—. No vuelva a hacerlo, amiguito.

El alguacil se levantó penosamente.

—Usted ha agredido a un representante de la ley —dijo con voz temblorosa.

—No sea pueril —exclamó el Santo arrastrando las palabras—. Cuando necesitemos su intervención, ya le avisaremos. —Y dirigiéndose a Bloem—: Vamos a tratar directamente el asunto. Pronto se aclarará esa historia truculenta. Primero: ¿estaba usted solo en la casa?

—Estaba solo, en efecto.

—¿Dónde estaba Algernon?

—Había ido a ver a la señorita Holm.

Esta afirmación echaba por tierra la coartada del Santo, pero éste no se desanimó.

—Segundo: ¿le acompañó alguien cuando usted me siguió hasta esta casa?

—Me niego a contestar su interrogatorio. Ya le he dicho que estaba solo y…

—Sea buen chico y conteste cuando le pregunten. El caso es el siguiente: si usted ha estado solo durante todo el tiempo, como acaba de afirmar, ¿qué vale su palabra contra la mía? Supongamos que entré en su casa para charlar con usted y que usted me amenazó con esa pistola para robarme el reloj.

—Que se lo cuente al juez —exclamó, furioso, el policía.

—Creo —observó Bloem— que mi reputación no va a sufrir con sus descabelladas acusaciones.

El Santo no dio muestras de inquietud.

—De manera que usted dice que yo le ataqué y que usted se defendió, ¿verdad? —continuó preguntando, como si tal cosa—. Admito que, por mi aspecto, parece que haya tomado parte en una pelea. ¿Por qué no se quita la americana para que veamos cómo salió usted de la lucha?

Bloem se quitó sonriendo la prenda y enseñó sus brazos. El Santo apretó los labios. Bloem los tenía, en efecto, llenos de cardenales: el Tigre sabía hacer las cosas como era debido. A pesar de la nueva ventaja que Bloem acababa de obtener, el Santo tenía otros recursos.

—El caso es bastante desesperado, ¿verdad? —preguntó Bloem con ironía, mirando a los demás.

Pero únicamente el policía manifestó su aprobación con una especie de gruñido.

—Dígame, señor Bloem: ¿qué observación fue la que usted no entendió? —preguntó Carn—. Me refiero a lo que dijo cuando, como usted afirma, le amenazó con la pistola.

—¡Ah, sí! Le echó mucho misterio. Dijo: «Estoy buscando la madriguera del Tigre, y parece que me voy acercando». Aún no sé lo que quiso decir.

Templar sacó un cigarrillo de la pitillera y lo golpeó pensativamente sobre la uña del pulgar. Aunque, al parecer, indiferente y aburrido por la escena, no dejó, sin embargo, de observar que el rostro de Carn se endurecía, y al ver, además, la fingida candidez de Bloem, se quedó casi sin aliento. La audacia de la afirmación que acababa de hacer era digno remate del golpe maestro dado por el Tigre. El Santo se preguntó si la pandilla sospechaba ya de Carn, pero vio que Bloem sólo le miraba a él. No, nada sabían aquéllos de la verdadera profesión del doctor. Bloem sólo se complacía en vengarse con palabras del hombre al que creía tener a su merced.

Y, en efecto, el Santo se dijo que su libertad corría grave peligro, puesto que todas las apariencias le condenaban. Patricia no podía ayudarle; Carn, tampoco aunque quisiera. Sólo quedaba la palabra de Bloem contra la del Santo, y no cabía duda de a quién daría la razón el tribunal. Bloem sabía, además, que el Santo no ignoraba que sería inútil toda referencia a lo sucedido en casa de Bittle, que

mentiría sin dudarlo: el Tigre habría inventado un motivo plausible para explicar el escándalo del jardín.

El Santo se dio cuenta de la consumada habilidad táctica del Tigre. Se trataba de quitarle de en medio para que ellos pudieran seguir su juego. El Santo se podría dar por contento si sólo le condenaban a seis meses; teniendo presente el ataque al policía, tal vez le condenarían a un año. En este lapso, la banda llevaría a cabo el golpe, convirtiendo el oro en dinero y desapareciendo los cómplices con toda tranquilidad. El Santo seguía organizando sus ideas apoyado en la repisa de la chimenea con aire displicente.

Sin embargo, Templar seguía dominando la situación. Todos estaban pendientes de él. Bloem, observándole por entre los párpados y apuntándole con la pistola, estaba seguro del éxito de su golpe. Esperaba que el Santo confesase su derrota. El policía, escarmentado por la contundencia del Santo, manteníase en segundo término, aguardando el curso de los acontecimientos. Patricia contemplaba al Santo con gran ansiedad, sin poder ayudarle y preguntándose si el hombre que con tanta indiferencia aguantaba la acusación estaría fraguando alguna salida violenta. Sin embargo, no creía en absoluto el cuento de Bloem. En cualquier otro momento le hubiese podido creer, pero después de las experiencias de aquella noche, en que se vio envuelta con el Santo en un asunto que para ella era un misterio, no tenía visos de realidad la afirmación de Bloem. En cuanto a Carn, éste nada tenía que decir. Para él, el cuento de Bloem podía ser verdad o no, aunque, por lo que conocía del Santo, se inclinaba a creerlo. Además, el Santo trabajaba contra él, aunque lo hiciera al mismo tiempo contra el Tigre. Y revelarse como inspector de Scotland Yard, de Londres, hubiera sido poner fin a todas las probabilidades de salir airoso de su misión.

—Estamos esperando —dijo Bloem al fin.

—Así lo veo —observó Templar—. Quisiera que esperasen un poco más, porque quedan dos o tres puntos que hay que aclarar. Primero, supongo que no le molestará que el doctor examine el chichón que debí hacerle cuando, según usted dice, le di en la cabeza.

Estaba mirando fijamente a Bloem, y quedó desalentado al ver que éste no se alteraba por la indicación. Carn se dirigió a Bloem

preguntando dónde le habían dado el golpe, y aquél contestó:

—Detrás de la oreja. Es fácil verlo.

«¡Vaya! —exclamó el Santo para sus adentros—. Me imagino lo furioso que se habrá puesto al tener que presentar el suceso con el realismo impuesto por el Tigre».

Carn miró al Santo y se encogió de hombros.

—No cabe duda de que recibió un buen golpe. Me parece, Santo, que esta vez ha dado usted un patinazo.

—Por eso creo que no conviene retardar por más tiempo nuestro desagradable deber —dijo Bloem con gran energía—. Hopkins, coja las esposas y póngaselas. Dispararé si vuelve a atacarle.

En aquel momento, un hombre salido de la oscuridad apareció encuadrado por la ventana.

—¿Qué pasa aquí? —preguntó Horacio con voz estentórea.

8. El Santo reflexiona

Bloem giró sobre sus talones con una exclamación apagada. Después bajó lentamente la pistola. Horacio, a su espalda, acababa de irrumpir en la estancia y apuntaba con su revólver a todos los que se hallaban en la habitación. Se apoyó en el alféizar, muy satisfecho.

—¡Manos arriba! —exclamó—. Creo que llego a tiempo. Parece que se trata de un tipo peligroso. ¡Alguacil! dirigiéndose a Hopkins. Usted tiene las esposas; cumpla con su deber.

—Pero buen hombre…

Horacio apuntó a Bloem con el revólver.

—A mí no me dice usted buen hombre, ¿estamos? Te he cogido con las manos en la masa. ¡Alguacil!, ¿qué diablos espera? Espose a este hombre. Y tú deja caer el arma o disparo.

Bloem soltó el arma, y el Santo la recogió.

—Puedo explicarle el asunto —insistió Bloem.

—Claro que puedes explicarlo —exclamó Horacio con sarcasmo —. Aún no he visto a ningún criminal que no pueda explicarlo todo.

—El señor tiene razón, Horacio, porque puede explicarlo muy bien —dijo el Santo—. Entra ya de una vez y baja el arma. Precisamente estaba pensando cómo encontrarte.

Horacio dudaba aún, pero entró en la habitación, echando de paso a Bloem una mirada amenazadora.

—¿Qué desea, señor?

—Se trata, simplemente, de que te has equivocado de persona —observó el Santo, dirigiéndose a los presentes en el tono del abogado que empieza la defensa—. Pero el señor Bloem se mostraba tan obstinado… Les presento a Horacio, sargento retirado de la Infantería de Marina de Su Majestad británica; desde hace años está a mi servicio. Horacio testificará ahora que yo llegué a casa un poco después de las once y que no volví a salir hasta las doce menos

veinte.

Al decirlo, el Santo no miraba para nada a su criado, porque conocía a su hombre. Carn, en cambio, no apartaba los ojos del ex sargento y vio que se mostraba sorprendido.

—Así es, en efecto —corroboró Horacio—. ¿Quién afirma lo contrario?

—El señor Bloem —explicó Templar—. Le ha atracado esta noche un hombre armado, y se le ha metido en la cabeza que yo soy el atracador. Ha venido aquí para hacerme arrestar.

Horacio asintió; con un gesto de desagrado desvió la mirada de Bloem, como si le ofendiese su presencia, y dijo con desprecio:

—¡Caramba, qué ocurrencia!

El Santo se volvió hacia Bloem.

—¿Presentará usted ahora sus excusas? —preguntó insinuante—. Venga, Bloem; admita que no se fijó usted bien en el atracador y que, por razones inexplicables, pensó que era yo. El verdadero atracador tal vez iba enmascarado…

Los dos cruzaron la mirada. La sugerencia del Santo estaba clara. Ofrecía a Bloem una salida airosa. Bloem sabía que su caso tenía poca base, por haber dicho que nadie más que él vio al bandido, y su afirmación era insostenible en vista de la coartada del Santo. Horacio era el factor que el Tigre, por inexplicable imprevisión, no había tenido en cuenta. La oportuna llegada de Horacio lo echaba todo por tierra. Tal vez el Tigre había confiado en que, una vez arrestado el Santo y cogiendo de improviso a su criado, podrían arrancar a éste la confesión de no haber visto a Templar desde la hora de la cena, en cuyo caso les habría salido bien la treta. Pero Horacio había entrado en escena en el momento preciso. Esta era una de sus buenas cualidades, y de este modo desbarató todos los planes del Tigre.

Bloem lo sabía. No revelaba su decepción más que con el siniestro fulgor de sus ojos. Y el Santo, sonriente, le contestó con una mirada burlona.

—Estoy profundamente avergonzado —repuso Bloem con voz ahogada—. Es verdad: aquel hombre iba enmascarado. Dejé que saliera de mi casa y luego lo seguí. Cuando salí del jardín, vi al señor Templar ir en dirección de esta casa y creí que era él el atracador. El verdadero malhechor debió de huir en dirección

opuesta. Le presento mis excusas, señor Templar.

—Y yo se las acepto, señor Bloem —dijo el Santo con gran dignidad—. Procure que no vuelva a ocurrir.

Exageró notablemente la actitud del hombre ofendido en su dignidad. Por su altanera observación, Bloem le dirigió una mirada fulminante, pero el Santo era invulnerable a esa clase de miradas.

—Siento un gran pesar, doctor, por haberles molestado —dijo Bloem haciendo un esfuerzo—. Perdóneme, señorita Holm. Creo que lo mejor será que me retire.

El Santo avanzó con la pistola automática.

—Tómela; habiendo un atracador en el pueblo, puede que le haga falta —observó con suave ironía—. Confío en que, si vuelve a encontrarle, disparará sin vacilar.

Bloem le dedicó una malévola mirada.

—Puede estar seguro de que así lo haré, señor Templar.

Iba ya a salir, cuando Hopkins se percató de que le habían arrebatado la gloria de arrestar a un delincuente armado y que aquel hombre impasible y sonriente que le agredió iba a salir libre de castigo.

—¡Oiga, oiga! —exclamó furioso—. ¿Qué pasa ahora? Digan lo que digan, ese hombre me ha agredido y ha de responder de sus actos.

—Cuando a un inocente se le trata como si fuese un criminal —protestó el Santo—, se le debe perdonar el que se haya puesto furioso. Estoy seguro de que el señor Bloem estará conforme conmigo. Es más —añadió en tono amable, cogiendo a Hopkins por el brazo—, estoy seguro de que le ofrecerá una pequeña compensación. ¿Verdad, señor Bloem?

—Desde luego —respondió éste sin entusiasmo—, acepto, naturalmente, la responsabilidad de lo sucedido.

—Eso es hablar como un caballero —aprobó Templar—. Y ahora váyanse y hablen de sus asuntos bajo las estrellas, como dos buenos muchachos.

Al mismo tiempo los empujaba suavemente hacia la puerta. Ambos se marcharon con gran resignación, cada uno por motivos distintos. El Santo cerró de un portazo.

—El honor ha quedado a salvo, *mes enfants* —dijo alegre y contento—. ¿Qué? ¿Tomamos otra copa para celebrarlo?

El inspector miró al Santo.

—Me parece bien —dijo—. La suerte hay que celebrarla. ¿Sería indiscreto preguntar por qué llegó Horacio tan oportunamente?

—¿Por qué había de ser indiscreto? —exclamó el Santo—. Dile al doctor por qué has llegado tan oportunamente, Horacio.

El criado carraspeó.

—Estoy acostumbrado a dar un paseo por las noches y recorro siempre este camino, y como la ventana estaba abierta…

—Vaya, Horacio, no siga; le creo sin necesidad de explicaciones —le interrumpió Carn—. Usted es hombre que merece crédito. En la cocina encontrará whisky.

Horacio saludó y salió, mientras el Santo se reía en silencio.

—Horacio es único —dijo.

—Es eso y mucho más —replicó Carn con voz triste.

Poco después se despidieron Patricia y Templar del doctor. Recorrieron en silencio la corta distancia hasta la casa solariega, porque el Santo se encontró con la nueva experiencia de no saber qué decir. No se le había ocurrido nada hasta el momento en que la muchacha abrió la puerta del jardín, y aun entonces, sólo para retrasar la despedida, preguntó:

—¿Podré verla mañana por la mañana?

—Desde luego.

—Vendré inmediatamente después del desayuno.

Patricia recordó de pronto a Ágata Girton.

—Creo… ¿Le importaría que fuese yo a verle?

—Me encantaría. Y si no la aburro mucho, podría quedarse a almorzar conmigo. Dígame cuándo piensa salir y le enviaré a Horacio para que la acompañe.

La joven se mostró sorprendida.

—¿Es necesario?

—Desde luego —contestó el Santo gravemente—. Los tigres son muy recelosos, igual que yo, y a estas horas hay uno que estará ponderando si es usted peligrosa o no… Sí, ya sé que parece risible, pero permítame que se lo mande, aunque sólo sea para mi propia tranquilidad.

—Bien…, si usted insiste… A las diez y media, pues.

—Sí que insisto. Y para Horacio será un placer. Otra cosa: ¿quiere hacerme un gran favor?

Entre tanto habían entrado en la casa, y Patricia encendió la luz del vestíbulo para verle mejor la cara. Pero el Santo no hablaba en broma, como ella había supuesto.

—Ciérrese por dentro y ponga la llave debajo de almohada. No abra a nadie… ni a su tía. No creo que pase nada, pero no se puede uno fiar de los tigres. ¿Lo hará?

—Sí, lo haré, pero… es usted muy alarmista.

—Tengo mis motivos. He comprobado esta noche la rapidez con que trabaja el Tigre, y nadie se puede vanagloriar de haber golpeado al Santo dos veces en el mismo sitio… No preste atención a ningún recado que no le traiga Horacio en persona. No confíe más que en mí, en Horacio o, en caso apuro, en el doctor Carn. Ya sé que es mucho exigir, pero vamos a pasar unos días muy divertidos. Hasta ahora ha procedido usted en todo a las mil maravillas. ¿Se ve con fuerzas para seguir?

—Lo intentaré —repuso.

El Santo tomó la mano de la joven.

—Que Dios la bendiga, Patricia.

Cuando iba a marcharse, ella lo detuvo.

—¡Santo!…

Era extraño oír su apodo de aquellos labios…, el apodo con que hombres duros y sin escrúpulos bautizaron a Templar en lugares extraños y sórdidos. Habíase acostumbrado a oírlo sin dar importancia, pero ahora, al pronunciarlo aquellos labios femeninos, surgieron de nuevo los recuerdos de antaño. Viose otra vez en una taberna de ultramar llena de humo, desviando la mirada del cuerpo del canalla que yacía exánime en el suelo, para contemplar a la muchacha llamada Cherry y escuchar los recios golpes que los *rurales* daban en la puerta. Había logrado sacar a la infeliz muchacha del infame lugar y embarcarla rumbo a Liverpool. «Santo —le había dicho—, tu apodo tiene una significación real». Y nunca más había oído pronunciarlo en el mismo tono hasta aquel momento…

—Santo, ¿fue usted a casa de Bloem?

—No —repuso Templar—, eso fue una treta; pero Bloem pertenece, desde luego, a la pandilla del Tigre. No le pierda de vista. Mañana se lo contaré todo. ¡Adiós!

El Santo encontró a Horacio en el sendero, oculto junto a la

cerca, fumando su pipa.

—Daremos un rodeo —le dijo Templar—. Espero que el Tigre se habrá cansado de acosarnos esta noche, pero no se sabe nunca lo que puede pasar. Sólo a mí me consta que lo del atracador es mentira, pero a los demás, no, y si mañana encontrasen nuestros cadáveres en el campo, todo el mundo creería que era cosa del inexistente atracador.

Gracias a la precaución del Santo, nadie les molestó durante el regreso. Tardaron una hora en dar un rodeo hasta vislumbrar la silueta del torreón.

—No es la primera vez que los incautos caen cerca de la meta —murmuró—. Quédate tú aquí oculto entre los arbustos mientras yo exploro el terreno.

El Santo sabía deslizarse con tanto sigilo como un sioux. Horacio sólo vio una sombra que se desvanecía de pronto y después no percibió, ruido alguno hasta que la sombra se materializó a su lado.

—Todo va bien —observó Templar—. Lo que significa que nuestro Tigre está quemándose las cejas a estas horas para intentar algo realmente eficaz contra nosotros.

El Santo tuvo razón. Aunque él y Horacio no dejaron de vigilar en toda la noche, turnándose en la guardia, nada sucedió. El Tigre había errado el golpe y, si su organización no hubiese sido tan perfecta, se habría visto en una situación embarazosa. Aun así, no había salido muy bien del encuentro. Seguramente en un futuro haría mejor las cosas, calculando todas las contingencias de antemano para no volver a fracasar.

Ninguna de estas reflexiones quitaron el sueño al Santo. Cuando despertó, el sol entraba alegremente por el hueco de las ventanas, y Horacio colocaba en la mesita la acostumbrada taza de té.

—Excelente mañana —observó como siempre.

Desde el incidente del disparo, Templar había renunciado, aunque de muy mala gana, a bañarse en el mar, como todas las mañanas, hasta que la situación estuviese más despejada. Pero saltó a la comba y boxeó a pleno sol con gran vigor. Horacio le echó unos cuantos cubos de agua encima mientras Templar se hallaba echado en la hierba respirando a pleno pulmón, satisfecho de su perfecta salud. Porque el Santo preveía una lucha durísima y precisarla de todas sus fuerzas.

—El desayuno estará dentro de un minuto —dijo Horacio. El Santo sonrió mientras se vestía. Pensaba que Horacio era demasiado bueno para ser real.

Era ya tarde, y Horacio, servido el desayuno, se marchó a buscar a Patricia. La muchacha llegó media hora después, encontrando a Templar tumbado en la hamaca. Al verla, se puso en pie de un salto, brindándole, ambas manos.

—¡Cuánto tiempo sin verla! ¿Cómo se encuentra?

—Muy bien —contestó Patricia—. Y no ha pasado nada.

Estaba fresca como una rosa, y el Santo se dijo que no había visto nunca nada tan encantador.

—Hubiera podido suceder algo —dijo—. Cuando era *boy-scout*, me enseñaron a estar siempre preparado.

Acercó un sillón para la joven, arregló los cojines y la obligó a sentarse.

—Ya sé que viene usted llena de curiosidad; así es que vamos al grano.

Y sin más preámbulo, empezó a contar la historia. Le habló de Fernando, al que encontró agonizando, con un cris clavado en el cuerpo, y relató lo que le había dicho aquel desgraciado. Le habló del Tigre, que había sido durante muchos años uno de los *gangsters* más temidos de Chicago. Le refirió alguna de sus hazañas, y llegó por fin al robo audaz, efectuado en el Banco Confederado. Fernando le había contado algunos detalles; el resto lo supo por pacientes investigaciones.

—El Tigre es un verdadero genio —dijo—. El modo como huyó con aquel montón de oro, atravesando con él todo el océano hasta dejarlo en Baycombe, es sólo una pequeña muestra de lo que su cerebro es capaz.

Después le contó los hechos más recientes, lo poco que logró saber estando en Baycombe, de cómo había despertado las sospechas de la banda desde su llegada y lo que había hecho para dar más pábulo a las sospechas, con la esperanza de que la parte contraria se delatase al tratar de quitarle de en medio. Poco a poco fue comprendiendo Patricia todo el alcance del asunto, mientras el Santo iba añadiendo detalles. Templar se interrumpía con frecuencia, adornando su explicación con pintorescas salidas y graciosas exageraciones. Sin embargo, la muchacha estaba

pendiente de sus labios, subyugada por sus ojos, convencida de todo lo que decía. Ahora veía las escenas de la noche anterior de distinto modo.

El Santo terminó con un humorístico esbozo de lo que sucedió en casa de Bittle después de marcharse ella.

—Ya conoce usted la historia —concluyó—. Contada así, tranquilamente, parece absurda. Pero, con lo que ha visto, le será más fácil creer el resto. Lo más interesante es que el Tigre está en Baycombe, igual que yo e igual que el oro. Y el Tigre quiere que le sirvan mi cabeza en una bandeja, yo quiero su mal adquirido botín y los dos somos bastante tenaces para no cejar en nuestro empeño. De manera que el baile va a ser muy divertido… Además, ahora hay un nuevo conflicto, y éste ha hecho que le contara todos los detalles. El caso es que usted se ha metido en el asunto; el Tigre, por lo que sucedió anoche, ha de contar con el riesgo de que usted lo sepa todo, y su comportamiento no le habrá tranquilizado, por cierto. Usted puede ser un peligro para él, y, aunque no lo sepa seguro, no puede correr el riesgo. Para curarse en salud, han de suponer que usted y yo trabajamos por la misma causa. De modo que ya ve que se halla metida en el lío.

Acabando de decir esto, el Santo se inclinó hacia la joven para verla mejor. Patricia se dio cuenta de que hablaba en serio y que no era hombre dado a exageraciones, aun cuando trataba de restar importancia al asunto bromeando.

—Voy a hacerle una proposición —continuó Templar—. Conozco a un tipo llamado Terry Mannering, que vive al otro lado de Devonshire; se trata de un hombre que sabe apreciar el lado divertido de las cosas, igual que yo. Está casado y su mujer es encantadora; además, tiene algunos yates, porque, desde que su viejo padre murió, es tan rico como yo quiero serlo un día. Si yo la llevase allí y dijera al amigo Terry que a usted le conviene, por su salud, hacer un viajecito de algunos meses, hasta que el tumulto y el ruido de los disparos se haya apagado, por así decirlo, y los Tigres y sus cachorros estén dispersados…, me consta que los tres se harían a la mar en seguida. Cuando todo hubiese acabado y el Tigre estuviera bajo tierra, se lo comunicaría para que volviese. ¿Qué le parece?

Patricia estaba mirándose la punta del zapato. Imitando al

Santo, dijo:

—Es una excelente idea para otro momento, pero no es posible forzar el viaje así como así. Además, estoy divirtiéndome ahora de lo lindo aquí en Baycombe.

Templar se levantó.

—Pues a mí no me divierte su diversión —dijo sin ambages—. Esa valentía está muy bien cuando sirve para algo, y ahora no es el caso. Creí haberle explicado claramente el asunto. Si quiere emociones, organizaré un safari o algo por el estilo; pero esta aventura no es para usted y más vale que sea razonable admitiéndolo.

Patricia arqueó las cejas.

—Supongo que se dispondrá a raptarme —dijo con calma—, porque sólo así logrará que me aleje de Baycombe.

—Es usted muy tonta.

Ella se echó a reír, se puso de pie y colocó las manos sobre los hombros de Templar.

—Querido Santo, estoy decidida a no enfadarme, como usted pretende. Se figura que si me trata con rudeza le volveré, enojada, la espalda. Le prometo que no lo haré… Sé muy bien que no se trata de una merienda campestre…, pero siento que usted se haya metido en la cabeza que soy una mujer que sólo sirve para meriendas campestres. Siempre he soñado con ser la heroína de una aventura, y no pienso dejar escapar la oportunidad.

Templar hizo grandes esfuerzos para no perder la serenidad. Sentía ganas de abofetear a aquella niña grande y obstinada, para que entrase en razón, pero también sentía de abrazarla. No había duda de que ella estaba decidida a asumirlo todo, aunque el Santo no sabía a qué atribuir tal determinación. Comprendía muy bien que una muchacha soñara ser heroína de una gran aventura, pero no que, conociendo el peligro que podía correr, insistiese en su locura. Pero tenía que rendirse a la evidencia, porque Patricia le sonreía tranquila, resuelta, manifestando claramente su voluntad de correr el riesgo a su lado sin tener en cuenta las consecuencias.

—He conocido mujeres locas, pero ninguna cuya locura me encantara tanto como la suya —dijo amablemente el Santo tomando su mano entre la suyas.

—Entonces… ¿de acuerdo? —preguntó la joven.

—Sí, de acuerdo, amiguita. Y quiera Dios que venzamos. No es culpa mía que usted insista en meterse en la guarida del Tigre.

—¡Que Dios le bendiga! —dijo Patricia en voz baja.

9. Patricia insiste

—Bien —observó Templar rompiendo un largo silencio con la mayor delicadeza—, ¿qué hacemos ahora, Patricia?

Ella se soltó de su mano y ocupó de nuevo el sillón; el Santo acercó una silla y se sentó enfrente. La joven se desanimó al ver la gravedad con que el Santo volvió a hablar del asunto, pero más tarde se dio cuenta de que antes no quiso insistir demasiado para no contrariarla.

—Yo también tengo algo que contarle —observó Patricia—. Lo supe anoche.

Y le dio amplios detalles de la confesión de Ágata Girton.

Pese a su locuacidad, Templar sabía escuchar a los demás. Era un lado de su carácter que Patricia aún no conocía. Reclinado en su sillón, no la interrumpió una sola vez; pero cuando ella hubo terminado, el Santo frunció el entrecejo.

—Es muy curioso —dijo—. ¿De modo que tía Ágata pertenece a la pandilla? Sin embargo, me gustaría saber en qué sentido se puede cometer chantaje con ella. Hablando con el debido respeto, no puedo imaginarme que haya sido hermosa ni siquiera de joven para tener algo así como lo que podríamos llamar un pasado oscuro.

—Parece absurdo, pero…

El Santo se rascó la cabeza.

—¿Qué sabe usted de ella?

—Muy poco, a decir verdad —repuso Patricia—. Mi madre murió cuando yo tenía doce años; mi padre, tres años antes, en una cacería. Ágata Girton fue nombrada mi tutora. Casi no la vi hasta recientemente. Ella solía pasar la mayor parte del tiempo viajando por el sur de Francia, pues tenía una villa en Hyères. Yo permanecí en el colegio hasta muy tarde, y las vacaciones las pasaba aquí sola o con algunas amigas mías, porque mi tía seguía de viaje. No hizo mucho por mí, pero mis facturas fueron siempre atendidas con

regularidad. Además, me escribía cada quince días.

—¿Cuándo se estableció definitivamente en Baycombe?

—Al regresar de África del Sur. Hace cosa de seis años recibí carta de ella desde Port-Said, en la que me decía que iba camino de El Cairo. Estuvo ausente un año y apenas escribió. De pronto, un día apareció diciendo que ya estaba cansada de viajar y que se quedaba a vivir en Baycombe.

—¿Y lo hizo así?

—Alguna que otra vez emprendió un viaje corto.

—¿Cuándo fue el último?

Patricia reflexionó.

—Hace cosa de dos años, poco más o menos. No recuerdo la fecha exacta.

—De modo que en realidad no la vio usted desde los doce años, cuando le fue presentada como su tutora, hasta que regresó de El Cabo, y tenía usted dieciséis o diecisiete años.

—Casi diecisiete.

—Durante esos años, ¡Dios sabe lo que habrá pasado!

Patricia se encogió de hombros.

—En efecto, pero es ridículo…

—Claro que lo es —convino el Santo—. Todo el asunto es demasiado ridículo para expresarlo en palabras. Es ridículo que el Tigre haya saqueado el Banco Confederado de Chicago y llevase el oro a través del Atlántico, trayéndolo aquí a Baycombe para disponer de él. Es ridículo pensar que estemos casi tocando un montón de oro. Es ridículo, pero es la realidad. Lo que hemos de tener presente es que en este asunto no hay nada que sea demasiado ridículo. Eso me recuerda una cosa: ¿qué sabe usted de las casas viejas de Baycombe? Debe de haber alguna bastante antigua para que Fernando creyese suficiente dirección el nombre de la «Casa Vieja».

Le sorprendió la rapidez de la respuesta de la joven.

—Hay dos a las que les va bien el nombre —dijo—. Una está en las afueras. Antiguamente fue una fonda, cuyo nombre era «Casa Vieja». Ahora amenaza ruina; nadie sabe a quién pertenece. Se dice que hay fantasmas. Las ventanas están cegadas con tablas, y fácilmente podrían vivir allí doce hombres sin despertar la atención si entrasen y saliesen de noche.

El Santo se mostró muy satisfecho.

—Muy bien, Patricia. Y yo que estaba pensando que habíamos Llegado a un punto muerto. ¡Si aún no ha empezado!… ¿Y la otra casa?

—Está en la islita más allá del espigón. —Al decirlo, señaló hacia el este—. Los pescadores la llaman «Casa Vieja», pero nadie diría que es antigua viéndola desde tierra. Desde el mar, sí. Es de construcción rara, porque el primer piso es más grande que la planta baja, y la parte saliente da encima del agua.

El Santo se levantó y fue hasta el borde del risco, para ver la islita. Estaba a una milla de la costa y formaba un enorme bloque de roca cubierta de arbustos y árboles achatados. Templar volvió junto a la joven, lleno de satisfacción.

—Podría ser cualquiera de las dos casas —dijo—, y también ambas. El Tigre acaso tenga su guarida en la antigua fonda y guarde el oro en la casa de la isla. Examinaremos las dos. Pensándolo bien, creo que se puede suponer que el oro está en la isla, porque, como recordará, piensan embarcarlo, y nada más fácil que hacerlo desde allí. Pero no…, espéreme un minuto.

Rápidamente entró en el torreón y volvió a poco con unos anteojos, con los que empezó a escudriñar el horizonte de oeste a este.

—Me parece que ya lo he encontrado —murmuró.

Después entregó los anteojos a la joven y señaló al nordeste.

—Vea qué le parece.

—¿Mástiles?

—En efecto —asintió Templar—. A la altura de Baycombe pasa la ruta de Bristol, pero como aquí la costa forma una especie de bahía, no creo que el barco se acerque tanto. Ahora nos cercioraremos.

Recogió los anteojos y entró en el torreón, seguido de Patricia. Sacó de la cocina un trozo de cartón, restos de una caja de embalaje, y lo colocó sobre el alféizar de la ventana, nivelándolo con trocitos de periódico; encima colocó los anteojos, miró a través de ellos y fijó la posición de uno de los mástiles con dos alfileres clavados en el cartón.

—Esperaremos cinco minutos.

Patricia comprendió en seguida el alcance de la operación.

—¿Usted cree que los del barco esperan la noche para acercarse a la costa?

—En efecto. El camarada Bloem no ha hecho todo lo que convenía con la acciones de la mina T. T. Deeps, pero durante las semanas que empleen en llevar el oro a África tiene tiempo de operar en la Bolsa. Y no se atreve a dejar el botín por más tiempo aquí, por si la suerte me continúa favoreciendo y no pueden quitarme de en medio. He logrado que el Tigre se ponga nervioso.

No apartaba los ojos del reloj; los minutos transcurrían lentamente.

—¿El doctor Cam es inspector de policía? —preguntó Patricia.

—Lo ha adivinado usted —confirmó el Santo—. Pero haga como si no lo supiera. No estaría bien darle al pobre semejante disgusto.

—¿Entonces, usted no es inspector? —exclamó Patricia, asombrada y azorada—. Creí que eran ustedes rivales, pero amigos… Es la única explicación que se me ocurrió anoche.

El Santo sonrió.

—Rivales somos y también más o menos amigos —dijo—, pero no soy inspector de policía ni nunca lo he sido. Trabajo por cuenta propia, con gran cantidad de dinero que ganar si todo sale bien, y, si pierdo, todo el mundo tratará de patearme. Mi profesión es la de caballero aventurero, es decir, disponible para todo trabajo que implique la posibilidad de ganar mucho dinero y de correr grandes riesgos, conveniente a un hombre que no se preocupa mucho de la ley y que está dispuesto a aceptar la derrota sin poner el grito en el cielo. Este soy yo. Un ejemplo: encuentro casualmente a Fernando, y cuando me enteró de su caso, me dirijo a Chicago, donde me entrevisto con el director del banco. Le digo: «Ha pasado un año desde el gran robo y la policía no ha podido devolverles ni un céntimo. ¿Qué les parece si me dejan a mí buscar el oro? Mis condiciones son éstas: veinte por ciento de comisión si recupero el botín; nada si fracaso. Trabajaré solo, sin obligación de consultar con nadie». Claro está que aceptaron encantados.

Mientras hablaba no quitaba los ojos de Patricia, pero ésta no mostró ninguna emoción. El Santo jamás había sido embustero, y aprovechó el momento para revelarse tal cual era, para que ella no se llamase a engaño.

—De este modo he vivido durante muchos años —continuó con

franqueza—. Y, bien mirado, no me ha ido mal. De manera que si en este asunto de ahora también salgo airoso, podré retirarme y vivir de renta el resto de mi vida. Durante los años que vengo ejerciendo mi profesión he transgredido la mitad de las leyes que hay en el Código… a expensas de los criminales. Es un juego muy interesante… de hombre a hombre, y, naturalmente, por motivos obvios, ninguno de los dos bandos invita a la policía a intervenir. Bloem ha sido el primero en faltar a esta regla, pero el Tigre no es más que un hombre codicioso, sin chispa de nobleza. Sin embargo, dudo de que sus amigos llegaran a apreciar mis éxitos en esta carrera de aventurero. ¿Sigue decidida a tomar parte en el negocio?

Patricia suspiró.

—Santo, usted es tonto —dijo—. Y si continúa revelando síntomas de imbecilidad virulenta, le despido y tomaré yo misma el mando.

—¡Ja! —exclamó Templar dándole la espalda y fingiendo enfado.

Con gran cuidado, para no alterar la posición del cartón, volvió a examinar los mástiles del buque a través de los anteojos.

—Tenemos suerte —dijo—. No se ha movido un milímetro, y eso los delata. No saben nada de navegación. Pero, en fin, las equivocaciones del Tigre nos benefician a nosotros.

—A la caída del sol, el buque empezará a acercarse a la costa, y entonces…

—Estaré yo allí —concluyó el Santo—. Magnífica carrera de natación. Los cachorros del Tigre me guiarán hasta el escondite del tesoro… Pero… ¡Me estarán esperando allí! —Patricia le miró sorprendida—. Sí, porque saben que voy a ir.

—¿Por qué?

—Porque saben que conozco lo de la «Casa Vieja». Yo mismo se lo dije, tonto de mí. ¡Qué manera de meter la pata! Fue anoche, en casa de Bittle; quería sonsacar a Bloem hablando de Fernando, y mencioné lo de la «Casa Vieja». Ahora se figurarán que lo sé todo. No he visto una estupidez más grande en mi vida. ¿En qué estaría yo pensando?

Patricia se mordió los labios nerviosamente.

—Pero el barco va a entrar —insistió.

—Sí… y estarán sobre aviso, armados hasta los dientes. Si

hubiesen estado seguros de mi aparente ignorancia, me habría sido fácil cogerlos de improviso; pero ahora el Tigre estará satisfecho de su nuevo plan para librarse de mí y, al mismo tiempo, poner a salvo el botín. Bien…, le voy a dar el mayor disgusto de su vida. Estése quieta mientras reflexiono.

Se dejó caer en la silla, encendió un cigarrillo y se puso a pensar en el nuevo aspecto del problema. Creyó haber comprendido bien. El Tigre se proponía matar dos pájaros de un tiro, y esto había que evitarlo de un modo u otro. Pero ¿cómo? El Santo no tenía más que decir una palabra a Carn y el Tigre estaba listo, pero también el Santo. Había que abandonar esta idea.

Templar estaba dispuesto a ir nadando hasta la «Casa Vieja», con «Ana», en el brazo, confiando en la inspiración del momento para encontrar el modo de vencer a la banda, aun en el caso de que estuviesen esperándole. Era jugarse la vida a cara o cruz, pero Templar corría tales riesgos sin inmutarse. Mas, por otra parte, le gustaba disponer cuando menos de alguna probabilidad de retirada en caso de necesidad; no quería fracasar por imprevisión. ¿Cómo prepararse la retirada? Las fuerzas del Tigre eran grandes, disponía de mucha gente, y el Santo sólo podía contar con Horacio y la muchacha. No deseaba que ésta estuviese en primera línea, por mucha valentía que demostrara. El modo de hacer que tres personas realizasen el trabajo de un pelotón era un problema digno de un gran general. Era obvio que no se podía alcanzar nada por medios ordinarios. Por lo tanto, había que proceder con cautela.

El Tigre tenía, además, la ventaja de ser el que atacaba. Era una importante ventaja para él. El Tigre estaba quieto en su guarida, ideando planes y haciendo salidas a su antojo, mientras que el Santo, desde fuera, había de estar atento a los ataques y rechazarlos como podía. El Santo había atacado una vez… ¿Por qué no repetirlo? El enemigo barruntaba que volvería aquella noche; bien, tal vez lo haría si la oportunidad se presentaba y estaba de humor para ello. Pero esto no implicaba de ninguna manera una tregua. Mientras tanto podrían librarse muchas escaramuzas antes de llegar a la batalla decisiva; todos los golpes molestarían al Tigre y debilitarían sus huestes para el ataque final. No había ningún motivo para que las cosas sucediesen sólo como el Tigre quería que sucedieran.

¿Dónde se podría empezar? Inmediatamente recordó la «Casa Vieja». De seguro le esperaban allí, pero no antes de la noche, porque era razonable que no se acercase a ella en pleno día. Por eso precisamente era posible cogerlos desprevenidos. La antigua fonda podía ser también una pista falsa…, en cuyo caso sólo el estado de sus propios nervios podría impedirle hacer una visita a Bloem. El asunto empezaba a adquirir importancia, y el Santo se incorporó sonriente.

—Casi lo tengo todo resuelto —anunció.

—¡Oigamos el plan!

Patricia, exultante, tenía las mejillas sonrosadas y los labios entreabiertos. Parecía una joven y espléndida Diana, un cuadro que en abstracto hubiese encantado al pagano Templar, pero que en concreto le dio un sobresalto, pues temía que ella quisiera acompañarle a todos los sitios peligrosos.

—Se trata sólo del principio de un plan para cazar a toda la banda cuando vayan por el botín —mintió pensando al mismo tiempo en cómo despistar a la joven—. Hay que tener en cuenta que el oro pesa mucho; de manera que tendrán que embarcarlo en pequeñas cantidades. Esto significa que emplearán, cuando menos, tres lanchas, porque, si cargasen demasiado, los botes se hundirían. La tripulación será reducida. Un buque movido a vapor no necesita mucha tripulación; por otra parte, les conviene que haya poca gente a bordo, porque raro es el marinero que no se va de la lengua en los puertos. Si tenemos suerte, el capitán estará en tierra para recibir órdenes del Tigre, y así hay uno menos. También puede ser que el Tigre vaya a bordo para intervenir personalmente; entonces habrá uno más a quien despachar…, aunque, siendo un pez gordo, vale la pena arriesgarse. En todo caso, la idea es ésta: vamos a correr el riesgo metiéndonos en la boca del lobo esta noche.

El Santo era capaz de sorprenderse a sí mismo. El plan de campaña esbozado en un momento de apuro para despistar a la muchacha le iba pareciendo excelente mientras lo desarrollaba.

—¡Una idea brillante! —exclamó Patricia—. ¡Oh Santo, va a ser la aventura más emocionante que jamás haya sucedido… si logramos salir airosos!

El Santo la contempló con ánimo entristecido. Había ocurrido lo que temía: en vez de despistarla, aún la había entusiasmado más.

—Yo puedo nadar dos millas con gran facilidad —aseguró la joven.

—¿Puede usted trepar también seis metros por la cadena del ancla después de haber nadado dos millas? —preguntó Templar—. ¿Se atreve usted luego a dejar inconsciente a un hombre con un solo golpe antes de que tenga tiempo de gritar? ¿Puede usted defenderse con una cabilla en caso de que el ataque se generalice?

Patricia se exaltó de nuevo:

—Santo, usted quiere que no tome parte en el asunto, después de que me prometió lo contrario. Es posible que no haya encontrado aún a una mujer como yo y no sepa de lo que soy capaz. No quiero que me envuelvan en algodones. Donde vaya usted iré yo, a correr los mismos riesgos.

El Santo no se dio por vencido.

—Vamos a ver —dijo sin alterarse—. ¿Qué le parecería hallarse prisionera en ese buque, a merced de una pandilla de criminales? Tenga en cuenta que también podemos perder. ¡Piénselo bien!

—No se preocupe. Llevaré un revólver y reservaré la última bala.

El Santo apretó los puños y los labios; sus ojos llamearon. Su expresión beatífica cayó como una máscara, porque no era en realidad más que esto. Patricia lo vio por primera vez hecho una furia.

—¿Y usted cree…, usted cree… —las palabras le salían a borbotones— que voy a permitir que corra ese riesgo?

—¿Hay algún motivo para que no me lo permita?

—¡Claro que lo hay! —gritó Templar—. Y si sigue así, lo tendrá que oír, pase lo que pase.

Ella echó la cabeza atrás.

—Bueno, ¿qué es?

—Es… —el Santo le clavó los ojos en son de reto— ¡que la amo!

—Pero ¡mire que es usted idiota! —exclamó Patricia—. ¿No se le ha ocurrido pensar que el único motivo por el que me meto en todo esto es porque también le quiero?

El Santo se quedó mirándola, sin saber qué decir. Luego:

—¡Caray! —exclamó con voz temblorosa—. Podía haberlo dicho antes, ¿no?

10. La «Casa Vieja»

Horacio interrumpió el idilio para poner la mesa para el almuerzo, que estuvo listo media hora más tarde, aunque Simón y Patricia hubiesen jurado que sólo había pasado medio minuto. El Santo se dirigió a la ventana y contempló el azulado mar; Patricia estaba arreglándose el peinado. Horacio, después de una mirada de desaprobación, continuó su tarea sin inmutarse, como si nada pudiese impedirle ser puntual en sus cosas.

—El almuerzo estará dentro de un minuto —anunció después, y se fue a la cocina.

El Santo continuó admirando el mar y el cielo con sentimientos encontrados. Se había endurecido lo bastante en su carrera para saber que vivir un amor romántico en plena aventura era un grave obstáculo. ¿Por qué no podía haber esperado un momento más oportuno?, se preguntaba. Que la maravillosa Patricia estuviese enamorada de él era demasiado hermoso para ser verdad, pero lo estaba, y eso multiplicaba sus responsabilidades y su ansiedad.

Cuando Horacio hubo servido el almuerzo y volvió a la cocina, pudieron hablar de nuevo de un modo natural, con una timidez que les cohibía.

—De manera que ahora comprenderás —dijo Patricia— que no puedes apartarme de tu camino.

—Si te importan algo mis sentimientos —replicó el Santo con cierta aspereza—, los respetarías y me dejarías hacerlo solo.

Ella movió la cabeza.

—En todo, menos en esto.

Era terminante. Simón Templar había empleado toda clase de argumentos, y luchar contra la resolución de Patricia habría sido absurdo e inútil.

En aquel momento, de buena gana hubiese dado por terminada la aventura, revelando a Carn todo lo que sabía, para que éste

pudiese continuar la lucha. Lo que le impedía tomar medida tan desesperada era que comprendía demasiado bien el carácter de la muchacha. A pesar de su educación y de la vida sencilla que había llevado en aquel pueblo, tenía madera de aventurera. Además, poseía una voluntad férrea. Pensaba que era su obligación ayudar a su amor en todo y estaba decidida a hacerlo. Si él, por causa suya, se negase a continuar la aventura, le despreciaría; quería probarle con hechos y no sólo con palabras que no era una planta trepadora parasitaria que se convierte en impedimento para el hombre.

Una cosa agradeció el Santo a su buena estrella: había logrado despistarla en cuanto a los primeros pasos: el registro de la antigua fonda en la parte posterior del pueblo. Podría dedicarse tranquilamente a ello durante la tarde sin que la joven sospechase, y si el destino le era favorable, acaso lograra dar un golpe tan decisivo al Tigre, que la intervención de Patricia dejaría de entrañar riesgo para ella.

—Si la montaña no quiere moverse, Mahoma tendrá que dejarla donde está —dijo el Santo con gran amabilidad—. Pero hay un par de cuestiones que convendría resolver esta tarde, y aquí es donde puedes ayudarme. En primer lugar, no estaría mal sonsacar un poco más a tía Ágata.

—No quiso decirme nada anoche.

—No sabías si yo había salido con bien de casa de Bittle. Esta tarde puedes acometerla con más bríos. Sí sabes desenvolverte con energía, será fácil acorralarla. Al fin y al cabo ella admitió haberse apropiado de tu dinero para salvarse. Tienes, pues, perfecto derecho a exigirle una amplia explicación. Ya sé que es un caso difícil, porque tu tía se las trae, pero ten en cuenta que esta noche habrás de hacer cosas mucho más difíciles.

—No te fallaré.

—Muy bien, así me gusta. El otro asunto concierne al viejo Lapping. No podemos perder de vista a un personaje tan importante como el ex juez. Realmente, parece tan digno y tan bueno, que no se ve qué relación pueda tener con el Tigre, pero en este caso están casi todos los demás en Baycombe. Y ahora recuerdo…, me gustaría saber algo de un hombre llamado Harry Le Duc.

—¿Harry Le Duc? —repitió Patricia, con expresión desconcertada—. ¿Quién es?

—Un bandido peligroso, al que sir Michael Lapping mandó a presidio. Harry se evadió hace seis años, y, por lo que se dice, no es hombre que perdone. Parece mentira que aún no haya saldado la cuenta con el ex juez. Estando en el Palacio de Justicia durante la vista, oí decir que Harry había perseguido al magistrado que le condenó la primera vez hasta vengarse de él. Desde entonces no volvió a caer en las redes de la justicia, porque Harry es muy hábil, hasta que le condenó Lapping. Claro que es muy aventurado, pero, sabiendo que el Tigre es inglés, se me ha ocurrido más de una vez pensar que éste y Harry podrían ser una misma persona.

—¿Es que no le reconocerían si estuviese en Inglaterra?

—El rostro de Harry es maleable como el barro; sabe caracterizarse como el mejor actor. Además, es uno de los pocos hombres que tiene suficiente cerebro para poder ser el Tigre… Claro está que sólo son conjeturas mías, pero… si el Tigre fuese Harry Le Duc, ello justificaría la buena salud de Lapping. El Tigre esperaría el momento oportuno, hasta poner a salvo el oro, puesto que Lapping está aquí mismo a su alcance, y, llegada la hora, llevaría a cabo su venganza y zarparía.

Patricia seguía perpleja.

—¿Qué es lo que he de hacer?

—Si te queda tiempo y ganas después de acabar con tía Ágata, ve a ver a sir Michael y sonsácale con dulzura. Tú le conoces muy bien. Le ruegas que te aconseje acerca de mi persona. Es una gran jugada. Si resulta que hace causa común con el Tigre, la pregunta puede convencerle de que no conoces mi juego. En cambio, si se trata de un hombre inofensivo, la pregunta no nos perjudicará. Háblale como se habla a un viejo amigo. Cuéntale el asunto de Bittle, prestando atención a su modo de reaccionar; háblale después de mí. Podrías decir que te soy simpático y que te gustaría saber si es prudente continuar la amistad conmigo. Representa el papel de la muchacha ingenua y ruborosa, que siempre da resultado.

—Así lo haré —contestó ella, y el Santo se inclinó sobre la mesa para acariciarle la mano.

Acabado el almuerzo, Horacio sirvió el café afuera, donde la pareja se quedó fumando y discutiendo los últimos detalles.

—Entre siete y siete y media mandaré a Horacio a buscarte —dijo el Santo—. Creo que vale más que yo no aparezca por tu casa.

Ponte un traje de baño debajo del vestido, y, cuando llegue la hora, te daré un cinturón y una pistolera pequeña. La pistola te la daré ahora mismo.

Extrajo del bolsillo una pequeña automática, puso una bala en la recámara y colocó el seguro.

—No te la doy como adorno —le advirtió gravemente—. Si llega la ocasión, dispara y luego pides perdón al cadáver. ¿Has manejado alguna vez estos juguetes?

—Muchas veces. Desde el acantilado me he divertido bastante tirando al blanco.

—Entonces, todo va bien. Póntela en el bolsillo, pero no hagas alardes de ella, porque pertenece a Bloem. Se la sustraje anoche mientras le llevaba hacia la puerta, porque creí que nos vendría bien.

Patricia se levantó.

—Más vale que me vaya —dijo—. Tendré mucho trabajo esta tarde. ¿Nos reuniremos después de las siete?

—Sí, alrededor de las ocho. Procura no correr ningún riesgo hasta entonces. Me disgusta no poder estar a tu lado durante tanto tiempo. No se sabe nunca lo que se propone el Tigre. No olvides que debes desconfiar de todo el mundo.

Patricia le rodeó con los brazos, y Simón la estrechó un momento. Luego ella echó atrás la cabeza mirándole con los ojos húmedos, pero sonrientes.

—Ya sé que soy una tonta, pero siento dejarte por tanto tiempo, cariño.

—Yo estoy más seguro que el Banco de Inglaterra —la tranquilizó el Santo—. Una gitana me dijo que me moriría en la cama y a la respetable edad de noventa y nueve años. ¿Y figuras tú que voy a permitir que el Tigre o cualquier otro me dé pasaporte para el otro barrio, esperándome tú aquí? ¡De ninguna manera!

Hubo otra dilación en la despedida, que no hace falta relatar. Porque los que han estado enamorados, lo saben, y los otros no merecen que se les cuente nada…

—Pórtate como las esposas de los soldados, Patricia —exclamó —. Recuérdalo… y ¡buena suerte!

Patricia le sonrió y se marchó, seguida de Horacio. Allí, el camino formaba un recodo; se detuvo y dijo adiós al Santo, que

agitó un pañuelo en señal de despedida. Después se preguntó Templar si volvería a ver a la mujer que tan pronto se había adueñado de su corazón.

El Santo entró en el torreón, se quitó la chaqueta, se arremangó y ató al antebrazo el cuchillo al que había dado el nombre de «Ana». Era para un caso de apuro, pero ahora que el Tigre conocía la existencia de tal arma, el Santo tuvo que buscar la hermana gemela de la misma y sujetó tan peligrosa arma al antebrazo izquierdo del mismo modo, donde pasaría fácilmente inadvertida en caso de que le cogiesen y registrasen. Se convenció también de que tenía su pitillera especial en el bolsillo del pantalón.

Como precaución final, escribió la siguiente nota:

> *Si no hubiese vuelto a las siete y media, búscame en la «Casa Vieja»…, ese edificio que está detrás del pueblo y que antes fue una fonda. Si no estoy allí, busca en casa de Bittle o de Bloem. No vayas a casa de Carn a no ser que falles en los otros tres sitios. Y ¡mucho cuidado! Si me cogen a mí, trataran de cogerte a ti también.*

La dobló, puso el nombre de Horacio encima y la dejó en un sitio visible de la cocina.

Luego se dirigió con paso tranquilo hacia el pueblo.

El Santo no recordaba bien la «Casa Vieja» y se detuvo al borde de unos arbustos en la pendiente de la colina. De nuevo dio gracias por su suerte. Acababa de descubrir una larga tapia que iba desde el norte de la «Casa Vieja» hacia el sur, donde se perdía entre las primeras casuchas del pueblo. Bajó rápidamente el sendero y atravesó el pueblo. En las afueras dio la vuelta a una casa de campo y vio que no se había equivocado: la tapia empezaba allí y era lo bastante alta para poder ocultarse tras ella.

Sin pensarlo un segundo, el Santo se puso en camino, deslizándose junto a la tapia hasta llegar casi hasta el final. Allí procedió con más cautela; anduvo a gatas, por si en alguna ventana del piso superior hubiese alguien vigilando el camino. Cuando llegó a la casa se echó completamente al suelo y se quedó quieto un momento para reflexionar sobre la mejor manera de entrar.

Al final vio que no había más remedio que seguir gateando, confiando en no ser visto. Con un leve escalofrío recorrió el último trecho, y cuando llegó a la entrada respiraba con dificultad. Inspeccionó la puerta.

El pomo estaba roto; sólo quedaba un trozo. La cerradura estaba llena de herrumbre, y los goznes, flojos. El Santo, al verlo, se rascó la cabeza, porque, o esa «Casa Vieja» no era la que buscaba, o el Tigre confiaba demasiado en los fantasmas.

Volvió a mirar con más atención el trozo roto del pomo y se quedó sin aliento, porque el hierro estaba brillante, al revés de las demás partes metálicas de la puerta. Como el hierro se oxida con gran facilidad, sólo cabía suponer que alguien había entrado y salido por la puerta recientemente. A no ser que los chicos del pueblo fueran menos supersticiosos que sus mayores, aquello significaba que la gente del Tigre frecuentaba la casa.

Empujó la puerta suavemente, y ésta cedió. El Santo quitó la mano, como si se hubiese quemado. El hecho de que la puerta cediera con suavidad indicaba que no estaba cerrada y que sus goznes funcionaban bien. Las puertas de las casas abandonadas no ceden así como así. Eso significaba que alguien utilizaba la casa.

—«¿Quieres entrar en mi salón?», dijo la araña a la mosca —murmuró Templar—. Vaya si pienso entrar, pero no con la candidez de la mosca.

Retrocedió un poco y echó otra ojeada a las ventanas cegadas. No quedaba más que la puerta, y seguramente alguien o algo le aguardaba dentro.

Se echó al suelo y, alargando el brazo, empujó levemente la puerta desde abajo. Con la cabeza al nivel del umbral miró al interior, sin ver nada. Apartó de nuevo la cabeza y dio otro empujón a la puerta, que quedó entreabierta.

De pronto oyó un ruido como el que hace una piedra al caer en un pozo y observó un impacto en la puerta, que arrancó algunas astillas.

Le bastaba aquello… Era un ultimátum, una declaración de guerra. Y también significaba que, fuese lo que fuese que le aguardaba dentro, lo mejor sería aventurarse con valentía y no seguir allí expuesto a que lo acribillasen desde las ventanas.

Se dispuso a dar el salto: cogió el cuchillo y entró rápidamente,

cerrando la puerta tras de sí. Así dejaba de ser un fácil blanco. Luego se refugió en un rincón.

El Santo se quedó rígido, escuchando atentamente y tratando de percibir algo en aquella oscuridad. Estaba preparado para todo. Tenía el cuchillo en la mano, dispuesto a lanzarlo contra el primero que apareciese; pero, a pesar de su finísimo oído, no podía oír otra cosa que los latidos regulares de su propio corazón y el tictac de su reloj de pulsera.

Sus ojos iban acostumbrándose lentamente a la oscuridad y al fin empezó a ver los detalles. El pasillo estaba vacío; a cosa de dos metros había dos puertas, una enfrente de la otra, cerradas ambas. Al mirar al suelo vio una gruesa capa de polvo con huellas de muchas pisadas. Algunas se dirigían a la puerta de la derecha, ninguna a la de la izquierda, de lo que dedujo que aquella habitación no se utilizaba, a no ser que tuviese otra entrada. Al final del pasillo había una ventana, cegada con tablas, como todas las demás de la casa, pero por los resquicios entraba luz suficiente.

Continuando la inspección ocular, vio que más allá de la puerta, a la izquierda, había otra y que a ella conducían también bastantes huellas de pisadas, sobre todo algunas recientes. Después notó que bajo la ventana había una mesa y, encima de ella, una caja.

El Santo contempló largo rato la caja y de pronto tuvo una inspiración. Se inclinó y recorrió el suelo con los dedos hasta dar con un alambre que iba desde la puerta a la mesa y a la caja. Descubrió los contactos metálicos que cerraban el circuito eléctrico. Uno estaba atornillado en la parte interior de la puerta, en el borde de abajo, y el otro en el suelo, a medio metro de la pared. Animado por este descubrimiento, avanzó con sigilo por el pasillo sin dejar de prestar atención alrededor. Por fin llegó a la mesa y a la caja, que examinó a conciencia. Los alambres iban a la caja, y en el frontal de la misma vio el cañón de un arma de fuego.

—Muy ingenioso, señor Tigre —fue el silencioso comentario del Santo—. Al abrir la puerta, caigo atravesado por la bala. ¡Cuánto siento no haberle complacido!

Sin embargo, por si el dispositivo tenía más disparos, dio la vuelta a la caja, con el cañón del arma apuntando a la pared. Además, desconectó los alambres. Luego volvió a mirar alrededor.

El descubrimiento de aquella trampa infantil no excluía la

posibilidad de la existencia de otras. A juzgar por el ingenio del Tigre, era de esperar que hubiese más dispositivos. Sin embargo, el Santo se dijo que, una vez dentro de la casa, le era imposible retroceder.

Escogió la segunda puerta a la izquierda porque allí había más huellas recientes, y si en alguna habitación le preparaban una sorpresa, debía de ser aquélla. Se dirigió allí paso resuelto y se detuvo frente a la puerta. El Santo la abrió unos centímetros. Luego, hurtando el cuerpo contra la pared, apoyó la punta del pie contra ella y la abrió totalmente.

Todo era silencio en aquella habitación. Se maldijo por no haber traído una linterna. A falta de mejor luz, se decidió a encender un fósforo. Si había alguien en el cuarto, vería al Santo antes de que éste pudiese verle a él. Pero el Santo había corrido mayores riesgos y no quería esperar más. Aquel silencio le estaba poniendo nervioso.

Sin soltar el arma, sacó una caja de fósforos y encendió uno, elevándolo por encima de la cabeza para que la llama no le cegase.

La habitación estaba absolutamente vacía.

El fósforo se fue consumiendo entre sus dedos y se apagó. Encendió otro, más tampoco vio a nadie. Pero había huellas en el suelo, tres botellas de cerveza en un rincón y trozos de papel en el suelo.

«Esto me escama», se dijo el Santo.

Encendió un tercer fósforo y avanzó unos pasos.

Luego trató de echarse atrás, pero fue tarde. El suelo se abrió bajo sus pies y cayó al fondo, rodeado de oscuridad.

11. Carn capta la onda

El inspector Carn, de Scotland Yard, también médico, había sido designado para descubrir la identidad del Tigre.

Carn no era brillante, pero conocía su profesión. Era muy eficiente, educado en una escuela en la que se prefiere la perseverancia al genio y que enseña la investigación metódica y cuidadosa en lugar de fiarse de ráfagas de inspiración. Su hoja de servicios estaba llena de casos resueltos satisfactoriamente, aunque su estilo fuese poco espectacular. Su táctica era distinta a la del Santo.

Representaba la ley y la autoridad, una vasta e inexorable maquinaria, y si Carn dejaba entrever quién era, el Tigre lo pensaría mucho antes de atacarle directamente. Carn sólo podía llevar a cabo su misión trabajando ocultamente, y esto era un obstáculo, aunque encajase con su temperamento. Carn, el perseverante cazador de hombres, miraba de reojo el obstáculo, se encogía de hombros y continuaba su labor… a su manera.

La llegada del Santo, propagada a los cuatro vientos por el propio Templar, había eclipsado la modesta figura de Carn, desviándole de su misión durante algún tiempo. Pero hubiera sido necesario más de una legión de Santos para alejar totalmente a nuestro eficiente Carn.

Carn sabía que el Santo perseguía de cerca al Tigre, aunque no más que él. Con estilo pausado había prestado bastante atención a sir John Bittle y sabía muchas cosas de aquel hombre impopular y de su casa sospechosamente fortificada. También había investigado el caso de Bloem, pero éste era un tipo huidizo, y poco logró saber de él. Por tal motivo, la súbita aparición en escena de Bloem fue para él una sorpresa. Recobrado de su asombro, no había tenido aún tiempo de seguir las huellas que el Santo le había procurado involuntariamente. Carn vigilaba también a Ágata Girton; conocía

la secreta amistad de ella con Bittle, pero, aparte sospechar que podía pertenecer a la pandilla, nada había logrado saber. Quedaba Algy. Carn estaba dispuesto a creer cualquier cosa de él, pero no le prestaba demasiada atención, porque su aspecto era inofensivo. A Shaw, Smith y Lapping los excluyó de la investigación. Aparte el Santo, sir Michael Lapping era el único de Baycombe que conocía la verdadera personalidad de Carn. Lapping era a la sazón juez de paz, y Carn, esperanzado en el éxito, tenía al ex juez por un valioso aliado, pues llevaba una orden de arresto, en la que sólo faltaba la firma de Lapping, para cuando pudiese conocer el verdadero nombre del Tigre. En resumen, Carn se creía tan bien informado como el Santo. Sólo que no conocía a Fernando y, por lo tanto, desconocía la importancia de la «Casa Vieja».

Desde su llegada, Carn se había aficionado a la radio, y se dedicaba a ella con tanto entusiasmo como a sus mariposas y cetónidos, pero reservándose tal placer para las horas en que estaba solo. El teléfono más próximo se hallaba en Ilfracombe, y, por orden de Carn, todas las cartas dirigidas a Baycombe se abrían en la oficina de correos de Ilfracombe, donde se copiaba el texto, se comprobaba que no hubiese añadidos en tinta invisible y, una vez informado Carn del resultado, se mandaban a sus respectivos destinatarios. A causa de ciertos detalles descubiertos así, Carn se convirtió en un entusiasta radioaficionado.

Al día siguiente a la aparatosa entrada de Bloem en casa de Carn, el policía vio justificada su afición por las ondas. Al quedarse solo después de comer, cerró la puerta, abrió su mesa de escritorio y dejó al descubierto una serie de llaves, roscas, válvulas y alambres. La antena se hallaba instalada en el tejado de la casa, hábilmente oculta, lo mismo que los demás alambres y enchufes. Era preciso proceder de este modo porque Carn empleaba a una mujer del pueblo para cuidar de su estómago. Las mujeres del pueblo son, naturalmente, muy dadas a hablar, y la menor mención de que en Baycombe existiera otro aficionado a la radio, si llegase a oídos del Tigre, hubiera dado al traste con una prometedora posibilidad de investigación.

El detective se colocó los auriculares. No era fácil para Carn emplear aquel arma, aunque estaba convencido de su utilidad. Jamás sabía a qué hora comunicaba el Tigre con su gente, pero

sabía que aquél siempre utilizaba distintas longitudes de onda. Por dos veces había logrado escuchar el final de una conversación, mas, después de anotar la exacta longitud de onda en que sonaba la voz, no pudo volver a encontrarla. Seguramente la longitud de onda cambiaba de acuerdo con un plan previamente establecido entre el Tigre y sus secuaces.

Carn estuvo de suerte. El Tigre empleaba una onda muy larga, y Carn, en contra de lo acostumbrado, comenzó por las ondas largas. Al cabo de cinco minutos percibió el sonido que caracterizaba la emisora clandestina, y apenas hubo ajustado su aparato, cuando oyó claramente una voz:

—No empiece a entrar hasta que sea de noche. Tenga mucho cuidado. Fíjese bien en que no haya luz alguna en el buque. Avance a media máquina cuando esté a dos millas de distancia. Conecte entonces los motores eléctricos, porque Templar monta guardia y tiene el oído muy fino.

—¿Podría guiarnos de algún modo? —preguntó otra voz.

—Pondré a un hombre en la «Casa Vieja», en la parte que da al mar, con una linterna verde.

—¿Cree usted que habrá problemas?

—No lo sé. Espero deshacerme de Templar esta tarde, pero ha nacido de pie y acaso pueda escaparse. Tenga mucho cuidado. Por otra parte, acabo de oír que él y la Holm se entienden, de modo que es posible que por ella abandone Templar la empresa e informe a la policía, dejando a ésta arreglar el asunto. Creo que llegarán tarde, pero más vale estar preparado a todo.

—Así lo haré.

—Muy bien. ¿Tiene la tripulación completa?

—Faltan los engrasadores, que no han venido. Creo que se emborracharon, pero no he querido esperar, porque usted me dijo que fuese puntual.

—En efecto, pero así sólo serán once, con usted.

—Así es, pero nos arreglaremos.

—No habrá más remedio… Ahora escuche. Quiero que la primera lancha la envíe al muelle del puerto. No estarán los pescadores, porque se hacen a la mar a las diez. Bittle y Bloem estarán conmigo, y tal vez Templar también. Eso depende de lo que suceda y lo que decida hacer con él. Su criado quedará despachado

poco más o menos a la hora en que usted nos recoja. Y tal vez lleve también a la chica. Aún no sé si Templar le ha dicho algo. En todo caso, es demasiado peligrosa. Estoy esperando más detalles, y entonces podré determinar lo que convenga.

—Eso de meter las faldas por en medio no lo ha hecho usted hasta ahora, patrón.

La voz del Tigre era agresiva al contestar:

—Eso sólo me importa a mí, Maggs. Cuando necesite su opinión, se la pediré. Lo que debe hacer es tener dispuestos los camarotes y enviar esa lancha al muelle. Todas las demás lanchas que pueda tripular mándelas a la «Casa Vieja». Puede enviar tres y aún tener guardia a bordo. Y que el maquinista se quede abajo, por si hubiese necesidad de huir de improviso. Sus hombres sólo tienen que remar, y si cojo a alguno que tosa o hable, se acordará de mí toda la vida. Dígaselo de mi parte. Tendré dispuestos algunos hombres en la isla para ayudarles. Allí hay una pequeña grúa para manejar las cajas. Si trabajan todos como es debido, a las cuatro de la madrugada estaremos listos para hacernos a la mar.

—Descuide, patrón.

—Mucho ojo, Maggs; ¿ha comprendido todo?

—Todo, patrón.

—Llámeme a las siete, por si hubiese que cambiar algo. Adiós.

La transmisión del Tigre acabó con un fuerte chasquido. Carn se quitó los auriculares y se recostó pensativo en el sillón.

Casi lo único que faltaba era la revelación de la identidad del Tigre. La voz del llamado patrón era fingida. El Tigre no se aventuraba a correr el riesgo de ser reconocido. Había hablado con una voz gangosa que podía ser de cualquiera. Por otra parte, Carn sabía muy bien cómo se desfiguraba la voz humana en la transmisión por radio. No hubiese podido acusar a nadie de ser el Tigre guiándose sólo por aquella.

Lo que más le llamaba la atención era la referencia a una casa vieja, que al parecer estaba sobre una isla. Carn se levantó y se dirigió a la pared en la que había un mapa del distrito. Estaba cubierto de muestras de varios colores, en apariencia producto de las investigaciones geológicas del doctor Carn, pero en realidad era un mapa para un plan de ataque. Pronto descubrió la isla con la casa vieja, que él ya había advertido durante sus excursiones

«científicas», sin llegar a imaginar que aquella roca mereciese el nombre de isla.

Allí estaba la «Casa Vieja» desde la cual había que transportar *algo* durante la noche a bordo de un barco. Carn sabía muy bien qué.

Lo había descubierto en pocos minutos. Cogió una silla y empezó a llenar la pipa. A pesar de su sangre fría, sintió que los dedos le temblaban ligeramente. Su agitación era perdonable, puesto que la busca y captura del Tigre era la mayor empresa de su vida. Ahora ya sabía dónde estaba el oro, y lo consideraba allí tan seguro como si estuviese en el Banco de Inglaterra. Aun en el caso de que el Santo también lo supiera, Carn no podía imaginarse que éste, a pesar de su gran inteligencia y habilidad, fuese capaz de apropiárselo sin ayuda y en una sola noche, especialmente estando guardado por varios cómplices del Tigre. Y éste había tenido la amabilidad de informar a Carn dónde le podría encontrar por la noche. Habría algunos hombres en el muelle, entre ellos el Tigre. No sería difícil descubrir su identidad. El pensamiento de que acaso tratarían de suprimir al Santo preocupaba a Carn. Su primer deseo era advertirle del peligro que corría y, después, hacer que le protegiesen. Era una cosa indiscutible, porque aunque el Santo no era aliado suyo, no era ningún criminal y su vida valía tanto como la de cualquier honrado ciudadano. Pero el tiempo apremiaba.

Ahora bien, Baycombe estaba sumamente aislado. No tenía ni teléfono ni telégrafo. Para hacerse con la ayuda necesaria aquella noche, era preciso ir a Ilfracombe, y el viejo «Ford» que el tabernero del pueblo solía alquilar a los que deseaban ir a la ciudad tardaría mucho en hacer el camino; Bittle tenía un «Rolls-Royce», pero sería imposible lograr que se lo prestase. El otro coche disponible era el del señor Lomas-Coper, y tampoco era factible tomarlo prestado, porque Bittle se enteraría en seguida.

Carn se dirigió a la taberna como si no tuviese prisa alguna, para que los de la pandilla del Tigre no sospecharan.

—Acabo de recibir carta de un viejo paciente que vive en Ilfracombe —dijo Carn al tabernero—. Ha tenido un ataque cardíaco y quiere que vaya a atenderle en seguida. Es un problema, pero tengo que ir. ¿Puede prestarme el coche?

Era una buena razón, porque el muchacho que venía todas las

mañanas en bicicleta desde Ilfracombe con el correo no llegaba hasta el mediodía.

—Lo siento mucho, señor. Dos criados de sir John Bittle vinieron esta mañana y lo alquilaron para pasar un día asueto en Ilfracombe —repuso el tabernero.

«¡Malditos sean!», exclamó Carn para sus adentros, muy contrariado.

—Pues es preciso que vea cómo puedo trasladarme, porque mi paciente está bastante mal y me espera. Supongo que esos criados no volverán hasta muy tarde, ¿verdad?

—No lo han dicho, pero no los espero hasta la noche.

—¿No tiene Horrick un cacharro?

Horrick era un labrador que vivía a media milla del pueblo, y el tabernero contestó que, en efecto, lo tenía.

—¿Podría usted enviar un chico para preguntárselo? —dijo Carn.

El tabernero consideró la cuestión con la parsimonia propia de los aldeanos. Carn ocultó su impaciencia todo lo que pudo. Al fin, el tabernero dijo que mandaría a un chico a preguntarlo.

—¿Quiere usted acompañarme a beber una cerveza? —invitó el tabernero.

—Convendría que el muchacho hiciese el recado en seguida. Mientras, podemos tomar algo —contestó Carn.

El tabernero suspiró. Las prisas de la gente de la ciudad perturbaban su plácido espíritu. Sin embargo, llamó a un muchacho y, después de hablar del tiempo y de su influencia sobre la pesca, llegó el chico, a quien el tabernero explicó en su dialecto lo que tenía que hacer.

—Dile a Horrick que el caso es urgente —encargó Carn al chico en claro inglés, entregándole cinco chelines de propina—, y date prisa. Si vuelves pronto, te daré otra moneda.

El chico asintió y se marchó corriendo.

Mientras el tabernero servía la cerveza, Carn, exteriormente impasible, mordía la boquilla de su pipa para calmar su nerviosismo. La falta del «Ford», por viejo y destartalado que fuese, era para él un verdadero desastre. No sabía cómo arreglárselas para llevar a cabo su misión, porque confiaba poco en la ayuda de la gente del pueblo. No tenía la disposición del Santo ni su temple

para atreverse solo con los bandidos. Casi estaba decidido a pedir ayuda al Santo; sabía que éste era recto en sus cosas, y le parecía mejor coger al Tigre con ayuda de Templar que dejarle escapar.

Sin embargo, se dijo que podría dejarlo hasta el último momento, porque aún tenía probabilidades de salir airoso sin necesidad de recurrir a su rival, lo que al fin y al cabo sería para él una humillación.

Carn se bebió el vaso de cerveza de un trago, contento de que el tabernero no le exigiese que llevara el peso de la conversación.

—¿Le sirvo otra?

—Como quiera.

El inspector estaba que trinaba, pero era preciso conservar la calma. Si hubiese rehusado la invitación del tabernero, demostrando tener prisa, éste lo habría comentado, y la cosa hubiera llegado a oídos del Tigre, quien, como sospechaba de Carn, era muy receloso.

Al fin terminó el suplicio y Carn pudo despedirse. Atravesó el pueblo y se dirigió hacia el torreón. Era un día caluroso, y Carn no tenía la agilidad de sus días juveniles. Subió la cuesta sudando y renegando y respiró aliviado cuando llegó a la cima. Aún estaba a doce metros del torreón cuando vio salir a Horacio. Este aparentaba haber salido tan sólo para respirar un poco el aire. Contemplaba el panorama con el interés concentrado de un verdadero artista y miró al detective con naturalidad e indiferencia, pero con la mano derecha detrás de la espalda.

—¿Está el señor Templar? —preguntó Carn desde lejos.

—No.

—¿Sabe dónde está?

Horacio contemplaba al inspector con mirada de pocos amigos.

—No sé. Salió a pasear, supongo.

—Oiga usted, buen hombre —exclamó Carn, furioso—. No he subido esta dichosa loma, con el calor que hace, para que me tomen el pelo, ¿estamos? El Tigre va a quitarle de en medio esta noche, pero poco me importa usted. He venido a avisar al señor Templar del peligro.

—¡Ah!, ¿sí? Bueno, en ese caso…

Sacó la mano derecha con el revólver, apuntando al pecho de Carn. Este necesitó de toda su destreza para arrancárselo de la

mano antes de que ocurriera una desgracia, y lo echó al interior del torreón.

—No sea usted estúpido, Horacio —exclamó—. Por lo que veo, este chisme no le sirve para nada. ¿No comprende que he venido a salvarle el pellejo? Le digo que el Tigre va a cazarlos a ustedes esta noche. ¿Lo ha comprendido? Le hablo del Tigre. ¿Usted sabe quién es? Si no me hace caso, luego no se queje.

—No se preocupe —le aseguró Horacio—. Le quedo muy agradecido por el consejo y le ruego le diga al Tigre que el señor Templar y yo vamos a cogerle esta noche. Que venga a esta casa, si se atreve.

—Bien, bien, Horacio; usted, lo que tiene que hacer es buscar a Templar y decirle lo que yo le he dicho —replicó Carn. Y se marchó cuesta abajo.

Al llegar a la taberna, encontró el carro dispuesto, un campesino en el pescante y el chaval al lado, con la mano tendida. Carn le dio la propina prometida y se sentó junto al carretero.

—¡A Ilfracombe! —le ordenó—. Y dese prisa, que se trata de un caso urgente.

El carro se puso en marcha y Carn sacó la pipa. Ya se hallaba en camino y de nada le serviría mostrarse impaciente; no adelantaría nada: todo dependía del caballo. Eran las tres y cuarto y, si el caballo no se cansaba ni sobrevenía ningún accidente, aún podría llegar a tiempo, máxime cuando el buque del Tigre no había de entrar hasta la noche y el embarque del oro duraría hasta la madrugada. Sin embargo, Carn sabía que el Tigre apreciaba más su propia seguridad que la de su mal ganado botín, y era el arresto del Tigre la hazaña que Carn quería ver inscrita en su hoja de servicios. El oro no le interesaba.

De pronto recordó que había olvidado avisar a Patricia. Durante un momento estuvo maldiciéndose, pero pronto se consoló pensando que, si el Tigre estaba bien informado, Templar y la muchacha estaban de acuerdo y, por lo tanto, el Santo la salvaría. Tal vez supiese también el Santo que la muchacha corría peligro, y no había necesidad de preocuparse por ella.

Llegaron a la cima, desde la cual dejaban de ver Baycombe, cuando Carn oyó dos disparos, tan rápidos que parecían uno solo. El inspector miró la hora y luego al carretero, a su lado. Este digno

pero impasible hombre leyó el asombro en el rostro de Carn y explicó el caso a su modo:

—Ya estamos acostumbrados a los tiros. Es el señor Lomas-Coper, que se dedica de vez en cuando a cazar conejos.

—¡Ah, ya comprendo! —observó Carn, y no aventuró más comentario.

Pero el inspector conocía muy bien las armas de fuego y sabía, aunque la distancia y el eco dificultaban la apreciación, que aquellos disparos no procedían de una escopeta, sino de un revólver.

12. Tomando el té con sir Michael Lapping

Ágata Girton no se había presentado a desayunar aquel día, y cuando Patricia regresó a su casa, después de haber recibido las instrucciones del Santo, la criada le informó que la señora había ido a dar un paseo. La señorita Girton solía dar largas caminatas por el campo con un fuerte bastón en la mano, caminando con paso largo, incansable como un veterano. Después de la conversación que había tenido con el Santo y por lo que supo de su misma tía, se dio cuenta de que ésta se había vuelto muy taciturna durante los últimos meses y que desde entonces empezó su afición a dar largos y solitarios paseos por el campo. La joven vio en ello la confirmación de la ansiedad cada vez mayor de su tía, tan masculina en todas sus cosas, que no era de extrañar que, apenada por algo, buscase alivio en el cansancio físico.

Aunque no había nada de extraño en el paseo de Ágata Girton, para Patricia era un problema, porque le impedía llevar a cabo las instrucciones del Santo. Era muy posible que su tía prolongase su ausencia hasta la hora de comer, y entonces sería tarde para sonsacarla, toda vez que tenía que reunirse con Templar a las siete y media. Pero lo único que podía hacer era cumplir el segundo encargo del Santo.

Patricia encontró al ex juez trabajando en el jardín, en mangas de camisa, con un viejo sombrero de fieltro echado hacia atrás. Su aspecto era el de un burgués sano, que goza de la vida del campo, y el buen humor con que saludó la llegada de la joven confundió a ésta.

—¡Caramba, señorita Holm! ¡Dichosos los ojos…! ¿Cómo está usted?

—Muy bien, sir Michael. A usted no hace falta preguntárselo,

porque cada día parece más joven.

Lapping movió la cabeza sonriendo.

—Acepto el cumplido señorita pero ya soy viejo.

—Quiero hablar con usted sir Michael —insistió ella, sonriendo amablemente—. ¿No me quiere dejar entrar en el jardín?

—Soy demasiado viejo para caer en sus redes, jovencita.

Sin embargo, dejó el rastrillo en el suelo, se limpió las manos y abrió la cancela. No era difícil seguir el consejo del Santo y tratar a Lapping con familiaridad, porque era un hombre muy bondadoso y amable, lleno de humanidad. Adoptaba un aire paternal con las muchachas jóvenes.

—¿Cuándo podremos felicitarla? —le pregunto utilizando el privilegio de su edad para gastar una broma a la joven—. La pareja seria ideal… El joven Templar haría latir con fuerza el corazón de cualquier muchacha.

Patricia se alegraba del buen humor de Lapping y de sus preguntas; así evitaba ser ella quien abordase el tema que tanto le interesaba.

—Precisamente iba a preguntarle qué le parece a usted el señor Templar —observó.

—¿Entonces, podré felicitarla?

—Aún no. He venido para rogarle que me ayude a decidir sobre el asunto.

—Pero… me parece que su tía es la más indicada…

—Ya se lo he preguntado. Ahora desearía también su consejo.

Lapping ladeó el viejo sombrero.

—Es una gran responsabilidad la que echa sobre mis hombros —dijo en tono quejoso—. Hasta los ancianos y sabios se equivocan acerca de la juventud. Sin embargo, ya que usted insiste… Bien, la primera dificultad que veo es que todas las mujeres que vean a Templar querrán disputárselo. Hombres morenos, atrevidos, románticos, apuestos como él, hay pocos, y esos pocos tienen donde escoger. No es que yo no apruebe la elección de él pero…

—Tal vez —dijo ella con dulzura— haya otros hombres atractivos que se me disputarían con Templar. No quiero parecer vanidosa, pero no voy a fiarme de su opinión en todo.

Lapping la miró y luego se echó a reír.

—Es un punto de vista nada desdeñable —admitió.

—Bien, sentémonos a la sombra y hablemos en serio —suplicó Patricia—. Y cuando esté usted seguro de haberme convencido, puede ofrecerme un poco de té, para que no me desmaye.

Se encaminaron a un lugar resguardado, bajo un árbol, junto a la casa, donde había algunas sillas.

—Entonces, ¿habla usted en serio? —preguntó Lapping al sentarse.

—Absolutamente. Y le aprecio tanto, que estoy segura de que usted puede ayudarme. Su edad…

Lapping hizo una mueca.

—Por favor, no me haga ahora tan viejo, aunque yo lo admita… Lo poco que sé está a su disposición, aunque temo saber menos del joven Templar que usted misma.

—La gente habla mucho de él.

Lapping le dirigió una mirada de reproche.

—¿Hubo alguna vez un pueblo en el que no se hablara mucho de las personas que no son vulgares? Los rumores corren en seguida…

—No sólo se trata de rumores —repuso Patricia.

Luego, de acuerdo con el consejo del Santo, contó los incidentes de la noche anterior, sin omitir más que pequeños detalles. Le habló de su visita a casa de Bittle, de las exigencias de éste, de la confesión de Ágata Girton… Relató detalladamente el extraño comportamiento del Santo y el curioso incidente en casa del doctor Carn. Pero no mencionó la advertencia final de Templar.

Lapping la escuchó con atención. Vigilándole el rostro, Patricia sólo se dio cuenta de una vaga sonrisa, como la del anciano que comprende la impetuosidad de la juventud; la expresión de tolerancia apenas cambió mientras ella iba relatando los misterios y las emociones de la noche anterior. A no ser por la advertencia del Santo de no fiarse de nadie, ella hubiera creído de buena fe en la patriarcal bondad del ex juez. Era casi imposible creer que aquel hombre sencillo, amable y sincero pudiera ser cómplice del Tigre, pero, al pensarlo, recordó también que el ex juez había tenido fama de ser uno de los magistrados de mayor inteligencia, que aquellas acciones de pura bondad habían adoptado más de una vez la inexorable máscara de la justicia y que aquella boca que ahora sonreía con tanta placidez, en más de una ocasión había dictado

una sentencia de muerte.

Al acabar el relato de los incidentes y esperar anhelante la reacción de Lapping, vio que éste sacaba con mucha tranquilidad un pañuelo para sonarse. Luego la miró con ojos burlones.

—Es un buen argumento para una novela —observó con calma.

—No es un argumento —exclamó Patricia con calor—. Es un hecho real que yo misma he vivido. ¿No ve usted que todo es muy raro? Alguna base han de tener los rumores de que le hablé antes. ¿Cree usted que el señor Templar es un detective?

Lapping se encogió de hombros.

—¿Quién soy yo para decirlo? ¿Se comportan así los detectives excepto en las novelas de detectives?

Patricia adoptó una actitud de desconsuelo y le miró con ojos suplicantes.

—Usted debe de conocer a los detectives, y si dice que éste no es su comportamiento, entonces… el señor Templar es un delincuente. Pero no puedo creerlo.

—Si el criminal no pudiese convencer de su perfecta honradez a la gente —dijo el ex juez—, tendría que renunciar a su carrera y meterse en un asilo.

—Pero el señor Templar es distinto.

—Siempre son distintos —fue la cínica respuesta de Lapping.

Pero la contracción de las arrugas de sus sienes y una leve sonrisa de sus ojos indicaban claramente que no era su intención difamar a un hombre en presencia de su enamorada. Patricia le rogó que le contestase con sinceridad.

—Le suplico que deje las bromas aparte y me hable en serio.

—¿Para qué? —contestó el ex juez—. Una de dos: o usted le quiere o no le quiere. ¿En qué quedamos?

—Le quiero —repuso ella con valentía.

Lapping hizo un gesto de cómica desesperación.

—Si es así, nada de lo que yo pueda decir la hará cambiar. Si le digo que creo que Templar merece ser amado, me abrazará y me dirá que soy muy listo y que comprendo las cosas mejor que otros. Si le digo lo contrario, aconsejándole que renuncie a él, me dirá que soy un viejo estúpido y se irá corriendo a abrazarlo, para decirle que no le importa lo que pueda pensar el mundo. De manera que ¿qué puedo hacer?

—Darme su opinión sincera y honradamente. ¿Qué me aconsejaría si fuese hija suya, por ejemplo?

Lapping se estremeció.

—Aún sigue usted confiando en mis canas —protestó—. ¿No le parece que lo mejor es partir de la base que le he propuesto antes?… ¿Sí? Pues bien, usted le quiere y no hay más que hablar. He tenido gran experiencia con los delincuentes, y extraoficialmente pienso de modo muy liberal acerca de ellos. Sólo existen tres clases de delincuentes. En la primera está el ladronzuelo que roba desde pequeño y se pasa la mayor parte de la vida en la cárcel, que para él es parte del juego. Naturalmente, Templar no pertenece a esta categoría. El segundo tipo es el hombre hábil, astuto y un poco chiflado: vive bastante bien de su oficio hasta que, el día menos pensado, comete un error y termina en presidio. Puede haber nacido para su carrera delictiva como el primero, o también puede empezar su carrera delictiva porque le parezca que así saca más provecho de su astucia que en el trabajo honrado. Pero siempre es un cobarde, una víbora y, desde luego, tampoco es a esta clase a la que pertenece Templar. Aunque sea hilar muy fino, creo que se puede decir que el criminal de la segunda clase es hombre que no puede reír como un ser normal, y precisamente Templar tiene un sentido delicioso del humor. El tercer y último tipo es muy corriente en las novelas y en las películas, pero en la vida real sólo se da rarísimas veces, y su existencia se debe más bien al deseo de emociones que a otra cosa. Es muy fácil que Templar sea de este último tipo, que es siempre noble cuando ama a una mujer. Esto es lo peor que se puede decir de Templar, comprensible por su impetuosidad juvenil y su anhelo de aventuras. ¿Está usted satisfecha?

Lapping había hablado en tono cariñoso, como un hombre que ha visto mucho mundo y no quiere juzgar a sus semejantes para no perdonar mucho también. Patricia se resistía a dudar de su sinceridad.

—Es usted un hombre maravilloso, sir Michael —dijo—. Ha expresado más o menos mis pensamientos… Es un consuelo saber que no estoy sola.

—No obstante —advirtió él—, yo, en su lugar, le diría que le hablase claro. Si tiene confianza en usted y si es lo que creo, no le

ocultará nada. ¿No le ha dicho nada acerca de sí mismo?

—¿A qué se refiere? —preguntó Patricia con cautela.

—¡Qué sé yo! Es lógico que él comprenda que usted ha de sentir curiosidad por todo lo sucedido.

—Sólo me dijo que debía tener paciencia y que tuviese confianza en él. Añadió que sería peligroso para mí saber demasiado, pero que, una vez todo resuelto, podría explicarse mejor.

—¿Quién es su misterioso enemigo?

—El señor Templar dice que se llama el Tigre…, no sé por que.

Lapping frunció el ceño, pensativo.

—Me parece que recuerdo el apodo. Espere… ¿No se habló hace años en la prensa de un caso sensacional? Una banda de Chicago, llamada «Cachorros del Tigre», reventó la caja de un banco, llevándose una cantidad enorme de oro… Algo así fue.

Patricia no se inmutó.

—No lo recuerdo —dijo—. No me dice nada.

—No estoy seguro de los detalles —contestó el ex juez—, pero recuerdo el hecho. ¡Pensar que en Baycombe se halla la banda de Chicago! Eso es tener mucha imaginación…

—Ya lo sé —convino la joven—, pero también pasa lo mismo con lo que le he contado antes.

Lapping la tocó en el brazo volvió a sonreír…, una sonrisa amable, casi irresistible a pesar de que Patricia se sentía obligada a recelar de todo y de todos. Una cosa detuvo su impulso a creer en Lapping y a buscar al enemigo en otra parte. Al mirar detenidamente, hubiera jurado que en sus ojos había un destello de burla reprimida.

—¿No le parece que lo mejor será dejarlo? —pregunto sir Michael—. Podríamos discutirlo horas y horas, sin llegar a ninguna parte. Todo lo que puede usted hacer es armarse de paciencia. Más tarde o más temprano, los hechos dirán si su intuición es correcta o no, y entonces podrá decidir mejor. Entre tanto, usted sólo puede actuar al dictado de su corazón. Es el único consejo que un anciano puede ofrecerle.

Patricia se echó a reír.

—¡Qué tonto es usted! De todos modos, le estoy muy agradecida.

—¿Qué le parece si tomásemos el té al que usted misma se invitó?

Patricia aceptó agradecida, y sir Michael entró en su casa para dar las órdenes oportunas y para arreglarse un poco.

Patricia se alegró del respiro que la ausencia de Lapping le ofreció, porque le resultaba pesado obedecer las instrucciones del Santo siguiendo en aquel papel, que era una mezcla de sabueso, conspirador y fugitivo que tiene la cabeza puesta a precio. Y Lapping, después de brindarse a llevar la conversación al terreno deseado, no había servido a sus propósitos. Era muy amable, muy cariñoso, pero no salía de su reserva ni dejaba traslucir la culpabilidad que ella buscaba. Sin embargo, Patricia tenía la vaga sensación de que Lapping se burlaba de ella, que sus torpes manejos para sonsacarle sólo servían para que se riera de ella. No le había revelado nada, y esto afirmó a la joven en la idea de que el ex juez tenía algo que ocultar.

Le resultaba desconcertante tener que enfrentarse con la realidad de que Lapping no se había dejado engañar por su fingida candidez y que comprendía que ella no era ni más ni menos que una enviada del Santo. ¿Acaso era posible que un hombre de leyes, por liberal que fuese, pudiera mostrarse tan tolerante? Patricia empezó a dudarlo, aunque al mismo tiempo se dijo que en realidad no tenía motivos para ello. Si Lapping ocupaba un puesto relevante en la banda del Tigre, no podía menos de ser un hombre muy inteligente y, como tal, sabría que tratar de apartarla del Santo con falsas insinuaciones no conduciría más que a despertar recelo; mientras que, poniéndose de parte del Santo, podría esperar inducirla a considerarle como posible aliado. Pero ¿cómo era posible que un juez cuya vida se había desenvuelto siempre públicamente entrase a formar parte de una banda de criminales? Patricia se devanaba los sesos para encontrar la solución, y por primera vez se dio cuenta de lo complicado que era el lío en que se había metido.

Lapping salió por fin de la casa llevando una mesa plegable, seguido de una criada con la bandeja del té. La joven sintió de pronto pánico. ¿Y si Lapping pertenecía, en efecto, a la banda del Tigre, si era el mismo Tigre y, habiendo descubierto la finalidad de su visita, había decidido quitarla de enmedio? El té podía estar

envenenado, lo mismo que las pastas. Con gran dificultad pudo dominar el primer impulso de salir huyendo; después pensó en Simón Templar: ¿qué haría el Santo en tales circunstancias? Seguramente no sentiría miedo; de modo que ella tampoco debía entregarse a tan inútil emoción. Razonando así, vio la situación de modo distinto. Fuese lo que fuese, Lapping no podía atreverse a hacer nada contra ella en aquel momento, porque había de contar con la posibilidad de que el Santo estuviese vigilando. Patricia recobró la serenidad, saludó a Lapping con una amable sonrisa cuando llegó junto a ella y en tono de excusa le dijo:

—¡Cuántas molestias le estoy dando!

—En absoluto, señorita Holm. Para mí es un placer. A pesar de ser soltero… soy hombre casero. Ofrecer un té a mis visitas es una de mis grandes aficiones.

Mostrábase cordial y sin reserva alguna. Ya no pudo observar la burla oculta que creyó advertir antes. O ya no veía el lado divertido del asunto, o le divertía tanto, que se veía obligado a ocultarlo mejor. Patricia volvió a sentirse subyugada por la encantadora amabilidad del ex juez, pero el recuerdo de aquella burla en su mirada continuaba obsesionándola. Un hombre que no tenía nada que ocultar habría mostrado francamente que le divertía que una joven le pidiese consejo en asuntos amorosos, si de verdad lo encontraba cómico. ¿Qué otra explicación cabía, pues, sino que el juego de Lapping era muy sutil y profundo?

Tal vez el Santo se lo podría explicar. Era preciso consultarle pronto, contándole todo lo que había pasado. Mientras llegaba ese momento, Patricia desechó su intranquilidad, continuó charlando con amable soltura e hizo todo lo posible por estar a la altura de su papel. Debió de hacerlo bien, porque Lapping se sorprendió cuando vio que ella se disponía a dar por terminada la entrevista.

—¿Tan pronto tiene que marcharse?

—Prometí a mi tía verla antes de las siete —contestó—. Quiere hablar conmigo sobre asuntos de negocios…, una inversión de fondos. Me aburren los asuntos financieros, pero es preciso escribir esta misma noche una carta para que salga mañana a primera hora.

—Inútil decirle que me causa usted un grave disgusto —observó Lapping, estrechando cordialmente la mano de la joven—. Espero que volveré a verla. Le prometo que la escucharé con gran atención.

Comprendo muy bien sus dificultades y, con el debido respeto para la señorita Girton, creo que soy la persona más indicada de Baycombe para aconsejarla. ¿No podría usted venir con el señor Templar? No hace falta que sepa que usted me ha dicho nada.

—Procuraré que le vea.

—Su visita me encantaría. No tengo nada que hacer; de modo que pueden venir cuando quieran sin temor a molestar. En cualquier momento me encontrarán a sus órdenes.

Patricia le dio las gracias, y Lapping la acompañó a la puerta de la verja. Ya iba a marcharse, cuando de pronto tuvo una idea.

—A propósito —dijo—: ¿cómo está Harry Le Duc?

La pregunta salió de su boca con tanta naturalidad, que cogió a Lapping por sorpresa. Ella le miró escrutadoramente, porque sabía cuánto importaba captar su reacción a la imprevista pregunta. Pero el rostro de Lapping permaneció sereno; sus ojos no cambiaron en absoluto, a pesar de que ella se fijó especialmente en ellos, pues no ignoraba que hasta para el actor más grande es difícil dominar la reacción de la mirada. Se mostró sorprendido, reflexionó un momento y preguntó luego, reflejando sólo asombro:

—¿Por qué me lo pregunta usted?

—Simón…, el señor Templar, me dijo que sentenció usted hace años a un criminal peligroso que se llamaba así, y temía que pudiese atentar contra su vida.

Lapping asintió con un movimiento de cabeza.

—Sí, ahora recuerdo. Ya me lo dijo Templar cuando le conocí. Harry Le Duc, al oír la sentencia, juró que se las pagaría. Pero he oído muchas veces la misma amenaza… Nunca me han quitado el sueño.

Patricia se marchó entonces todo lo aprisa que pudo. Tuvo que reconocer que estaba completamente a oscuras respecto de Lapping. A pesar de todo lo que creyera haber observado durante la conversación, la respuesta a la inopinada pregunta fue franca y clara. El nombre de Harry Le Duc no significaba para él más que el de un criminal al que sentenciara un día. Patricia lo habría jurado. Le había cogido de improviso y, no obstante, no delató ni temor ni recelo alguno en la sorpresa que le causó la pregunta.

Patricia sintió más que nunca la necesidad de recurrir al Santo para salir de dudas. Se consideraba derrotada. A no ser por la ligera

burla que creyó ver en los ojos de Lapping, lo hubiera absuelto de toda sospecha.

Y cuando ya se hallaba cerca de su casa, comprendió de pronto que si Lapping era inocente, sólo quedaba una persona de la cual pudiera sospecharse con cierto fundamento que fuese el Tigre: Ágata Girton.

13. La marca

La idea le horrorizó.

¿Era posible que hubiese vivido tantos años con el Tigre? Parecía imposible y, sin embargo, la verosimilitud de la idea aumentaba por momentos. De este modo se explicaban también las frecuentes ausencias de Ágata Girton; las cartas que ella recibía de la Riviera bien pudieron ser enviadas allí desde otro punto para su reexpedición. En cambio, el viaje a África debió de realizarse realmente, porque para el Tigre era una necesidad encontrar una mina de oro abandonada donde ocultar, según dijo Simón Templar, el oro robado. Además, Patricia recordaba que la época del viaje coincidía con la fecha en que se cometió el robo el Banco Confederado de Chicago.

¡De manera que el Tigre era una mujer! La suposición no pasaba los límites de la verosimilitud, porque Ágata Girton no tendría dificultades para hacerse pasar por hombre.

La joven hizo un esfuerzo para dominar el segundo ataque de pánico de la tarde antes de abrir la puerta y entrar en su casa. Le parecía que penetrar allí era acercarse a las garras del Tigre, que se metía en su guarida. Porque si Ágata Girton era el Tigre, seguramente sospecharía de ella a causa de su reciente amistad con Simón Templar, y sus sospechas habrían quedado confirmadas por la aventura de la noche anterior y por su obstinado silencio sobre los detalles. Y si Lapping caía también bajo las sospechas de la banda, los temores que pudiera abrigar el Tigre quedarían pronto confirmados y se vería ante la alternativa de quitarla a ella de en medio o de afrontar el peligro que representaba. Por todo lo que Patricia había oído hablar al Santo del Tigre, no cabía duda acerca del camino que tomaría.

El Tigre sólo podía ser Lapping o Ágata Girton. Patricia volvió a considerar el pro y el contra respecto de ambas posibilidades, y le

pareció que tía Ágata era más probable que lo fuera que el primero.

Patricia se sentía tentada de salir huyendo al torreón y dejar a Templar la iniciativa; sólo la confianza que el Santo había demostrado en ella la detuvo. Había insistido con estúpida tozudez en hacer un papel importante, demasiado segura de poder ayudarle eficazmente, y ahora temía ir a echarse en sus brazos declarándose vencida a la primera dificultad.

«No, Patricia Holm —se dijo la muchacha—. Quisiste probar la sopa, y ahora tienes que comértela. Simón no diría nada, y durante algunos días se alegraría mucho de verte alejada del peligro, pero después empezaría a reflexionar, y al final terminaríamos. Hay que tragar la píldora aunque sea amarga… Por lo tanto, Patricia Holm, como diría nuestro Santo, ¿qué hacemos ahora?».

Por de pronto, se dijo, había hecho todo lo que tenía que hacer referente a Lapping y sólo podía esperar oír la opinión de Templar sobre lo ocurrido. Quedaba Ágata Girton; era preciso obedecer las órdenes del Santo, del mismo modo que obedeciera antes. Patricia sacó fuerzas de flaqueza. Su mano tropezó con un objeto extraño en su bolsillo. Era la pistola; la sacó y la contempló. Era reconfortante pensar que aquel juguete, con sólo apretar el gatillo, podía matar a cualquiera que pretendiese atacarla. La volvió a guardar, acariciándola con la mano.

La criada salió de la cocina para ver quién entraba y le dijo que Ágata Girton hacía media hora que había vuelto. Patricia sintió fuertes palpitaciones al dirigirse al salón.

Con gran sorpresa advirtió que la puerta estaba cerrada con llave por dentro. La joven movió la manecilla y oyó la voz de su tía:

—¿Quién es?

—Yo… Patricia.

—Ahora no puedo salir.

La muchacha frunció el entrecejo.

—Se trata de un asunto importante —insistió—. Tengo que hablarte.

—Estoy muy ocupada. Vuelve luego, o, si te vas a tu habitación, subiré después, cuando haya terminado.

Patricia apretó los puños, pero no pudo hacer nada. No le quedaba más que esperar a que su tía saliese.

Pero… ¿por qué aquel secreto? Nunca se había encerrado en el

salón. Tampoco, excepto durante la escena de la noche anterior, había hablado con ella con tanta dureza… Parecía como si estuviese asustada y nerviosa. ¿Cuál era esa nueva ocupación que exigía tanto secreto y aislamiento?

Con paso lento se dirigió a su cuarto, pensando en el nuevo enigma. ¿Podría ser que el Tigre se sintiese al fin intranquilo? ¿Había logrado Simón ponerlo nervioso y estaba ahora concentrando sus pensamientos en la estrategia para sacar a su banda de la red que iba envolviéndola y destruir al mismo tiempo al hombre que había logrado casi derrotarlo? Aún no estaban vencidos, mas para la lucha final sólo faltaban unas horas. ¿Acaso el Tigre barruntaba ya que había subestimado al adversario?

No había tiempo que perder. Se hacía tarde y aún le quedaba entrevistarse con tía Ágata y cenar rápidamente, antes de que llegase Horacio para llevarla al torreón con puntualidad para el ataque que habían convenido. Se quitó la ropa, se puso el traje de baño y escogió otro traje gris de calle. Colocó la pistola en el bolsillo de la chaqueta y completó su vestuario con un par de zapatos cómodos.

Cuando se abrochaba los zapatos oyó un extraño sonido. Venía de abajo y semejaba un murmullo de voces. El salón se hallaba justo debajo de su cuarto.

Se puso en pie y se encaminó a la ventana para escuchar, pero las puertas-vidrieras del salón debían de estar cerradas, porque el ruido de voces era más perceptible en el interior que asomándose a la ventana. De todos modos, su tía no estaba sola. Pero el murmullo era tan bajo, que no podía entender nada, ni siquiera lograba distinguir las voces. Sólo advertía que ambas parecían masculinas. Una sería, desde luego, la de tía Ágata, pero ¿y la otra?

De pronto se dio cuenta de la importancia que suponía poder averiguar la identidad del misterioso visitante y enterarse de qué hablaban. Si pudiese ver un momento a la visita y escuchar algunos detalles de la conversación, el resultado podría ser de inestimable valor, porque no cabía la menor duda de que aquella cita era muy extraña. Pero si, como suponía Patricia, abajo hablaban de algo relacionado con el asunto que tanto la preocupaba y la cogían escuchando… Un hondo suspiro salió de su pecho, y de nuevo se cercioró de la existencia de la pistola en su bolsillo. Había dicho al

Santo que, más que impedimento, ella podría ser una ayuda para él, y ahora había llegado el momento de demostrarlo. Era preciso arrostrar el riesgo de sus pasos como lo haría el Santo: con una sonrisa, despreciando los peligros y confiando en Dios.

—¡Adelante, Patricia! —se animó abriendo la puerta.

Sin hacer ruido bajó las escaleras, pero se detuvo en el último tramo para reflexionar. Había dos caminos: la puerta o la ventana. Parecía más fácil mirar y escuchar por el ojo de la cerradura, pero oportunamente recordó que uno de los tablones del entarimado del vestíbulo solía crujir bastante. No quedaba, pues, más remedio que espiar desde el jardín.

Escuchó atentamente, pero las paredes y la puerta eran de construcción fuerte y resistente y las personas que había en el salón debían de hablar en voz muy baja, porque no se percibía siquiera el murmullo de sus voces; tal vez acababan de darse cuenta de la posibilidad de que ella les oyese.

Con el mismo silencio volvió a subir las escaleras. La puerta de la habitación de tía Ágata estaba abierta; Patricia cruzó la estancia rápidamente y abrió la ventana. La habitación se hallaba en la parte opuesta de la casa, hacia el salón y bajo la ventana había una especie de cobertizo con techumbre en pendiente. Siendo niña, Patricia había salido muchas veces por aquellas ventanas, para deslizarse por la pendiente hasta topar con el canalón de desagüe. Ahora, ya mayor, no era ninguna hazaña para ella y fácilmente llegó al final del tejado, donde el canalón la detuvo a pesar del mayor peso. Después se descolgó y saltó sobre la hierba del jardín.

Dio la vuelta a la casa y, al llegar a la puerta-vidriera del salón, sufrió una decepción, porque las cortinas estaban corridas, y las puertas, cerradas. Cuando regresó de la casa de Lapping no estaban así, como recordó muy bien, porque precisamente desde el camino se veía aquella parte de la casa, y una cosa tan extraordinaria no le hubiese pasado inadvertida. Tía Ágata no soportaba las ventanas cerradas ni en invierno. Faltaba saber ahora si la visita había llegado después de regresar ella o si puertas y cortinas fueron cerradas por miedo a que ella pasease por el jardín.

Dejó para después decidir este asunto. Se acercó con cautela y examinó ambas vidrieras, pero tuvo que rendirse a la evidencia: las pesadas cortinas estaban tan bien corridas, que no se podía ver nada

del interior. Le dieron ganas de echarse a llorar. Por un momento pensó romper un cristal para entrar a la fuerza, pero se dijo que era muy aventurado. Además, serían dos contra una y con facilidad la vencerían a pesar de que iba armada. Se decidió, pues, a esperar, segura de que el hombre que había entrado saldría pronto, y entonces seria hora de ver quién charlaba tan misteriosamente con su tía a puerta cerrada.

Buscó un lugar oculto y se dijo que desde el pabellón que servía de solana le sería fácil acechar sin ser vista las puertas del salón, lo mismo que la de la casa. Con pasos rápidos entró en él y se colocó tras una ventana casi cubierta por la hiedra. Sentándose en una silla junto a la ventana, se dispuso a vigilar.

En aquel instante, los dos personajes que se hallaban en el salón de la casa hablaban de Patricia:

—Sólo una píldora…, ¡vea!, es muy pequeña —observó el hombre que hablaba con Agata Girton, poniendo con gran cuidado una bolita blanca sobre la mesa—. ¿Verdad que, al verla, nadie diría que es capaz de hacer dormir a una persona durante seis horas? Sin embargo, eso es lo que haría. Póngasela en el café después de cenar… Se disuelve rápidamente y, en menos de cinco minutos y sin que se dé cuenta, estará profundamente dormida. Usted la deja en el sofá y yo la recogeré a las once.

Tratábase de un hombre alto, delgado y, aunque estaban solos, mantenía el ala del sombrero echada sobre el rostro y el cuello del abrigo subido, de modo que no se le veía parte alguna de la cara.

—Si quiere asesinar a alguien, hágalo usted mismo —exclamó Ágata Girton con voz cansada.

El hombre se echó a reír.

—No se trata de matar a nadie, se lo prometo. Patricia es una muchacha fuerte y resistente y lo único que le pasara será que mañana tendrá dolor de cabeza. ¡Cómo puede usted pensar que mate a una muchacha tan encantadora!

—¡Canalla! —exclamó Ágata Girton.

El otro hizo un movimiento de protesta con la cabeza.

—No convence esa moralidad que ahora quiere demostrar —dijo —. Además, tengo en gran aprecio a Patricia, pero temo que no me tome en serio, tal como están las cosas. De modo que, de momento, me propongo raptarla. Luego ya veremos.

—También yo aprecio mucho a Patricia —dijo la señorita Girton.

—¿Por qué no se lo dice? —repuso el hombre con ironía—. Pero dígaselo poco a poco, no vaya la pobre a morirse del disgusto. No, no debe usted preocuparse de eso. Cuando llegue el momento, suplicaré a Patricia que consienta en ser mi mujer, y creo que en eso no hay nada malo.

La señorita Girton le clavó la mirada.

—¿Por qué mentir ahora? —preguntó con amargura—. Aquí no hay testigos.

—Hablo en serio —insistió el hombre.

El amarillo rostro de la mujer se contrajo en una mueca y en sus ojos brilló la llama del odio.

—Dice la gente que todos los criminales están locos. Empiezo a creer que tienen razón.

El hombre alzó un poco el rostro con una mirada de reproche, pero no hizo caso del insulto y continuó hablando con voz suave y persuasiva:

—Jamás he hablado tan en serio en mi vida. He tenido éxito en mi profesión. A mi modo, soy un personaje. Tengo educación, soy instruido, he viajado, tengo salud, sé moverme en sociedad. Poseo toda la riqueza que un hombre puede desear. Mi juventud se va acabando, aunque aparento aún ser joven y como amo de veras a Patricia, es preciso emplear ahora la fuerza para demostrarle que estoy decidido a todo; luego no sabrá negarme nada…

La voz iba alejándose poco a poco. Ágata Girton hizo girar la silla para apartarse.

—Está loco —murmuró.

Y el hombre se incorporó de pronto.

—¿Qué estaba diciendo? —preguntó. Sus ojos tropezaron con la píldora blanca—. ¡Ah, sí! ¿Me ha comprendido bien?

Ágata Girton volvió a acercarse a él.

—Usted está loco —dijo—. No me cabe la menor duda. Con todo ese dinero, toda esa riqueza de que tanto blasona, ¿por qué tuvo que quitarme lo de la chica? Si es tan rico, ¿qué le importaban veinte mil libras esterlinas más?

—Nunca se tiene bastante. Además, ¿es mucho pagar veinte mil libras esterlinas por la libertad y acaso por la vida? Ya sabe usted,

tía Ágata, que pueden condenarla por asesinato…

—No me llame tía Ágata.

—Entonces…

—Eso tampoco…

El hombre se encogió de hombros.

—Muy bien, ¡oh, ser sin nombre! —dijo con calculada insolencia —. Recuerde que si le he quitado una gran cantidad de dinero, ahora deseo algo que no se puede comprar con dinero. Y usted me lo dará… De lo contrario… Pero no, usted cumplirá mis órdenes.

La señorita Girton continuaba mirándole con ojos de profundo odio.

—No lo sé —dijo lentamente—. Hace años que usted ha convertido mi vida en un continuo martirio. Tengo ganas de terminar de una vez. Si ayudase a que le pongan donde debería estar, acaso me perdonarían muchas cosas. La policía siempre trata bien a los delatores.

El hombre permaneció silencioso durante unos minutos; después levantó la mano y bajó el ala del sombrero un poco más.

—Yo no soy como la «poli» —dijo con voz glacial—. No continúe hablando así si no quiere que sienta la tentación de ponerla allí donde no pueda amenazarme.

Después se levantó y fue hacia la puerta con las manos en los bolsillos y los hombros caídos. Dio vuelta a la llave y abrió la puerta un poco. Luego se volvió hacia Ágata Girton.

—Saldré solo. Patricia está arriba, ¿verdad?

—Hace poco oí sus pisadas en su habitación.

El hombre aguardó un momento como si escuchara.

—Tiene usted el oído más fino que yo, porque no oigo nada —dijo—. Haga exactamente lo que le he dicho y no trate de engañarme. Le pesaría. Buenas tardes.

Cerró la puerta tras de sí, y Ágata le oyó cruzar la estancia.

Durante un momento vaciló.

Luego atravesó rápidamente la habitación y abrió la mesa de escritorio. Buscó un buen rato y, cuando sacó la mano, tenía en ella una pequeña pistola. Se dirigió a la puerta-vidriera, descorrió las cortinas, y, al mismo tiempo, quitó el seguro del arma.

En aquel momento vio al hombre salir de la puerta del jardín y tomar el camino a la izquierda. Ágata Girton abrió la vidriera y

salió a la terraza. El hombre estaba a unos veinte metros de distancia, pero, siendo baja la cerca, se le veía muy bien, pues no le llegaba más que a la cintura.

La señorita Girton alzó el arma y apuntó con la lentitud con que se apunta a un blanco en un concurso de tiro. En aquel momento, el hombre se dirigió a la derecha hacia el campo, volviendo la espalda a la casa.

El ruido de dos disparos de pistola rompió el silencio del atardecer. El hombre empezó a tambalearse, alzó los brazos y cayó.

De pronto, Ágata Girton vio a Patricia a su lado.

—¿Quién era? —preguntó la muchacha, pálida y temblorosa—. ¿Qué has hecho?

—Matarlo, creo —dijo Ágata Girton fríamente.

Habíase alzado de puntillas, mirando con gran atención para ver el resultado de los disparos. Pero la cerca y los bustos impedían ver el cuerpo caído.

—Espérame aquí, mientras voy a verle —ordenó.

Rápidamente cruzó el camino y entró en el campo con la pistola aún en la mano.

El hombre estaba echado sobre la hierba, boca arriba, mirando al cielo con ojos muy abiertos. Ágata Girton dejó el arma en el suelo y se inclinó para poner la mano sobre el corazón del herido…

Patricia oyó un grito de terror de su tía y luego la vio levantarse tambaleándose, cubriéndose el rostro con la mano.

La muchacha agarró fuertemente su pistola y echó correr en dirección a su tía. Esta continuaba en el mismo sitio, las manos en la cara, y Patricia vio con horror que por entre los dedos corría sangre. El hombre había desaparecido.

—Estaba fingiendo —dijo la señorita Girton, temblorosa—. Dejé el arma en el suelo…, me cogió…, tenía una navaja…

—¿Qué te ha hecho?

Su tía no contestó en seguida. Señaló a poco un grupo de árboles y arbustos en el otro extremo del campo.

—Cogió la pistola y corrió hacia aquella hondonada.

—Voy tras él —dijo Patricia sin reparar en las consecuencias.

Pero su tía la agarró por el brazo con enorme fuerza.

—No cometas disparates, niña —exclamó—. Sería tu muerte… Yo perdí la cabeza… Todo lo que me dijo fue: «No vuelva a hacer

eso».

Las manos de la mujer chorreaban sangre, y Patricia tuvo que llevarla del brazo a casa.

Ágata Girton se dirigió al tocador y se bañó el rostro con abundante cantidad de agua, que se teñía de rojo. Luego se volvió para que la chica pudiese verla, y Patricia tuvo que hacer un gran esfuerzo y morderse los labios para no dar un grito de horror, porque en la frente de Ágata Girton había una profunda herida en forma de T.

14. Patricia, al mando

—Me ha señalado… el Tigre —exclamó Ágata, próxima un ataque de histerismo.

Su rostro era una mueca horrible de odio y de furor. Duras y ásperas habían sido sus facciones, pero ahora, con aquella herida, con la cara llena de sangre y el cabello desgreñado, parecía una verdadera bruja.

—Me las pagará… Haré que se arrastre a mis pies… Todos los tormentos me parecerán poco para él…

—¡Pero tía Ágata!…

Patricia sentía gran curiosidad por saber los detalles del incidente y, además, el momento le parecía propicio para cumplir las instrucciones del Santo. Pero su tía se revolvía contra ella como una fiera, y la muchacha se echó atrás al ver aquellos ojos llameantes.

—¡Vete!

—¿Fue ése el hombre que cometió el chantaje contigo?

—¡Vete!

—¿Era el Tigre?

Ágata Girton avanzó un paso y señaló la puerta.

—¡Déjame, niña! —dijo con voz terrible—. Vete junto a tu Santo antes de que me olvide… Si no te marchas de aquí ahora mismo, te echaré a la fuerza.

Hablaba en serio. Patricia nunca había visto ni quería ver nunca más el rostro de una mujer tan horriblemente contorcido por el furor. No podía hacer nada.

—Muy bien —dijo con voz firme—, me iré. Espero que no tengas que arrepentirte.

—¡Vete, pues!

La muchacha echó la cabeza atrás y se dirigió a la puerta.

¿Volver con Simón? ¿Por qué no? No era peligroso ir hasta el

torreón, según creía, y llevar un arma le dio el valor que necesitaba. El Santo no la esperaba aún a aquella hora, pero no le importaría recibirla, en vista de las noticias de que era portadora. Había sido una tarde muy azarosa, mucho más de lo que podían haber previsto, y, puesto que no le quedaba nada más que hacer por su cuenta, era preciso informar a Templar.

El tiempo había transcurrido rápidamente. A las siete menos veinte salió, y cuando llegó al torreón ya eran las siete y cuarto, casi de noche.

Al entrar en la casa de Templar vio que Horacio se volvió rápidamente y, al verla, hizo un gesto que la dejó perpleja.

—¿Dónde está el señor Templar? —preguntó.

Horacio la miró con furia.

—Estará de regreso a las siete y media —dijo con voz gruñona.

Recogiendo una bandeja, se metió después en la cocina, y la muchacha se quedó mirando sorprendida. Horacio, aunque rudo con los enemigos de Templar, tenía en el fondo un corazón excelente. Cuando la acompañó la última vez a su casa, se portó con ella de un modo paternal, porque los amigos de Templar eran también amigos suyos. Pero entonces estuvo con ella francamente brusco.

La muchacha le siguió hasta la cocina.

—¿Puedo ayudarle en algo? —preguntó en tono alegre.

—Me parece que no, señorita. Ya estoy acostumbrado a hacerlo todo solo… Gracias.

—Entonces… ¿puede decirme adónde ha ido el señor Templar? Me gustaría ir a su encuentro.

Horacio clavó el abrelatas con inusitada violencia en una lata de salmón.

—No sé nada —respondió—. Puede estar segura, señorita, de que estará en casa a la hora. Es un hombre muy puntual y entrará por la puerta cuando den las siete y media. De manera que no hay por qué preocuparse.

Dijo la última parte en tono amable, pero se notaba claramente que algo le pasaba.

—¿Es que ha sucedido algo que le induzca a creerme preocupada? —preguntó Patricia, latiéndole el corazón con fuerza —. ¿Iba a hacer algo especial esta tarde el señor Templar?

—¡No! —exclamó Horacio.

La exclamación de Horacio sonó poco convincente y ella volvió al salón y se dejó caer en una butaca. La caja de cigarrillos del Santo estaba a su alcance, y tomó uno y lo encendió, muy pensativa.

No cabía duda de que Horacio estaba preocupado. Eran ahora las siete y veintidós minutos, y la joven se preguntó si el Santo sería tan puntual como su criado afirmara y si, caso de no venir a esa hora, era preciso suponer que algo malo le había sucedido. ¿Adónde podría haber ido? Nada podía hacer a aquella hora cerca del barco del Tigre. ¿Habría ido a efectuar algún reconocimiento preliminar de la isla? ¿Se habría empeñado en inspeccionar la «Casa Vieja»? ¿O acaso se ha metido otra vez temerariamente en casa de Bittle o de Bloem?

Estuvo mirando atentamente el avance de la minutera de su reloj, preguntándose al mismo tiempo sin cesar si Simón sería puntual o no.

Horacio entró y puso la mesa. Luego sacó un enorme reloj de plata del bolsillo.

—Dentro de un minuto o dos —dijo—. Es un hombre muy puntual… siempre…

Al mismo tiempo hizo un gesto como queriendo dar ánimos a la joven y salió. Ella le oyó pasearse fuera y adivinó que había ido allí por si podía ver al Santo subiendo la cuesta.

A las ocho menos veinte aún no había señal de Templar.

Patricia empezó a pasearse intranquila por la estancia, sintiéndose de pronto deprimida. El Santo se había ido Dios sabía dónde sin decir nada a nadie…, y pese a su reputación de persona puntual… Ella no podía hacer otra cosa que esperar.

Horacio volvió a entrar. Se había quitado el delantal y llevaba puestos la chaqueta y el gorro. Uno de sus bolsillos estaba muy abultado.

—Voy a ver si puedo encontrarle, señorita. Con su permiso, la acompañaré antes a su casa.

Ella se levantó.

—¿Adónde va?

—A ver por ahí, señorita. Me indicó algunos sitios donde tal vez podría encontrarle. Daré con él, no se preocupe.

—Iré con usted.

Horacio movió la cabeza.

—No puedo permitirlo. Si le pasase algo a usted, el señor me mataría.

—¿Adónde vamos primero? —preguntó la muchacha sin hacerle caso.

—¿Que adónde voy yo primero? —corrigió el criado del Santo —. Pues es fácil decírselo.

Extrajo del bolsillo la carta de Templar y se la entregó. Ella la leyó con creciente angustia. No se le había ocurrido pensar que el Santo emplearía la tarde en investigar lo que podía haber en la segunda «Casa Vieja», la del mismo pueblo. Allí debió de ir. Tal vez le habían preparado una encerrona…

—Vamos —dijo con voz firme. Y echó a andar.

Tomó, resuelta, el camino que llevaba a la parte posterior de la aldea, en vez del que iba al pueblo mismo, que era el de su casa. Horacio corrió tras ella y la detuvo por un brazo.

—No es éste el camino, señorita.

Ella le miró.

—Pues es el que yo voy a tomar.

—Lo siento, señorita —insistió Horacio—. No puedo permitírselo.

—¿Que no? —exclamó Patricia—. Pues veremos quién puede más…

Y sin previo aviso se soltó y avanzó corriendo. Percibió claramente los esfuerzos de Horacio para correr tras ella a pesar de su cojera, gritándole e implorándole al mismo tiempo para que se detuviese. Pero ella no le hizo caso.

Bajó la colina a gran velocidad, pero Horacio, aunque más lentamente, no dejó de perseguiría con gran obstinación. De pronto, la joven tropezó con una piedra y cayó. Antes de que pudiera levantarse, Horacio ya la tenía cogida.

—Lo siento de verdad, señorita, pero he de cumplir con mi deber y llevarla a su casa.

Ella se levantó, tratando de recobrar el aliento, cerciorándose al mismo tiempo de no haber sufrido daño alguno.

Horacio notó que un objeto duro se apoyaba en sus costillas, y en seguida se dio cuenta de lo que era.

—¿Comprenderá usted ahora que estoy decidida? —dijo Patricia jadeando aún—. Sentiría tener que hacerle daño, pero lo haré si me obliga con su terquedad. Quiero ir, e iré, sea como sea.

Le hubiera sido fácil al criado de Templar forcejear con ella y quitarle el arma, pero el sollozo que advirtió en la voz de la muchacha le detuvo.

—Muy bien —dijo al cabo de un rato—. Si eso ha de tranquilizarla, véngase conmigo.

Entonces la joven se dio cuenta de que Horacio estaba temiendo lo peor.

Bajaron aprisa la colina. Ella recordó la cojera del criado y amoldó su paso al de él, aunque Horacio avanzó con bastante rapidez a pesar de su dificultad.

—¿Quiere usted guiarme, señorita? No conozco bien estos contornos —le dijo al llegar a la «Casa Vieja».

Patricia le llevó a la entrada de la casa, sin que tuviera necesidad de tomar las mismas precauciones que el Santo, porque la noche estaba oscura y la Luna no saldría hasta de después de unas horas. Al llegar a la puerta, Horacio la detuvo.

—Déjeme entrar primero —dijo.

La apartó y bloqueó el camino, y ella, en vista de la superioridad física de él, se vio obligada a obedecerle.

Advirtió que buscaba algo en sus bolsillos y luego oyó que abría la puerta de una patada, al mismo tiempo que inundó el pasillo con un potente rayo de luz de la linterna que llevaba en la mano.

—¿Ve las huellas? —murmuró—. Aquí han estado no hace mucho algunas personas, y apuesto cualquier cosa a que se trata de la banda del Tigre.

El haz de luz iluminó la mesa que había al final del pasillo. El Santo había dado la vuelta a la caja y en esta posición era más fácil deducir su finalidad. Horacio se mostró a la altura de las circunstancias, porque se detuvo y examinó atentamente la puerta que acababa de trasponer. Encontró la parte astillada del marco, donde dio la bala, y volvió a salir para examinar el suelo.

—No —anunció al fin—. Esa trampa no cogió al señor Templar, como me hubiese pasado ahora a mí.

De nuevo penetró en el pasillo, manteniéndose en el centro, de tal modo que ella se vio obligada a ir tras él, protegiéndose con su

cuerpo. Patricia llevaba la mano sobre la pistola, y, aunque emocionada, permaneció serena y segura de sí misma.

Horacio se detuvo frente a la puerta por la que penetró el Santo.

—Vamos a mirar primero aquí —dijo.

Ella miraba por encima de su hombro cuando Horacio hizo recorrer el haz de luz por la estancia vacía, y los dos tardaron en ver el agujero en el suelo a pocos pasos de la puerta.

Horacio percibió que la muchacha dio un grito ahogado. Ella hubiera querido apartarlo para entrar corriendo, pero él la agarró y no la soltó, a pesar de que luchaba furiosamente.

—Espere… espere un momento —ordenó el criado con voz ronca.

La mantuvo a raya y probó la firmeza del suelo centímetro a centímetro hasta llegar al agujero. Sólo cuando se convenció de que no ofrecía peligro llegar allá permitió a la joven acercarse también.

Los dos se arrodillaron y dirigieron la linterna hacia abajo. La luz se perdió en las profundas tinieblas, sin llegar al fondo. Por la disposición de la parte superior del agujero se dieron cuenta de que se trataba de un antiguo pozo sobre el cual estaba asentada la casa. Patricia creyó ver un débil reflejo de luz de la linterna en la superficie del agua. Horacio fue a buscar una de las botellas vacías y la dejó caer en el pozo. Pareció que transcurría una eternidad hasta que percibieron el ruido de la caída de la botella en el agua.

—Calculo que hay unos treinta metros —dijo Horacio.

La muchacha se inclinó sobre la boca del pozo.

—¡Simón!… ¡Simón!… —gritó.

Sólo le respondió el eco.

—¡Señor Templar…, soy Horacio! —gritó también con voz estentórea el criado; pero tampoco oyó más respuesta que el eco.

Patricia se cubrió el rostro con las manos, murmurando al mismo tiempo con gran desesperación:

—¡Santo!… ¡Santo!… ¡Simón!… ¡Dios mío!

Después miró a Horacio.

—¿Está usted seguro de que se cayó en este pozo? ¿No le sorprendió la otra trampa?

Horacio había examinado los bordes del agujero y le enseñó la prueba. Los bandidos habían cortado un trozo cuadrado del entarimado con una sierra finísima, dejando sólo entera una parte

mínima, que el peso de un hombre podría romper fácilmente. Era sencillo deducirlo por la parte astillada de la madera; de allí sacó también el criado una hebra, que examinó a la luz.

—Es de su traje —dijo con voz ronca—. Parece que la trampa no ha fallado… Pero no se apure usted, señorita… El señor Templar siempre ha sido hombre de suerte. Creo que ahora estará en algún sitio seguro, dejando que el Tigre crea haberlo cazado, y, cuando menos lo espere, ¡zas!, ahí estará el Santo para darle su merecido… Y una cosa es cierta. No puede haber ahora por aquí cachorros del Tigre… El ruido que hemos hecho los hubiese atraído como el panal a las moscas.

—¿No podríamos buscar una cuerda y bajar al pozo? —preguntó Patricia, tratando de serenar la voz.

—Veré a alguien del pueblo para que lo intente. Pero no creo que se pueda hacer nada… Hace muchas horas que debió de caer…

La joven se apoyó en la pared, cerrando los ojos, llorando en silencio, mientras Horacio trataba de consolarla.

La idea de que Templar estuviese muerto causó un terrible vacío en su corazón: no podía ni pensarlo. No le cabía en la cabeza que un hombre como él fuese destinado a un fin tan horrendo como el de morir ahogado como una rata en aquellas tinieblas. Acaso se había mantenido a flote durante algún tiempo, mas si viviese habría contestado a sus gritos. Tal vez al caer se golpeara la cabeza… Pero pese a sentir un nudo en la garganta y vaciedad en el corazón, ya no temblaba. Iba serenándose; una extraña quietud la invadía…

Aquello era obra del Tigre; él era el hombre que había causado la muerte de Simón Templar. Con amarga certidumbre se dio cuenta de que jamás podría descansar hasta encontrar al Tigre…

—Véngase conmigo, señorita —suplicó Horacio—. No seamos pesimistas: no sabemos aún si cayó al pozo. Permítame que la lleve a casa para que descanse, mientras averiguo unas cosas. Tan pronto como sepa algo volveré.

—¡No!

Patricia lo dijo con voz clara y vibrante.

—Nada podemos hacer…

—Sí, podemos y debemos hacer algo —dijo Patricia agarrando a Horacio fuertemente por el hombro—. Hemos de continuar la obra empezada por el Santo. Nos toca a nosotros completarla. A él no le

gustaría que nos fuésemos a casa para llorarle, dejando, entre tanto, escapar al Tigre. No podemos permitir que su sacrificio sea inútil, Horacio…

—Sí, señorita. Usted tiene razón; no podemos tolerar que el Tigre se salga con la suya. Mi señor no debe haber muerto en balde. Ahora soy criado de usted como lo he sido del Santo. —Se detuvo un momento—. ¿No sería mejor decírselo al doctor Carn, señorita? En realidad, es inspector de policía; el señor Templar me lo dijo, y también está aquí para cazar al Tigre.

—Supongo que sí… ¡Vámonos pronto!

Atravesaron el pueblo y subieron la cuesta con paso rápido, pese a que el renqueante Horacio tenía dificultades para seguir a Patricia.

La casita de Carn estaba a oscuras y, a pesar de que la muchacha llamó furiosamente, nadie le contestó, aunque se oía muy bien el timbre de la puerta.

—No está en casa —dijo, desanimada.

Horacio vio que la muchacha estaba blanca y que apretaba los labios.

—Ahora recuerdo —dijo—. Esta tarde vino al torreón a avisarme a mí y al señor Templar de que el Tigre iba a atacarnos esta noche. Y le vi en un carro yendo a Ilfracombe. Algo trama. ¿Para qué habrá ido a Ilfracombe?

—Si ha descubierto algo, probablemente habrá ido allí para buscar ayuda. Tal vez sepa que el barco va a entrar esta noche. En tal caso, volverá pronto.

—Es probable —convino Horacio—. Pero no podemos fiarnos de eso.

Patricia se mordió los labios.

—Es verdad. Hemos de arreglarnos sin contar con él. Si llega, tanto mejor. Por más que… creo que prefiero encontrar al Tigre antes de que lo descubra Carn. Hemos de esperar hasta que venga por el oro. Lo mejor será volver al torreón y cenar. Necesitaremos todas nuestras fuerzas y también ayuda. Los dos solos no podemos luchar contra la banda. Voy a ver al señor Lomas-Coper. Es el único hombre en Baycombe en quien tengo confianza —concluyó Patricia.

—¿Ése? —exclamó Horacio con disgusto—. ¿Ese majadero?

—Yo sé que no es tan tonto como aparenta. Será para nosotros

una valiosa ayuda.

Cuando se acercaban a la casa de Bloem, surgió de pronto de la oscuridad del seto una figura. Horacio dirigió sobre ella el haz de su linterna y descubrió la cara sonriente y bobalicona del propio Algy.

—¿Es usted, Patricia? —dijo—. Ya me pareció reconocerla por la voz.

Le sorprendió a Algy la firmeza con que la joven le estrechó la mano.

—A usted le buscaba —dijo Patricia con voz firme—. Véngase con nosotros al torreón. Vamos a cenar y luego hablaremos.

—¿Qué? —balbuceó Algy.

—No me haga perder el tiempo. Ya se lo contaré todo.

El tono de su voz fue tan autoritario, que Algy obedeció ajustando su paso al de ella.

En el torreón, Patricia se sentó en seguida a la mesa. Algy se excusó.

Mientras cenaba, Patricia explicó con frases breves y glaciales el asunto, de tal modo que el señor Lomas-Coper se olvidó de su locuacidad y escuchó con gran atención. Le contó la historia del principio al final, y Algy puso cada vez cara más larga. Y cuando terminó, ella le miró con ansiedad, queriendo saber si diría alguna tontería, como, por ejemplo, que todo era debido al calor del día y que a la mañana siguiente se encontraría mejor, o si se acobardaría si realmente creía lo que acababa de oír.

Pero se vio satisfecha de ver confirmada su primera opinión. Al mirarle, vio que Algy cerró de pronto la boca con cierta energía, dando otro aire a su rostro. Sus ojos la miraban con firmeza y había en ellos una luz muy distinta.

—Parece un folletín, ¿verdad? —dijo con calma pero sin ironía ni burla.

Patricia explicó entonces el plan que se había formado.

—¡Caramba, Patricia, qué valor tiene usted! Pero… ¿no es cosa de Carn?

—Era idea del Santo, y el plan es tan atrevido, que tiene visos de salir bien. En cuanto a Carn, no podemos contar con él. Acaso no sepa tanto como suponemos: también puede que no haya ido a Ilfracombe por las razones que creemos. Pero hemos de estar preparados para realizar el plan sin él. Además, como usted

comprenderá, tengo motivos personales para encontrar al Tigre y hablar con él a solas…

Algy vio de pronto una amenaza de muerte en los ojos de la joven, pero el destello pasó en seguida y Patricia volvió a manifestarse como un jefe frío y calculador que esboza los detalles de un ataque a fondo.

—Sé que usted nada bastante bien. ¿Podrá recorrer la distancia?

Algy asintió.

—Creo que sí.

—¿Nos acompañará?

Algy tendió rápidamente la mano en señal de asentimiento.

15. Algy, en acción

Eran las diez de la noche.

—El buque debe de entrar ahora —observó Patricia, y salió fuera con Algy.

Se echaron sobre la hierba, al borde del acantilado, oteando el mar. El cielo estaba sin nubes y, aunque la Luna no había salido aún, el brillo de las estrellas permitió ver bastante, y al cabo de un rato de mirar divisaron la islita llamada «Casa Vieja» surgiendo del mar como un animal antediluviano.

—Ya veo el barco —exclamó Algy de pronto, emocionado.

Patricia se asió con fuerza de su brazo.

—Entonces, el Santo tenía razón —dijo.

Pero sólo vieron el barco en forma de una vaga silueta en el oscuro horizonte; a juzgar por la falta de reflejo en las aguas, el buque estaba, cuando menos, a unas seis millas de la costa. Patricia estuvo mirándolo hasta que le dolieron los ojos.

—Deben de entrar muy lentamente. Como es natural, sabiendo que desde aquí el Santo puede vigilarlos, han de proceder con gran cautela.

Regresaron al torreón, y Patricia, después de consultar el reloj, hizo algunos cálculos.

—A este paso, estarán cerca de la «Casa Vieja» a las once. Más vale que se vaya usted a casa, Algy, y se ponga el traje de baño. ¿Tienen ustedes armas de fuego?

—Creo que tío Hans tiene una pistola.

Patricia sonrió y sacó la suya del bolsillo.

—Ahora no la tiene; Simón se la quitó anoche.

—Tal vez tenga otra. Me parece que allí hay una armería. Haré lo que pueda.

—¿Cuánto tiempo tardará?

Algy reflexionó un instante.

—Volveré a las once.

—No venga más tarde —dijo Patricia con voz autoritaria—. La distancia sería mayor si tuviéramos que nadar desde el muelle, pero como la marea acaba de empezar, acortaremos por la playa. Tendremos que bajar por el acantilado. ¿Podríamos localizar una soga?

—Llamaré a un hombre del pueblo. Tiene un almacén… Las vende a los pescadores.

Ella asintió.

—Vaya, pues, Algy. Le espero a las once en punto.

—No faltaré, Patricia —prometió el señor Lomas-Coper—. Esto me va gustando cada vez más. ¡Cómo nos vamos a divertir!

Patricia perdió la cuenta del tiempo. Debió de caer en una especie de sopor, tal vez por cansancio mental, porque el ruido producido por alguien que andaba de puntillas por la habitación le sobresaltó súbitamente y le pareció haber despertado de un sueño.

Era Horacio, vestido con un estrafalario traje de baño a rayas y un ancho cinturón de cuero, del que pendía su enorme revólver.

—¿Es que ese majadero de Algernon no va a volver? —preguntó desdeñosamente, viendo que la muchacha se hallaba despierta—. Tendremos que prescindir de él… Supongo que habrá perdido su gorro de dormir. Estoy listo para ir con usted cuando diga, señorita.

Patricia se sorprendió al ver que eran ya las once y diez minutos.

—Salga y vea si viene ya cuesta arriba.

Horacio salió con un ademán que daba a entender que era perder el tiempo.

Patricia salió también y se dirigió al borde del risco. Había calculado bien. La Luna empezaba a salir en aquel momento por el horizonte encima del mar y ya se veía más. En menos de una hora, la visibilidad sería perfecta, tal vez tendrían más luz que la que necesitaban para realizar la aventura. El barco del Tigre estaba ya cerca del islote y dos lanchas se dirigían a la «Casa Vieja». Oía débilmente el ruido del motor del barco. Al cabo de un rato vio otra lancha que cruzaba la bahía hacia la embarcación; seguramente vendría del muelle de Baycombe, a juzgar por la dirección.

Se le ocurrió pensar que en aquella lancha podría ir Carn con otros policías en busca del Tigre, en cuyo caso ella llegaría demasiado tarde, porque, una vez éste en poder de la justicia, ya

nada podría hacer contra él. Sin embargo, ¿cómo era posible que Carn creyese poder acercarse al buque sin que le viesen? A pesar de la mala opinión que tenía de la policía en general, no podía creer que Carn fuese tan estúpido.

Patricia respiró profundamente. Ahora veía las cosas con mayor claridad. Ahí estaban el oro, el Tigre y su banda. El oro era de importancia secundaria, y la banda no era nada sin su jefe. El Tigre era el gran premio de aquella aventura, y ella estaba dispuesta a cobrarlo. Una vez a bordo del barco, quedaría despejada la incógnita de su identidad.

—No le veo —dijo Horacio con sequedad—. ¿Cómo vamos a bajar por el precipicio, señorita? No tenemos cuerda suficiente.

—Algy ha ido a buscarla —repuso Patricia—. ¿No le habrá sucedido algo?

No sabía cómo explicarse la ausencia de Algernon, tan entusiasmado con la aventura. No quiso creer que faltase deliberadamente a su palabra; tampoco le cabía en la cabeza que fuese cobarde. ¿Acaso Bloem había descubierto su alianza con Algy? Sintió escalofríos. Si alguien había escuchado la conversación, los hombres del Tigre estarían esperándolos.

Por otra parte, si Algy había salido de su casa para acudir puntualmente a la cita, su paso por el muelle de Baycombe había de coincidir con la llegada de la lancha que recogiera al Tigre. Como Algy conocía todos los detalles, la presencia de la embarcación a esa hora de la noche no podía menos de despertar sus sospechas, incitándole a actuar por su cuenta.

—Es posible que le hayan cogido —dijo la joven a Horacio—. Tengo una idea de lo que puede haber pasado. Vamos a bajar a verlo.

Sin esperar más se dirigió al pueblo, y el criado se fue tras ella protestando.

—No vale la pena, señorita. De nada nos sirve ese hombre.

—No podemos prescindir de él —replicó Patricia secamente—. De todos modos, nos coge de camino, porque necesitamos buscar cuerdas; de paso, veremos si Carn ha vuelto. Me gustaría poder contar con la ayuda de la policía, por si no logramos realizar nuestro propósito.

El muelle, nombre demasiado pomposo para los cincuenta

metros de roca que constituía el embarcadero de pescadores, se hallaba siempre lleno de redes, cuerdas, remos y otros enseres de pesca. Había, además, algunas chozas de madera, que los pescadores empleaban para guardar las herramientas y pinturas. Al final del muelle había un saliente de unos veinte metros que hacia las veces de rompeolas.

Al detenerse en el muelle y escudriñar alrededor, oyeron de pronto una voz débil que llamaba a Patricia.

Horacio llevaba la linterna, pero Patricia impidió que la usara, por temor a que los del buque se diesen cuenta. No le fue difícil encontrar al que había pronunciado su nombre. En la sombra de una de las chozas, apoyado contra la pared, había un hombre, al parecer herido.

—¿Es usted, Algy?

—El mismo —repuso éste—. Si no ha visto usted aún a ningún tonto, fíjese bien, pues lo tiene delante.

La joven se arrodilló y apoyó la cabeza de Algy en su brazo. Horacio no sabía qué hacer.

—¿Cómo se encuentra? Cuéntenos lo que ha pasado.

—Creo que pronto estaré mejor… No tema, no pienso morirme aún… Ya le contaré.

Horacio, al ver que Algy no estaba malherido, apartó a la joven. Cogió a Algy en brazos y lo llevó detrás de la choza, donde podía utilizar sin peligro la linterna. A su luz vieron que Algy tenía una profunda herida desde la ceja hasta la oreja y que la sangre le corría por la cara.

—Me pegaron un tiro y me dejaron por muerto. Pero sólo ha sido un rasguño…, pronto estaré bien.

Horacio buscó un cubo y lo llenó de agua de mar. Algy se incorporó y metió la cabeza tres o cuatro veces dentro para bañarse la herida. El agua le causó dolor, pero al mismo tiempo iba despejándosele la cabeza. Mientras le vendaban la herida, utilizando para ello un pañuelo, Algy contó lo sucedido, que coincidía con lo que sospechó Patricia.

—Como un verdadero héroe de película —terminó Algy—, me acerqué a ellos y les dije: «¡Manos arriba!», como suele hacerse en esos casos. Y allí fue Troya para mí.

—¿Reconoció usted a alguien?

—Era demasiado oscuro para verles la cara…, ni siquiera vi el arma con que me dejaron fuera de combate. Pero uno de ellos era pequeño y gordo. Creo que era el mercachifle retirado, y que me maten si el otro no se parecía mucho a mi tío Hans.

—¿Cuántos eran?

—Tres o cuatro…, pero, como formaban un grupo, no estoy seguro.

Haciendo un esfuerzo, se puso de pie y se apoyó contra la pared de la choza. La herida debía de ser más grave de lo que quiso hacer creer, porque se tambaleaba y estaba blanco y desencajado.

—¿Cómo se encuentra ahora?

—Muy bien. Tengo una sensación como si me hubiesen quitado la parte superior de la cabeza; pero, de todos modos, me voy encontrando mejor. Vámonos ya… La soga está ahí…

Horacio se había alejado a las primeras palabras de Algy y volvió en seguida con un gran rollo de soga sobre el hombro.

—¿No será mejor que se retire usted y descanse? —Le preguntó —. Con esta herida, no está para más emociones.

La honrosa herida del señor Lomas-Coper acabó con la animosidad de Horacio. No tardaría mucho en llamarle señor.

—No, de ninguna manera —exclamó Algy—. Yo he de ir con ustedes hasta el final. Esos malvados han disparado sobre mí a mansalva, y es preciso que nos volvamos a ver las caras. El agua fría me sentará muy bien, y cuando estemos a bordo del barco me encontraré recuperado.

—Bien, me alegro de que la cosa no haya sido más grave, señor —contestó Horacio—; pero si me permite que le coja del brazo mientras va recobrando ánimos…

—De todos modos, es necesario buscar a Carn —observó Patricia.

—Cuando salí de casa fui a buscar al sabueso, pero no ha regresado aún —repuso Algy—. De manera que tendremos que arreglárnoslas sin él.

Patricia lamentó ver frustrada su esperanza en el apoyo oficial. Al parecer, ella se había equivocado acerca de lo que sabía Carn sobre el asunto, porque si hubiese tenido la intención de dar aquella noche el golpe, habría tenido que estar ya en el pueblo. Pero como no estaba, sólo podía contar con Horacio y Algy.

Ya en el torreón, fue Algy quien decidió que la mejor manera de asegurar la cuerda era pasarla por dos huecos de las ventanas del edificio, aunque el trabajo lo realizó Horacio, que era ducho en tales menesteres por sus conocimientos náuticos. Algy había cambiado por completo. No era ya el charlatán simple de antes; se mostraba ahora parco en palabras y enérgico en sus actos.

Poco a poco fueron bajando la cuerda por el risco, utilizando para ello una hendidura en la roca, a fin de descender sin que pudiesen verlos desde el mar, porque la luminosidad era cada vez mayor.

—Creo que hay bastante cuerda —observó Algy, quitándose al mismo tiempo la trinchera para quedar en traje de baño como los demás—. ¿Quién baja primero?

Antes de que los dos hombres pudiesen evitarlo, Patricia se había asido a la cuerda, lanzándose por el borde del risco; bajaba rápidamente por entre las rocas, manteniéndose separada de ellas apoyando los pies en la pared.

Se sentía fuerte y sin miedo alguno. Además, la cuerda era larga, más de lo necesario. Así llegó felizmente abajo, sobre la playa inundada por la marea, con el agua hasta las rodillas. Al soltar la cuerda, se apartó un poco de la roca y movió los brazos para avisar a los de arriba. Algy llegó a su lado en un minuto, y Horacio le siguió en el mismo intervalo. Sin hablar, se metieron mar adentro y empezaron a nadar. Los tres eran buenos nadadores, pero uno de ellos tenía una pierna lisiada y el otro una herida en la cabeza. Tenían que recorrer dos millas.

El agua estaba en calma y no demasiado fría. Patricia nadaba como un pez, avanzando con largas y silenciosas brazadas.

Mientras tanto, el inspector Carn caminaba con el carretero fatigosamente hacia Ilfracombe, porque el carro se había estropeado cuando aún les faltaban bastantes kilómetros, y era impensable que les recogiese otro vehículo en la solitaria carretera a aquella hora de la noche.

16. El pozo

Sólo se tardan cuatro segundos en caer desde cincuenta metros, pero parecen una eternidad. Simón Templar pudo darse exacta cuenta de ello, porque vivió siglos entre el instante fatal en que perdió pie para caer en las tinieblas de aquel pozo y el zambullirse en el agua.

Cayó a plomo, y aunque en seguida forcejeó para volver a ganar la superficie, tardó bastante en alcanzarla; debió de llegar muy hondo, porque su corazón le latía con tremenda fuerza y el pecho parecía estallarle cuando por fin pudo respirar. Sin advertirlo dejó de mover brazos y piernas y tornó a hundirse. Entonces fue cuando notó la fuerte corriente del agua. Con todas sus fuerzas trató de resistirla moviendo brazos y piernas desesperadamente, y cuando, jadeante, ganó otra vez la superficie, tocó piedra con las manos y se agarró a ella con desesperación. Apenas se había asido, la fuerza del agua le arrastró de tal modo que estuvo a punto de perder el precario apoyo. Reuniendo todas sus energías, afianzó las manos en el borde y subió a pulso, muy lentamente, hasta apoyar un brazo en el borde y poder descansar un poco. Allí se quedó sin aliento, moviendo frenéticamente los pies para contrarrestar la corriente, mientras trataba de quitarse el agua de la cara con rápidas sacudidas de la cabeza.

A juzgar por la fuerza del agua, se hallaba bastante lejos del sitio en que cayó. La oscuridad, afortunadamente, no era completa; sus ojos iban acostumbrándose poco a poco a ella, y así pudo apreciar la situación. Al parecer, la vaga luz venía de la débil fosforescencia de la superficie del agua.

Había caído en una especie de río subterráneo. Tenía el brazo y una mano apoyados en un saliente de la pared de la caverna que atravesaba el río. La caverna no tenía más de cuatro metros de ancho y ocho de altura. La aparente quietud de agua no indicaba su

tremenda velocidad. Sin aquel saliente de roca tan providencial, seguramente se habría ahogado en pocos minutos. Se sentía tan fatigado, le dolía de tal modo el cuerpo, tan grande era la tensión de brazos y piernas, que, a pesar de su fuerza atlética, no podía sostenerse indefinidamente en aquella postura.

Venciendo el deseo de dejarse caer y acabar de una vez de padecer, el Santo puso en tensión sus músculos y se aupó unos centímetros para probar sus fuerzas. Con un suspiro se dejó caer otra vez a la anterior posición, porque se daba cuenta de que se sentía más débil de lo que había sospechado. Tal vez dijera en silencio una oración… Luego respiró profundamente y volvió a subir… un centímetro…, cuatro…, seis…, ocho. De nuevo suspiró. A pesar de la poca altura que había ganado, sintió un gran alivio en las piernas, que ya no tenían que luchar tanto contra la corriente. Con renovado vigor rebasó con la cabeza el saliente y encontró apoyo con el pie en una hendidura, con lo que pudo dar más descanso a los brazos, mientras volvía a reunir energías para su último esfuerzo.

Miró hacia arriba, preguntándose si la fatigosa subida sólo significaba retrasar el inevitable fin…, quedarse agarrado desesperadamente a la roca hasta que por último, exhausto y vencido, la fatiga lo lanzara de nuevo a las aguas de aquel maldito río. Tuvo que contenerse para no malgastar la poca energía que le quedaba en un grito jubiloso, porque a tres metros por encima de su cabeza acababa de ver una gran cueva. Por su aspecto, podía descansar en ella todo el tiempo necesario. Al parecer, su buena estrella no le había abandonado del todo aquella tarde.

—Aún no, señor Tigre, aún no —murmuró el Santo—. Mucha gente se ha empeñado en balde en quererme despachar al otro barrio, pero, al parecer, no es mi destino morir violentamente.

Poco a poco iba subiendo, agarrándose a las hendiduras de la roca, de desigual superficie, alejándose cada vez más del río, hasta que por fin, y cuando ya advertía el agotamiento, cayó rendido en la cueva y cerró los ojos.

Pasado ya el peligro de morir ahogado, sobrevino la reacción. En circunstancias ordinarias, sus nervios no flaqueaban nunca, pero tal vez la impresión de la caída y la desesperante sensación de verse cogido en la veloz corriente del río subterráneo habían logrado

minar su innata confianza en sí mismo. Estaba exhausto y temblaba de pies a cabeza, debido al sobrehumano esfuerzo. Tardó bastante en reanimarse y poder mirar hacia abajo, donde corría el río. El Santo recobró un poco de buen humor y sonrió levemente.

—¡Mala suerte, Tigre! —murmuró—. Siento causarte una decepción; pero no quiero morir todavía.

Luego se volvió hacia el interior de la cueva para examinar a la débil luz las probabilidades de salir de allí. Recordó una historia que había oído acerca de las cuevas de Cheddar, en las que un grupo de exploradores se había perdido, y que su fértil imaginación se encendió con la visión de extraños animales prehistóricos que sobrevivían en las entrañas de la tierra.

Sin embargo, como no era posible buscar la salida por la parte del río, era preciso aventurarse por la caverna. Estaba seguro de que el río le había apartado lo bastante de la boca del pozo para que cupiese la esperanza de ponerse en contacto con los que seguramente le buscarían.

Detrás de él prolongábase, en efecto, la cueva, y, al adentrarse en ella, lamentó de nuevo la falta de una linterna que iluminara el camino, pero notó una corriente de aire frío, y ello aumentó su esperanza, pues si el aire circulaba por la cueva, ésta debía de tener alguna salida.

Era un vago consuelo observar que su reloj de pulsera, garantizado para resistir la inmersión en el agua, había salido bien de la prueba. Seguía andando y por la esfera luminosa podía apreciar el tiempo que empleaba en avanzar para salir de aquel infierno. Poco a poco iba arrastrándose por los vericuetos de la cueva, y más de una vez se dio un golpe contra el bajo techo o un saliente que surgía inopinadamente en su camino. Siempre se aseguraba de que la corriente de aire viniese de frente antes de decidirse por la derecha o por la izquierda, y por este medio se ahorró recorrer inútilmente más de un callejón sin salida. Así procedió durante una hora, al cabo de la cual, y al buscar el techo de la caverna, se dio cuenta de que ésta era ahora más amplia y que ya podía caminar derecho: todo un alivio después de andar tanto tiempo a gatas.

Avanzaba con suma precaución, tentando el suelo con los pies, y las paredes con las manos, para evitar caer de nuevo.

La oscuridad que reinaba en la caverna era un tormento para los ojos y una tortura para los nervios. Comprendió entonces muy bien la gran angustia del que se queda ciego. Sentía en los ojos extrañas luces de tanto querer penetrar aquellas tinieblas; el esfuerzo de depender enteramente del tacto para avanzar por la oscuridad iba rindiéndolo. Tenía a veces el irresistible deseo de dejarse caer y arrastrarse por el suelo sin fin alguno, hasta que el sueño y el olvido le amparasen. Otras veces sentíase invadido por un temor pueril que le hacía golpear las paredes de roca con furor o echar a correr alocadamente hasta tropezar con algún obstáculo y caer de bruces; o también detenerse para cesar en la lucha y maldecir su mala suerte, invocando la muerte para que acabase su agonía.

Sin embargo, el Santo continuaba su camino, aunque terminó casi por no saber lo que hacía, y su paso se hacía cada vez más lento, hasta que por fin se detuvo. Pero la razón le aconsejaba continuar. De sus secos labios salieron trozos de todos los cantos que había oído, repitiéndolos el eco en múltiples matices. Una vez se quedó casi sordo a causa de una estruendosa risa, extraña, discordante, y sólo a medias se dio cuenta de que era él quien reía. A veces hablaba, diciendo cosas sin sentido. Y al advertir tales síntomas de locura, se detenía para serenarse y obligarse a resistir el obsesionante silencio.

Y no le preocupaba su seguridad; a veces corría como si le persiguiesen, sólo para tropezar de nuevo con algún obstáculo y dar con el cuerpo en tierra. Pero siempre se rehacía, impelido por el intenso afán de vivir, de salir de aquel averno. A veces blasfemaba; otras, oraba; pero metro tras metro proseguía el avance hacia la corriente que era su guía y esperanza.

Su voluntad de hierro le llevó cuando ya el cuerpo, maltrecho, exhausto, pedía descanso. Ya no veía la esfera del reloj: cada vez que miraba, no percibía más que una mancha de luz que giraba vertiginosamente. Las horas habían cesado de significar algo para él…, en aquel vacío estigio no existía el tiempo, sólo dolor y locura. La espesa oscuridad le obsesionaba; a veces se sorprendía queriendo cogerla como una cosa palpable. Pensaba en la luz, la divina luz del Sol, la suave luz de la mística Luna, el vago destello del firmamento estrellado, la luz de la lámpara de su casa, la de los faros, de las bombillas, de los rótulos de las calles de las grandes urbes. Pensó en

toda suerte de luces, hasta en la inexorable blancura del sol tropical llameante sobre los desiertos… Pero sólo veía oscuridad, tinieblas… Y así continuaba fatigosa e incansablemente…

Y de pronto, frente a él se despejó la oscuridad. Acababa de doblar la esquina de un pasaje, tropezando con una roca que percibió, pero que no tuvo fuerzas para esquivar. Y echado sobre el suelo, completamente agotado, vio que la roca emitía una pálida luz plateada. El Santo se preguntó si al fin su razón había sido vencida por la locura y si sus ojos veían allí donde nada había que ver. Lentamente y con mucho miedo alzó la cabeza.

Podía distinguir toda la cueva: la anchura, la altura, la profundidad… La luz era tan débil, que en realidad sólo era la oscuridad normal de la noche, pero tras las densas y horrendas tinieblas en que avanzara durante horas, el contraste se le antojó tan grande como el paso de la noche al día. Casi sollozando de agradecimiento, se levantó y continuó, tambaleante. A cosa de cincuenta metros, la cueva torcía de nuevo hacia la derecha y, en el rincón que veía, la luz era un poco más intensa. Llegó por fin al recodo y lo dobló, lleno de temor de sufrir un nuevo desengaño, pero vio ante sí una cueva aún mayor, en cuyo extremo opuesto se percibía una abertura de forma irregular: el bendito cielo…, el firmamento cubierto de rutilantes estrellas.

Sacando fuerzas de flaqueza, alcanzó la abertura y pudo contemplar el esplendor de la noche radiante, el cielo enjoyado y el ancho mar en plena calma. Invadido de júbilo, continuó mirando aquellas maravillas como si nunca hubiese visto cosa semejante.

—¡Dios mío! —exclamó antes de caer desmayado.

Al cabo de tres horas volvió a abrir los ojos. Había caído a la entrada de la cueva y despertó a causa de la luz de la Luna que le daba en el rostro. Lentamente abrió los ojos y miró el disco luminoso que iba surgiendo del agua. Vagamente recordó las horas pasadas en las horrendas tinieblas subterráneas y se puso en pie dando un grito. El movimiento le despertó por completo, y se encontró apoyado en la pared, latiéndole el corazón con fuertes golpes y respirando fatigosamente. El descanso le había sentado bien, la obtusa sensación del cerebro había desaparecido y las

fuerzas iban volviendo poco a poco. Tenía los codos y las rodillas doloridos; los nudillos, en carne viva; la cabeza, llena de chichones; todo el cuerpo, transido de dolor; pero no en balde se había entregado siempre a un duro entrenamiento; tan grande era su capacidad de recuperación, que en seguida pudo empezar a ejercitar brazos y piernas para comprobar si podía seguir.

Oyó el débil ruido de una máquina, tal vez de un motor. Se puso a escuchar atentamente, preguntándose si sus oídos le engañaban. Pero de nuevo oyó el suave rodar de una máquina, muy distante y confuso pero inequívoco.

Se asomó a la abertura y pestañeó, incrédulo.

El islote llamado «Casa Vieja» estaba al alcance de su vista. Un poco más lejos se veía aún la esbelta silueta de un barco anclado en las quietas aguas, inundado por la luz de la Luna…, un cuadro encantador para un artista y un marino. Y de pronto, mientras el Santo escuchaba, el ruido del motor cesó de nuevo y luego, a la sombra de la isla, surgió una lancha que avanzaba lentamente en dirección al barco. El Santo vio que en la embarcación había algunas cajas y percibió el roce de los remos.

—¡Bendito sea Dios! —exclamó, sorprendido y gozoso.

Ahí estaba él, vivo y más o menos bien, cuando lógicamente debería haberse ahogado o perdido en la intrincada red de cuevas subterráneas. El destino le había llevado al sitio exacto en que le convenía estar y precisamente a la hora deseada, con la enorme ventaja de que el Tigre se mecía tranquilamente en la seguridad de haberse quitado por fin la espina que durante tanto tiempo llevara clavada.

A aquella avanzada hora de la noche, Horacio, Patricia y Carn habrían revuelto todo Baycombe en busca de él, encontrando tan sólo el agujero de la antigua fonda por donde se precipitó. Le habían tenido por muerto durante muchas horas, pero no quedaba más remedio que retrasar el regreso durante algunas más. De este modo, le cabía la seguridad de que Patricia no corría ningún peligro, porque sin él no podía intervenir en el asunto; sólo lamentaba la falta de Horacio. De todos modos, la cosa quedaba bastante equilibrada, y si continuaba la milagrosa suerte, el asunto terminaría mucho antes, ahora que todo estaba dispuesto para coger al Tigre…

—El Santo contra el Tigre —murmuró Templar.

El Santo volvía a encontrarse en su elemento, animado por su desbordante optimismo. Desde luego, estaba cansado, pero se creía capaz de vencer todos los obstáculos que la banda del Tigre pudiese oponer a sus designios. Nunca como aquella vez había deseado tanto que llegase el momento decisivo de la lucha, que por todas las circunstancias había de ser la última de sus aventuras, y su sentido de histrión exigía que el espectáculo fuese digno fin de su carrera.

Buscó sus armas y las encontró en su sitio. Los cigarrillos, que acaso hubiesen podido ser útiles, estaban estropeados por el agua; pero la pitillera, con la finísima hoja de acero de uno de sus bordes, representaba una valiosa ayuda en casos de apuro. La puso en el bolsillo posterior del pantalón. La americana la dejó en la cueva.

Mirando abajo, vio que sólo le separaban unos doce metros de la playa y que, a la luz de la Luna, no era tarea difícil descender aquel trozo. Resuelto, salió por el agujero de la cueva, encontrando suficiente apoyo en los salientes de la roca, y pocos minutos después se hallaba abajo con el agua hasta las rodillas. La distancia que tenía que recorrer a nado era larga, pero ya entonces se creía capaz de salvarla. Entró en el agua hasta que ésta le llegó a la cintura y luego empezó a nadar con brazadas silenciosas, dando un gran rodeo, para alejarse de la zona peligrosa entre la «Casa Vieja» y el barco, desde donde sería fácil que le viese alguien, porque la luz de la Luna era cada vez más clara.

Sin embargo, a pesar del rodeo, no tardó en llegar a estribor del buque, después de recorrer los últimos cien metros debajo del agua, saliendo sólo tres veces y con gran precaución para respirar. Una vez allí, se detuvo un momento para descansar; luego se dirigió hacia la proa, sin apartarse del casco. Trepar por la cadena del ancla, expuesto a ser visto desde la isla o desde el puente, era muy peligroso. Pero no había más remedio, porque las portas estaban demasiado altas para alcanzarlas.

Una vez más le favoreció la suerte. Mientras nadaba lentamente a lo largo del casco, reflexionando sobre el problema, tropezó con una escala de cabo que pendía desde la cubierta. El capitán debió de ponerla para que subiese el Tigre y sus cómplices, y desde entonces debió de quedar olvidada por haber hecho la marea girar el barco. Precisamente lo que le convenía a él.

El ruido de la máquina y el chirrido de las cabrias que subían el oro a bordo era ahora más fuerte; además, percibía pasos a bordo y murmullo de voces. Por lo que podía juzgar al ir trepando por la escala, la gente trabajaba en la escotilla de popa, dado que directamente encima de él no percibió ruido alguno.

Al llegar arriba, se asomó con cuidado. La cubierta estaba desierta en aquel sitio, lo mismo que la proa, pero a popa veía a dos hombres junto a la maquinilla. Afortunadamente, sólo dedicaban su atención al trabajo. Saltó con rapidez por la borda sin hacer ruido alguno. Frente a él había una puerta abierta y la escalera de cámara, a la que se dirigió sin vacilar.

En el primer peldaño se detuvo para escuchar. El trabajo de carga continuaba; al parecer, nadie había visto la negra sombra que saltó por la borda, cruzó el tramo de cubierta y entró en aquella puerta.

«Hasta aquí, todo va bien —se dijo el Santo sonriendo beatíficamente—. Una vez a bordo, el oro es mio».

La escalera conducía a un pasillo pobremente alumbrado. Era un sitio muy peligroso para detenerse. Los camarotes también ofrecían peligro, porque, con dar vuelta a la llave, quedaban convertidos en prisión. Pero el Santo quería unos momentos de descanso para pensar en lo que le convenía hacer, y era preciso correr el riesgo.

Frente a él había una puerta que le intrigaba; de puntillas cruzó el pasillo y movió suavemente el tirador, pero la puerta no cedió; seguramente estaría cerrada con llave. Esto le intrigó aún más; de pronto olvidó todo instinto de precaución y, con la temeridad que le caracterizaba, decidió ver sin pérdida de tiempo lo que había tras aquella dichosa puerta. Pegó el oído a la hoja de la misma, escuchando con gran atención. Al cabo de un rato, el silencio absoluto en el interior le convenció de que el camarote estaba vacío. Pero abrir una puerta cerrada requería más herramientas de las que él disponía en aquel momento.

Oyó pasos. Rápidamente descubrió su origen. Venían de otro pasillo que desembocaba en aquél. El Santo retrocedió subiendo unos peldaños de escalera, decisión poco prudente, porque de aquel modo tendría dificultades para retirarse en caso de que la persona que se acercaba le viese y diera la alarma. Pero Templar, siempre alerta, quiso saber quién era el que podía malgastar el tiempo abajo

cuando todo el mundo estaba arriba para cargar el buque con la mayor rapidez.

Se asomó un poco por la barandilla y se retiró en seguida.

Era Bloem el que venía, y llevaba una bandeja con unos emparedados y un sifón. El Santo echó una mirada atrás, cerciorándose de que ningún peligro le amenazaba desde cubierta, pues era muy fácil que pasase alguien y le viera. Durante un momento pensó huir, pero desechó la idea en seguida. La cubierta no era sitio adecuado para que Simón Templar deambulase por ella en aquellos momentos; además, quedaban la puerta del camarote que le intrigaba y Bloem con su bandeja, quizá con la cena para el Tigre.

El Santo se arrimó bien a la barandilla y se dispuso a saltar en el mismo momento en que Bloem le viera. Pero éste no se fijó en la escalera, sino que se dirigió tranquilamente al camarote que había despertado la curiosidad del Santo. Éste vibró de emoción al verlo.

Bloem dejó la bandeja en el suelo, sacó una llave del bolsillo, abrió la cerradura y un poco la puerta, quedando parte del interior a la vista, porque dentro había luz. Bloem se inclinó para recoger la bandeja y, al hacerlo, el Santo saltó desde el octavo peldaño de la escalera.

Cayó exactamente sobre los hombros de Bloem, y éste se desplomó con un gruñido de dolor, dando al mismo tiempo con la cabeza en el suelo, lo que le hizo perder el sentido.

Bloem quedaba así fuera de combate, pero era posible que alguien hubiese oído el ruido que produjo al caer. El Santo se había puesto en pie con la velocidad de una pantera. Rápidamente cogió a Bloem por el cuello y lo metió en el camarote; después recogió la bandeja, entró él a su vez en el camarote cerró la puerta y se puso de espaldas a ella para ver en qué lío le había metido su impulso.

Sólo entonces se dio cuenta de que sobre la litera estaba sentada una persona.

—¡Oh!, ¿cómo está usted, tía Ágata? —dijo el Santo, siempre cortés, y la señorita Girton sonrió irónicamente.

—Es usted un hombre maravilloso, señor Templar —observó la tía de Patricia.

17. Abordaje

Patricia y sus dos lugartenientes se aproximaron al barco del Tigre por la parte menos expuesta. El casco proyectaba una densa sombra sobre las aguas iluminadas por la Luna, y toda la atención de los tripulantes se hallaba concentrada en la isla y en su trabajo; de modo que los tres no tenían que hacer otra cosa que nadar en silencio.

Al llegar junto al buque, se detuvieron también bajo la proa, agarrándose con manos ateridas a los eslabones de la cadena del ancla. Patricia no tardó en soltarse. Vio las mismas dificultades que el Santo para trepar por la cadena, por lo que nadó a lo largo del buque para buscar una solución. Descubrió la escala de cuerda que utilizara el Santo, y regresó para informar a sus compañeros. La siguieron hacia la escala. Horacio avanzaba con la terquedad y fortaleza de los marinos, pero Algy estaba agotado, y durante el último cuarto de milla tuvieron que aminorar la velocidad por él. Patricia se asió a la escala y subió un poco.

—Ya falta poco para descansar —dijo en voz baja, inclinándose hacia Algy y cogiéndole de la mano—. Resista un poco más, porque hemos de proceder ahora con rapidez para encontrar un sitio donde ocultarnos.

Trepó por la escala con tanta agilidad, que ningún viejo lobo de mar hubiese podido hacerlo mejor, y, al advertir que las cuerdas se tensaban, se dio cuenta de que sus compañeros la seguían con rapidez. Antes de saltar sobre cubierta se asomó a la barandilla y vio que la tripulación trabajaba activamente en cargar el oro. De un salto salvó la borda y se colocó a la sombra de la pared de enfrente. Poco después apareció la cabeza de Algy por la borda, y Patricia le hizo señas de que se reuniese con ella. Con alguna dificultad pudo saltar también sobre cubierta y fue al encuentro de Patricia, pero con paso vacilante y temblando de frío y de fatiga. Horacio le siguió

de cerca.

—¿Cómo estamos?

Horacio se secaba el agua de los brazos y las piernas.

—Muy bien, señorita… Las cicatrices me duelen un poco.

—¿Y usted, Algy?

—Siento ser tan inútil —dijo castañeteándole los dientes—. Pero pronto estaré bien. ¡Ojalá pudiésemos encontrar el whisky del Tigre!

La joven se volvió hacia Horacio.

—¿Quiere usted guiamos un poco? —le preguntó—. No sé nada de barcos. Llévenos a algún sitio donde sea difícil que nos descubran.

—Sí —contestó el criado rascándose la cabeza—. No es fácil en un barquito como éste… Voy a ver si tienen aquí escotilla de proa, si no le importa sentarse en el escobén. Esperen un minuto.

—Dese prisa.

Mientras esperaba el regreso de Horacio, ofreció el apoyo de su brazo a Algy, y estaba atenta a cualquier peligro. En la mano libre llevaba la pistola. Si alguien pasaba por aquella parte de la cubierta, tendría que verlos, y, en tal caso, la aventura terminaría para ellos… Pero la suerte les favoreció: nadie se acercó, si bien los dos oían las voces de los hombres que trabajaban a popa, así como el ruido de la maquinilla y de las cabrias. Horacio regresó en seguida.

—¿Qué hay? —preguntó Patricia en voz baja.

—Tenemos suerte: hay escotilla de proa. Vengan conmigo.

Rápidamente los llevó a la proa, manteniéndose al socaire de la borda; en poco tiempo pudieron ocultarse mejor en la sombra de la amurada de proa.

Horacio quitó la lona alquitranada y levantó la escotilla; después iluminó el interior con la linterna para enseñarles el reducido compartimento, casi lleno de cuerdas.

—No es mucho —dijo Horacio como excusándose—, pero, de momento, es un refugio seguro.

Entre los dos ayudaron a Algy a bajar, Patricia le siguió y por fin se metió también Horacio, cerrando bien la escotilla, para que no descubriesen que la habían tocado.

—Bastante confortable —observó Horacio girando el haz de luz.

—¿Cómo está usted, Algy?

Horacio proyectó la luz sobre el señor Lomas-Coper, que estaba lívido y tembloroso. Mas, al parecer, la herida se había cerrado con el agua, porque el pañuelo estaba limpio. Algy intentó sonreír.

—Me encuentro débil, pero estaré bien cuando entre en calor. Temo no tener condiciones para pirata, Pat… Ha sido el golpe en la cabeza el que me ha fastidiado.

La joven se encogió todo lo que pudo para dejarle más sitio a Algy, a fin de que pudiese descansar bien.

—Horacio y yo iremos a explorar hasta que usted se encuentre mejor —contestó—. Hemos de descubrir dónde está la gente del Tigre antes de entrar en acción. Creo que hay muchas personas a bordo, pero es preciso saber cuántas son, para atacarlas una a una sin que los demás se den cuenta. Además, estarán aquí Bloem y Bittle, pues, según ustedes, se hallaban en el muelle, y el Tigre… Son los más importantes y más peligrosos, y no podemos cometer ningún error con ellos.

—Sí. Lo mejor es ir atacando a los hombres aisladamente según los vayamos encontrando —dijo Horacio—. Yo iré delante… Ahora mismo salgo. Tengo que ajustar cuentas con esa caterva de desalmados.

—Yo también tengo que ajustar una cuenta —observó Patricia —; de modo que primero saldré yo.

Horacio no era hombre que perdiera el tiempo en discusiones; además, tenía algo de diplomático.

—Saldremos juntos —dijo—. Supongo que al señor Lomas-Coper no le importará quedarse aquí solo, ¿verdad?

—No se preocupen por mí —repuso Algy—. Yo saldré para ayudarles tan pronto me haya repuesto, y confío en que me dejarán a mí ajustar cuentas a ese canalla que me pegó un tiro.

No había realmente ninguna razón para no dejarle solo; así es que Patricia aceptó el consejo de Horacio.

Los dos salieron con grandes precauciones y colocaron la escotilla y la lona del mismo modo como lo habían encontrado. Mientras, Patricia pensaba en qué podía hacer.

—Creo que el señor Templar tenía razón —dijo Horacio—. Hay pocos tripulantes a bordo. Me parece que abajo sólo debe de haber un maquinista y tal vez un cocinero en la cocina. ¿Podría usted encargarse del cocinero, mientras yo busco al maquinista?

—Ya me las arreglaré —le aseguró Patricia—. Dese prisa. Podemos encontrarnos después bajo el toldo, frente al salón. Luego veremos cómo despachamos a los que están cargando el oro.

—Bien hablado, señorita. ¿Recuerda la puerta frente a la escala por la que subimos? Baje por ahí; seguramente encontrará con facilidad la cocina.

Horacio la acompañó hasta la puerta que daba sobre la escalera, donde se separaron. Sin fanfarronería alguna, había asumido para sí la parte más pesada del programa, porque ya había podido ver que la escalera por la que se bajaba a la sala de máquinas estaba en la parte de popa, más allá de la escotilla por la que cargaban el oro. Para llegar a ella sin ser visto tendría que colgarse fuera de la borda y avanzar así sosteniéndose únicamente con las manos, y regresar del mismo modo.

Tan pronto como la muchacha desapareció, se colgó al otro lado de la borda y avanzó rápidamente, no deteniéndose hasta que advirtió por el ruido que se hallaba a la altura de la escotilla grande de popa. Allí se detuvo y subió un poco para observar. Percibió las maniobras de carga y oyó una voz que decía:

—Tres viajes más y habremos terminado.

—Diles que se den prisa. El capitán quiere salir pronto.

Horacio dejó de mirar y continuó avanzando. La banda del Tigre estaba trabajando más aprisa de lo que había supuesto, y en los tres viajes que faltaban no emplearían mucho tiempo. No era, pues, el momento más oportuno para detenerse.

Horacio avanzó hasta alcanzar la parte posterior de la cubierta de popa y subió a ella en el sitio donde había una chimenea de ventilador entre él y la tripulación. Luego se acercó con paso rápido a la escalera de la sala de máquinas, alcanzándola sin ser visto.

Es muy difícil bajar una escalera de hierro sin hacer ruido, pero a Horacio le valió ir descalzo; llegó sin dificultad hasta la escalera corta que llevaba directamente al sitio donde estaban las máquinas. Sólo había un hombre abajo, inclinado sobre el motor, ajustando una pieza. En aquel momento miró en derredor para buscar una llave inglesa, y entonces vio el peligro. El maquinista dio un grito que resonó en el estrecho recinto, pero que seguramente no llegó al exterior.

En seguida se fue al encuentro de aquel hombre, con traje de

baño, que quería introducirse subrepticiamente en la sala de máquinas, y al hacerlo metió la mano en el bolsillo, encontrando dificultad para sacar el revólver. Esto dio a Horacio todo el tiempo que necesitaba y le ahorró tener que emplear el arma de fuego. Con un salto desde el último tramo de la escalera se precipitó sobre el maquinista, y los dos cayeron, pero la cabeza que poco después dio contra la base del motor, dejando insensible a su dueño, no fue la de Horacio.

Estaba a punto de volver a subir a cubierta, cuando tuvo una idea y regresó junto a aquel hombre. Éste tenía más o menos la misma estatura que él, por lo que le miró la gorra y el mono de mecánico; luego metió su cuerpo, convenientemente atado, en un cuarto que cerró con llave. Poniéndose el mono y el gorro de mecánico, Horacio se dijo que gozaba de mayores ventajas, porque podía moverse con más libertad por el buque y, si encontraba a alguno de la banda, no lo reconocería hasta que lo tuviese encima.

Ya se hallaba a medio camino cuando oyó fuertes pisadas en dirección a la escalera. Horacio bajó aprisa y se inclinó sobre uno de los motores, preparado para cualquier ataque. Las pisadas se detuvieron junto a la escalera.

—¿Todo va bien, José? —oyó preguntar.

—Sí, señor —repuso Horacio con voz fingida, sin levantar la cabeza.

—Saldremos dentro de una hora, o antes. No se preocupe ya del motor eléctrico. Téngalo todo preparado para poner en marcha el otro… Hemos de alejarnos a la mayor velocidad.

—Sí, señor.

—Daré la señal tan pronto tengamos a bordo toda la carga, y entonces puede poner en marcha el motor grande.

Las pisadas se alejaron, y Horacio volvió a respirar. Había visto una puerta de hierro al fondo de la sala de máquinas, pero creyó que era la que llevaba a los depósitos de combustible. Así era, en efecto, pero también pasaba por allí un estrecho pasillo que llegaba hasta el pie de la escalera auxiliar por la que se comunicaba con la parte de los camarotes. Percibió el ruido de la puerta al abrirse y con rapidez volvió a inclinarse sobre el motor como si estuviese trabajando.

El hombre que entró no habló, pero Horacio notó el suave

deslizar de los pies sobre el suelo grasoso, y los pelos se le pusieron de punta. Había algo siniestro en la manera de acercarse de aquel hombre; tan silenciosos eran sus movimientos, que Horacio no los hubiese notado de no estar alerta.

Paso a paso se acercó el nuevo personaje, mientras Horacio examinaba, indiferente, una bujía del motor, pero muy atento al peligro que se aproximaba. Por lo que podía adivinar, el hombre estaba a pocos pasos de él, y no alcanzó a comprender el porqué de tanta precaución si se trataba de algún tripulante o alguien de la banda del Tigre, puesto que él no podía serle sospechoso llevando como llevaba el mono del mecánico y sin verle la cara. Sin embargo, por algún motivo que desconocía, sospechaban de él.

El instinto de conservación le hizo volverse en el preciso momento, y el terrible golpe que iba dirigido a su cabeza pasó rozando y dio sobre la caja del motor. Horacio se apartó y trató de saltar sobre el agresor, pero resbaló y cayó. Su enorme revólver estaba debajo del mono y no tuvo tiempo de sacarlo antes de que el atacante se le echara encima cogiéndole por el cuello con mano de hierro…

Con sólo dos ayudantes, uno de los cuales se hallaba temporalmente fuera de combate, Patricia lo tenía todo en contra. La única probabilidad de éxito estaba en la audacia con que procediesen. La menor vacilación los exponía al fracaso. Estaba decidida a seguir asumiendo el riesgo con valentía.

Horacio había ido a arreglar la cuestión del mecánico y era hombre de confianza de cuya eficacia no cabía dudar. Después de quitar de en medio a su hombre, volvería al punto de encuentro, y si ella no acudía al cabo de un tiempo razonable, la buscaría y trataría de manera conveniente a los cachorros del Tigre que encontrase en el camino. La joven adivinó que Horacio aún temía por la seguridad de ella y que dudaba de su habilidad de hacer algo práctico. Así que, para evitar enojosas discusiones, decidió tomar las riendas.

Los hombres que trabajaban como cocineros en los buques podrían no ser iguales a los demás hombres, como pensaba Horacio, pero al menos uno de la especie poseía la mentalidad de la gente

corriente, porque comprendió muy bien la nota metálica en la orden que Patricia le dio desde la puerta de la cocina y con mucha prudencia decidió no alzar la voz pidiendo socorro.

—¡Arriba las manos! No abra la boca ni para respirar, porque podría ocurrírseme que va a dar un grito, y sus hijos quedarían huérfanos.

El hombre se volvió lentamente, con una sartén en la mano.

Vio en la puerta a una esbelta joven de aspecto enérgico que vestía un elegante traje de baño. En otras circunstancias, el cocinero, que no era tonto, hubiera podido admirar la perfección de la figura femenina y el milagro de un cuerpo que podía resistir una carrera de natación de dos millas sin perder un átomo de su belleza. Pero sólo tenía ojos para la fatídica pistola que la pequeña mano sostenía con tanta firmeza en su dirección, y al alzar la mirada para contemplar el rostro de la joven pudo convencerse de que irradiaba inexorable decisión de matar si no obedecía la orden.

—Me estoy cansando de esperar —exclamó Patricia con voz acerada—. ¡Arriba las manos!

El hombre empezó a alzar las manos y, de pronto, la pesada sartén salió disparada hacia la joven.

Patricia esquivó el golpe y la sartén fue a parar al pasillo, chocando contra la pared de enfrente. Vio que el hombre se echaba encima de ella y apretó dos veces el gatillo.

Esperaba oír las detonaciones, pero al ver que la pistola había fallado, sintió como si hubiese recibido un golpe en pleno pecho. En aquella fracción de segundo se dio cuenta de las palabras del Santo, que le dijo que iba a darle una pistolera impermeable para resguardar el arma del agua, y ella olvidó llevársela. La larga inmersión había humedecido los fulminantes de las balas, y la pistola, de la que tanto dependía, era tan inútil como un trozo de hierro viejo. Mientras tanto, el hombre seguía corriendo hacia ella…

Casi sin saber lo que hacía, Patricia alzó la mano y tiró la inútil pistola contra el cocinero. Éste recibió el golpe en plena frente y se derrumbó como fulminado.

La joven se quedó quieta, escuchando con gran atención y preguntándose si alguien habría oído el ruido de la sartén. El corazón le latía furiosamente. Casi había sido vencida en el primer

asalto. Sin embargo, al parecer, nadie había oído nada, y poco a poco recobró la serenidad y la calma. El ímpetu del cocinero casi le había llevado fuera de la puerta, y ella tuvo que meterlo otra vez dentro. Después recogió la sartén, la colgó en la pared y cerró la puerta.

El siguiente paso había de ser sin duda en el puente. Allí sólo estaría el capitán, a no ser que Bittle, Bloem o el mismo Tigre hubiesen subido también para desde allí ver el progreso de la carga. Patricia se sintió capaz de asumir ahora todos los peligros. Lo que le faltaba era un arma. La suerte le favoreció. Al volver por el pasillo, vio una puerta entreabierta y, por la abertura, una serie de rifles, cuchillos y revólveres. El Tigre disponía de un arsenal excelente.

Ella entró y escogió dos buenos revólveres. Debajo de la estantería había cajas con municiones, de modo que le fue fácil cargar las armas y llevarse una provisión. Al salir cerró la puerta y se guardó la llave en el cinturón. Así los cachorros del Tigre estarían en desventaja en el caso de que se llegase a una lucha abierta.

Poco tardó en encontrar el camino que llevaba desde aquella parte del buque al puente de mando. Subió una escalera y se encontró en la cubierta superior, inmediatamente detrás del puente, que estaba a mayor altura que aquélla, encima de dos camarotes, uno de los cuales sería el del capitán, y el otro, seguramente el del Tigre. Se prometió investigarlos más tarde. De momento, lo que más urgía era atacar el puente de mando, puesto que el tiempo apremiaba y dentro de poco la tripulación empezaría a invadir todo el buque para prepararlo para la salida. Aún percibía el ruido de la maquinilla de carga.

No muy lejos de la parte sombreada donde se había ocultado durante unos segundos estaba la escalera que conducía al puente. La alcanzó con rapidez y empezó a subir.

Vio a un hombre inclinado sobre babor. La luz de la Luna permitía ver los botones dorados de su uniforme. Estaba contemplando el mar, mordisqueando la pipa, envuelto en sus pensamientos. En realidad, estaba pensando en la buena vida que se daría en El Cabo, cuyos secretos conocía; con el dinero del Tigre se proponía divertirse como nunca. Pero notó que algo duro se apoyaba en su espina dorsal y escuchó una orden que no le era

desconocida:

—¡Manos arriba!

La orden fue dada con voz suave, pero había en ella tal tono de amenaza que obligó al capitán Maggs a obedecer sin chistar.

Una mano se metió en el bolsillo de su americana y le quitó la pistola.

—Ahora puede volverse.

Maggs giró lentamente sobre sus talones y se quedó con la boca abierta al ver a la joven.

—¡Demonio de chica! —exclamó, envalentonándose al ver a una mujer—. ¡Caramba, chiquilla! ¿Sabes que eres valiente?

Empezó a bajar los brazos, pero Patricia le apuntó con los dos revólveres al pecho. Las manos que los sostenían eran tan fuertes como si fuesen de piedra, y la aguda mirada del capitán no descubrió nerviosismo alguno en el rostro de la joven. Maggs, experimentado en todos los azares de la vida, leyó la amenaza de muerte en los ojos de Patricia y volvió a alzar los brazos.

—¡Baje la escalera! —ordenó Patricia—. Y no trate de escapar o de gritar. Tarde o temprano, habrá tiros esta noche, y no me importa empezar por matarle a usted.

Maggs cumplió al pie de la letra las instrucciones de la joven. Era demasiado viejo para no conocer lo que era una fanfarronada y sabía que aquella muchacha con los dos revólveres no amenazaba en balde. Lentamente bajó la escalera y esperó abajo, y no tardó en advertir que la muchacha había bajado también y que volvía a clavarle las armas en la espalda.

—¿Dónde está el Tigre?

Maggs rió entre dientes.

—Está usted equivocada, joven —dijo—. El Tigre no está a bordo ni embarcará tampoco. Le han convencido para que desista.

—¿Dónde le gustaría recibir el tiro? —preguntó ella glacialmente.

—Aquí sí que no valen amenazas. Le he dicho y le repito que el Tigre no está a bordo. No puedo decirle por qué ni tampoco dónde está, pero sí que le digo que los demás llegaron sin él, diciendo que acaso vendría más tarde o que tal vez no vendría. Pregúnteselo a Bittle.

Patricia no sabía si el hombre mentía, pero comprendió que

estaba buscando la oportunidad de invertir la situación.

—¿Dónde está Bittle?

—En el camarote de la izquierda.

—Lléveme allí —ordenó Patricia, quien, por la vacilación del capitán, comprendió que éste había mentido, esperando que ella no insistiría en entrar en el camarote señalado, sino en el de la derecha, donde seguramente estaría Bittle.

Maggs abrió la puerta y ella le detuvo.

—Entre y manténgase alejado de la puerta. Si trata de darme con ella en las narices, le pesará.

Maggs se sometió a la fuerza; la joven le siguió y cerró la puerta de golpe con el pie. Se hallaba ahora en un dilema… Un hombre hubiese atado al capitán, pero ella no podía aventurarse a tal cosa, porque, desarmada, no tenía fuerza para luchar con aquel hombrón. Con una mano sola no le sería posible atarlo. Tampoco podría dejarle libre en el camarote, cerrándolo sólo con llave, porque Maggs podría romper la ventana y llamar a su gente tan pronto se marchase ella.

Sin pensarlo más, cogió el revólver por el cañón, lo levantó y lo hizo descender con todas sus fuerzas sobre la parte posterior de la cabeza del capitán.

Al verlo postrado en el suelo, inconsciente, Patricia se puso a temblar. Entrar al abordaje y dejar inconsciente a un cocinero recalcitrante en lucha abierta era una cosa, pero golpear a un hombre con un arma contundente a sangre fría era muy distinto.

Temió haberle roto la cabeza, matándolo, pero una rápida ojeada le demostró que aún seguía respirando, aunque, al calcular por la fuerza que había puesto en el golpe, aquel hombre no se enteraría de nada en mucho rato.

«Ten coraje, Patricia —se dijo la joven, levantándose—. No se trata aquí de un té en la rectoría… No puedes ser sentimental. A ti te tratarían peor si te cogiesen, de modo que… ¡duro y a la cabeza!».

Ahora le tocaba el turno a Bittle.

Cerró el camarote de Maggs y escondió la llave detrás de una cornamusa, donde podía encontrarla más tarde si la necesitaba. Luego se dirigió a la otra puerta, giró el tirador y la abrió violentamente.

El camarote estaba, a oscuras. Buscó la llave, y el cuarto se inundó de luz, tan brillante que casi la cegó. De todos modos, pudo ver que no había nadie dentro. Sobre la litera había una maleta abierta, y ropa al lado. Un débil olor a humo de tabaco reveló que el ocupante había estado allí recientemente. Sus ojos descubrieron pronto el cenicero en el que aún humeaba un cigarro acabado de encender.

¿Es que Bittle sería capaz de salir dejando allí el puro apenas encendido?

Una sensación de inminente peligro le produjo una comezón en la espina dorsal, como si sintiera el helado contacto de mil púas de acero…

¿O significaba que Bittle volvería al instante? En tal caso, sería una estupidez advertirle de su presencia con la luz del cuarto. Volvió a apagarla, y la oscuridad reinó de nuevo en el recinto.

Asustada, se volvió, y le vio muy cerca. Pero Bittle fue demasiado rápido. Antes de que ella pudiera moverse, ya le había arrancado de las manos los dos revólveres.

18. El Santo reaparece

Bittle empujó a la muchacha sin contemplaciones dentro del camarote y cerró la puerta.

—Ahora permítame que la contemple.

Estaba en mangas de camisa, y el hecho de haberse soltado la corbata y el cuello para estar cómodo aumentó el efecto rufianesco de su aspecto. John Bittle era uno de esos hombres sólo soportables vestidos de etiqueta. Y ahora su abultado rostro no tenía trazas de cordialidad alguna.

Su mirada la desnudó de pies a cabeza, y la muchacha se puso roja.

Bittle guardó los revólveres en los bolsillos del pantalón y se apoyó contra la puerta, cruzando los brazos.

—Muy bien, muy bien —dijo—. ¡De manera que así es la inmaculada señorita Holm! Perdóneme la sorpresa, pero, francamente, nadie podía imaginarse que una muchacha aristocrática se portase de este modo.

—Como tampoco nadie puede imaginarse a sir John Bittle en tal lugar y situación —replicó ella.

Bittle movió la cabeza.

—Hay un sir John Bittle, en efecto, pero no soy yo. Me apropié de su aristocracia para confundir a las almas sencillas de Baycombe. Mas, como ahora usted y yo nos hemos despedido de tan simpático pueblo, no me importa volver a ser John Bittle a secas.

—Encantada de oír que vuelve usted a su ordinariez —dijo Patricia glacialmente.

No iba a permitir que aquel hombre pensase que le tenía miedo, a pesar de que, realmente, por primera vez en su vida, estaba acobardada. Bittle era dueño de la situación y lo sabía; su única esperanza era fingir que sabía más que él.

—Confío en que usted se acostumbrará a ello —replicó el

canalla con suavidad—, porque, de otro modo, su vida de casada no sería feliz, ¿me comprende? Mantengo mi ofrecimiento, que me parece muy generoso, porque en realidad no tiene usted elección en el asunto. En menos de una hora estaremos navegando, y este barco está bajo mi mando. Sólo puedo decirle que le estoy muy reconocido por haber venido en el preciso momento en que creí tener que renunciar a usted.

—Mucho presumir es eso. —Patricia continuaba glacial.

La estereotipada sonrisa del rostro de Bittle no cambió.

—Como hombre de negocios, no tengo tiempo de andarme por las ramas. Usted se casará conmigo hoy mismo, y se acabó. Maggs, como capitán, tiene poderes para casarnos legalmente. Además, usted tendría que estar agradecida. Si no estuviese yo aquí…, bueno. Maggs es vengativo, y me parece que no le perdonaría la manera como lo ha tratado usted. Yo podré protegerla contra él y, a cambio, espero que será usted para mí una buena esposa.

Patricia hizo un gesto de desprecio.

—Antes prefiero morir.

—No se morirá usted —replicó Bittle suavemente, y el tono de su voz implicaba tal seguridad, que Patricia sintió un escalofrío.

Sobre la litera había una especie de guardapolvo, y la joven lo recogió. Se lo puso, procurando al mismo tiempo dar la impresión de una insultante indiferencia hacia Bittle. Éste continuó con voz pastosa:

—Salía yo de mi camarote cuando usted obligó a Maggs a entrar en el otro. Adiviné que luego vendría aquí, y me pareció que, si la dejaba hacerlo, mi situación sería un tanto ridícula. Un hombre no debe dar jamás ocasión a la que elige por esposa para que le desprecie.

—Pues cuando haya hecho su elección —opinó Patricia—, lo mejor que puede hacer es irse a vivir a los antípodas… Seria para ella una enorme ventaja no verle más la cara.

El hombre la miró de reojo.

—Es usted una fierecilla, pero sabré domarla.

—¡Embustero! Usted hará lo que el Tigre le mande y nada más. A propósito del Tigre: me gustaría conocerle. ¿Me lo presentará?

Bittle se echó a reír y se irguió.

—Yo soy el Tigre.

La joven le miró de arriba abajo con desprecio soberano.

—Lo creeré… cuando los tigres tengan aspecto de ratas.

—Ya lo verá —contestó Bittle, y miró al reloj—. Tengo que dejarla ahora. El cargamento está casi a bordo y nos vamos a hacer a la mar en seguida. Espero que no habrá usted maltratado demasiado a Maggs.

—Poco, querrá decir. ¡Lástima que le haya dejado vivo!

Bittle se encogió de hombros.

—El piloto puede navegar lo mismo, aunque carezca de patente. Maggs se repondrá pronto. *Au revoir*, Patricia.

La joven se quedó sola. Percibió el ruido de la cerradura al girar la llave desde fuera y los pasos de Bittle al alejarse.

No sabía qué hora era, porque se había dejado el reloj en el torreón. Pasó algún tiempo buscando un arma por el camarote, pero sin esperanza de hallarla. Luego dirigió su atención a la porta, pero la abertura era demasiado pequeña para que ella pudiera pasar. No podía hacer nada… Se hallaba en una trampa.

En vista del resultado negativo de sus investigaciones, se sentó sobre la litera y examinó la situación con sangre fría.

No había oído alboroto alguno, de manera que podía suponer que Horacio seguía aún libre. A aquella hora ya la estaría buscando y, si tenía suerte, acaso lograría comunicar con él. Se quedó rígida, para eliminar todo ruido dentro del camarote, y escuchó atentamente, por si podía percibir pasos furtivos fuera, que sólo podían ser del criado. No se atrevió a correr el riesgo de llamarlo, porque sería fatal para los dos que el enemigo supiese que ella no había subido sola al barco.

Si Horacio la encontrase, ¿qué haría? No podría liberarla; sólo podría darle un revólver por la porta, en cuyo caso estaría en condiciones de acabar con Bittle a su regreso. Todo dependería de Horacio y de Algy, y, aun en el mejor de los casos, las probabilidades de ganar eran pocas… Empezó a soñar con locas estratagemas para salir victoriosa, y tuvo que hacer un gran esfuerzo para volver a la realidad, porque sabía que soñar en imposibles era preludio de la desesperación. Y tras un severo e imparcial examen de la situación, tuvo que admitir que las probabilidades de vencer al Tigre eran muy pocas…

Luego se sintió invadida de una gran sensación de irrealidad…,

una sensación de que todo aquello era demasiado fantástico para ser verdad. Lo que era también un falso consuelo, como comprendió en seguida, y de nuevo se obligó a pensar con serenidad. Vio que también era ir a la derrota completa dejarse vencer por una especie de aletargamiento y esperar que el despertar pondría fin a la horrenda situación. No…, aquello no era una pesadilla corriente. Ella se había metido en la aventura con clara conciencia, y ahora llevaba las de perder. Pero era preciso mantener la esperanza, negándose a darse por vencida; era necesario seguir pensando cómo podría salir del atolladero.

El tiempo pasaba. Ella no hubiese podido decir cuánto hacía que estaba allí, esperando la llegada de Horacio o el regreso del Bittle, mientras seguía pensando. Horacio no apareció. ¿Le habrían cogido también? Pero desde la captura de ella no había oído nada que indujese a creerlo. Podía dar, pues, por seguro que aún estaba en libertad y que seguramente la buscaría. Era un consuelo. Puede que Algy se hubiese repuesto y acaso él y Horacio trabajasen de acuerdo…

Buscando la salvación por este lado, pasó el tiempo hasta que creyó que habían transcurrido horas desde que Bittle la dejó.

De pronto empezó a advertir cierta vibración, más sentida que oída. Al principio no supo explicarse el origen, pero luego comprendió que se trataba de las vibraciones del motor del buque.

El cargamento estaba, por lo tanto, a bordo y el Tigre se preparaba a salir. Patricia se levantó, miró por la porta y vio a dos hombres junto a la maquinilla. Alguien desde abajo dio una orden y aquélla empezó a girar. Escuchó el ruido de la cadena del áncora. Luego oyó que algunos hombres cruzaban la cubierta superior. Los pasos se dirigieron a la escalera que conducía al puente; luego los oyó en éste, encima del camarote. Había dos hombres, y uno de ellos era Bittle. Éste hizo una pregunta a grandes gritos, y desde abajo le contestaron afirmativamente.

—¡En marcha! —ordenó Bittle después, y Patricia oyó el sonido del telégrafo de la sala de máquinas.

Las vibraciones aumentaron y el barco se puso en movimiento. Los contornos de la costa desfilaban por el campo de visión de la joven. Al mismo tiempo percibió el ruido del agua… Otra llamada desde el puente, y el buque empezó a girar, poniendo proa hacia el

mar…

Estaban en camino… El Tigre se había llevado el botín, tal como había proyectado.

La joven se dejó caer sobre la litera y se cubrió el rostro con las manos. En aquel instante gustó las amarguras de la derrota.

Bittle bajó al puente y se dirigió a la puerta del otro camarote, dando fuertes golpes y llamando al mismo tiempo al capitán. Al no obtener respuesta, cruzó la cubierta en dirección a su camarote. Patricia se dio cuenta de su llegada cuando metió la llave en la cerradura.

Cuando entró, ella había tenido tiempo de serenarse, y Bittle se encontró con la misma mirada despreciativa de antes, lo que le hizo sentir cierta admiración por la muchacha.

—¿Sigue tan serena? —preguntó.

—Lo mismo…, gracias.

—Tiene usted valor, pero temo que de nada le servirá. Usted sabe que Templar está muerto, ¿verdad?

—Sí…, el señor Templar está muerto. Pero el juego continúa —repuso Patricia mirándole fijamente—. Hasta yo puedo morir. Quedan otros. Jamás podrá usted decir que se halla seguro mientras exista la ley y personas honradas que luchan por defenderla. Por ahora gana usted, pero al fin perderá. El señor Templar, al fin y al cabo, no era sino un peón en este juego, lo mismo que yo. Pero quedan muchos que ocuparán nuestro sitio…, hombres que jamás descansarán hasta que usted vaya a la horca. ¡Piénselo bien, Bittle! Pasarán años y usted recorrerá miles de millas; acaso cambie su nombre y se establezca en el otro confín de la Tierra; se convertirá en hombre importante y respetado con todo ese dinero, y creerá que el pasado está olvidado. Pero en lo más hondo de su corazón siempre residirá el miedo. Si eso es la victoria, Bittle, ha ganado…, pero yo no me cambiaría por usted.

Bittle no se mostró impresionado.

—¿Pero de veras cree que me asusto tan fácilmente? Si quiere, puede venir conmigo a la cubierta para ver cómo desaparece Inglaterra. No la volverá usted a ver nunca más… En Baycombe nadie sabe nuestro paradero… Sólo un hombre peligroso quedó allí, y ahora ya está muerto. Me refiero al criado de Templar. ¿Quién le ayudará?

—¿Cuándo mató usted a Horacio? —preguntó Patricia—. Porque cuando le dejé estaba vivo aún.

La joven se preguntó si al fin habrían cogido al criado, pero no pensaba revelar nada antes de saber con certeza lo ocurrido. La respuesta de Bittle la reconfortó:

—A las dos asaltarán el torreón y Horacio morirá… Así quedó convenido.

—Entonces, ¿puede darme un cigarrillo?

Bittle le ofreció la pitillera y observó cómo sacudía el cigarrillo sobre la uña del pulgar. Su mano no temblaba.

—Y un fósforo, ¿quiere?

Bittle le ofreció lumbre, y ella se recostó, echando una gran bocanada de humo contra el techo.

—¿También ha hecho lo necesario para matar a Carn? —preguntó.

—¿A Carn?… ¿A ese tonto? ¿Por qué?

—Porque ese tonto, como usted le llama, es el inspector de policía Carn, de Scotland Yard. Esta tarde se marchó a Ilfracombe para buscar ayuda. Seguramente no llegó a tiempo, pero eso no quiere decir otra cosa que, al amanecer, los torpederos ingleses se harán a la mar en busca de usted. Me apuesto a que es una pequeña sorpresa para usted, ¿no?

Hablaba en tono plácido, tranquilo, y, en la seguridad de que no se trataba de una fanfarronada, fue un golpe terrible para Bittle. Se inclinó y le clavó los ojos, pero ella sostuvo la mirada sin pestañear.

—¿Quiere usted decir que Carn es inspector de policía? —dijo sin darse por vencido aún.

—Sí, señor. ¿Y usted me quiere hacer creer que el Tigre…, ese viejo tonto…, ha tenido a Carn viviendo durante meses a su lado sin sospechar nunca de él?… La verdad, son todos ustedes muy estúpidos.

El hombre se puso rojo de ira y ella creyó que iba a pegarle. Sus ojos llameaban. Luego se dominó y se echó atrás.

—Gracias… por haberme avisado. Les estaré esperando… Pero usted no se reirá. Mientras la tenga aquí como rehén, no se atreverán a tocarme. Usted nos salvará a todos, hermosa.

—Pero, hombre de Dios… —replicó Patricia, desdeñosa y despreciativa—. Yo no levantaría el meñique para salvarle a usted

aunque se asara en el infierno.

—Cambiará de parecer, porque la obligaré —exclamó Bittle, furioso.

Luego abrió la puerta.

—¡Bloem!

Esperó, rabiando, y luego gritó de nuevo:

—¡Bloem!… ¡Bloem!… ¡Maldito holandés!… ¡Eh, tú!… —dirigiéndose a un marinero que acudió a los gritos—: Ve a buscar al señor Bloem y dile que venga en seguida aquí. ¡Corre!

Volvió a cerrar la puerta de golpe y se encaró con Patricia.

—Va usted a sentir no haber aceptado mi ofrecimiento aquella noche —dijo con voz maligna.

—La humillación que usted va a sufrir será siempre uno de los mejores recuerdos de mi vida.

—No lo verán sus ojos.

Se apoyó contra la puerta con los brazos cruzados y mirándola con ojos malévolos, pero Patricia, tras una mirada de supremo desprecio, continuó fumando sin hacerle caso.

La espera fue larga, y Bittle se sentía cada vez más furioso e impaciente.

Por fin oyeron pasos y una llamada en la puerta. Bittle abrió y dio un grito de rabia.

—¿Qué diablos…?

—Lo siento, señor, pero no encuentro al señor Bloem.

—¿Que no lo encuentras? ¡Maldita pereza! Lo que pasa es que no has buscado… El barco no es tan grande… ¿Qué es eso de no poderlo encontrar?

—La pura verdad, señor. —He mirado por todas partes y dos compañeros me han ayudado. Parece que no está a bordo.

—El señor Bloem está a bordo —gritó Bittle—. Vete y vuelve a mirar… y no me vengas con excusas.

En aquel momento sobrevino una interrupción sorprendente que hizo palidecer a Bittle y que la muchacha saltara en pie, profundamente conmovida, porque desde la popa de la cubierta inferior sonó un grito alegre y que sólo podía venir de un hombre…, aquel que dijeron que había muerto aquella tarde:

—¡Ah del barco!… ¡Bittle!

Bittle se echó atrás, sobrecogido de momento por la

superstición. Patricia se precipitó a la puerta, pero él la envió de un empujón sobre la litera con la fuerza de un loco.

—Patricia —sonó de nuevo la voz—. ¿Estás bien?

—Sí, Simón… ¡Oh Santo!… ¿Eres tú?

—Él mismo, vivito y coleando.

Bittle sacó dos revólveres, gritando:

—Atacadle…, no os quedéis ahí pasmados… A buscar las armas… Cien libras al que mate a ese hombre.

La risa del Santo estalló con fuerza. Patricia se emocionó porque no creía poder volver a oírla.

—Pero, querido angelito, ¿no podría usted subir un poco el precio?

Entonces Patricia le vio. Estaba sobre la barandilla, en la popa, y a su lado había dos hombres. Al principio le pareció que el tercero era Algy, hasta que se dio cuenta de que era más gordo y que iba vestido; también vio que Horacio se servía de él como escudo. Oyó carreras en cubierta y luego subieron arriba cuatro individuos armados. Seguramente tenían otra llave para el camarote que ella dejó cerrado.

El Santo avanzó con Horacio y el otro.

—Dígales que tengan cuidado con la puntería, Bittle —avisó el Santo—. Este saco de arena detrás del cual nos estamos resguardando es nada menos que el mismísimo Bloem.

—¡Alto!

Bittle se había repuesto.

Asió a Patricia por el brazo y la sacó a la cubierta, iluminada por la Luna, a fin de que el Santo la viera bien. Además, la colocó delante para protegerse con su cuerpo.

—Cuidado con la puntería, Templar —gritó—. Y cuidado con lo que dice… ¡Porque si ustedes no se entregan en el término de tres minutos, voy a matar a esta mujer con mis propias manos!

19. El Tigre

Tres minutos más tarde, Simón Templar y Horacio entraban en el salón del barco rodeados de seis marineros con armas.

—Buenas noches, querido Bittle —dijo el Santo afablemente—. ¡Qué sorpresa verle a usted!, como dijo el pastor al encontrarse con uno de sus conspicuos feligreses en un cabaret. Siéntese y cuénteme qué novedades hay.

Bittle sonrió.

—Todos cometemos errores —dijo—; pero nunca pude imaginarme que usted olvidase un factor tan importante como la señorita Holm.

—Esperaba que usted se olvidase de ello —explicó el Santo—. Francamente, creí que su inteligencia no alcanzaría a tanto. Sin embargo, todos nos equivocamos, hasta los más jóvenes e inexpertos de nosotros…, y pocos errores son irreparables.

Bittle asintió con un lento movimiento de cabeza.

—Muy pocos, en efecto —convino—. Y cometí uno muy grande cuando contaba con la muerte de usted… Pero ya lo ve, el error queda rectificado. Aun así, Templar, es usted hombre muerto.

El Santo giró lentamente la vista en torno.

—Muy confortable —admitió—, pero, la verdad, creía que el cielo sería algo más lujoso. Además —mirando a los seis guardianes armados con revólveres y cuchillos—, ésos no tienen aspecto de ángeles ni usted tampoco. ¿No le parece que me he equivocado de camino y he llegado por error al infierno?

Sus mojados pantalones no tenían forma, y la blancura de su rota camisa estaba manchada de grasa, pero, no obstante, debido a su natural prestancia, su aspecto era elegante y de hombre de mundo que está a sus anchas. Y, a pesar de que obviamente la suerte le era adversa, conservaba su aire de indestructible confianza. Bittle, en cambio, no veía ninguna salida de la trampa en

que había hecho caer al Santo y no se dejó impresionar por sus arrogancias.

—¿Los habéis registrado? —preguntó a uno de los marineros.

Pero le contestó el mismo Santo:

—He entregado mi pistola.

—Guardándose el cuchillo. Ya conozco el ardid —dijo Bittle.

Él mismo le quitó el puñal llamado «Ana», y, después de registrarle bien, encontró el otro. El descubrimiento le agradó sobremanera.

—No pienso cometer más errores, Templar.

—¡Cuánto me alegro! —contestó éste arrastrando las palabras—. ¿Me hace el favor de devolverme la pitillera? «Ana» y «Bella» no les sirven a nadie más que a mí, pero la pitillera es de plata de ley…, la gané en un torneo de Bournemouth.

Bittle examinó el estuche y, no encontrando en él nada sospechoso, se lo devolvió al Santo. Éste la puso de nuevo en el bolsillo posterior del pantalón.

Templar giró de pronto sobre sus talones, y los marineros se echaron atrás y alzaron las manos. El Santo se echó a reír.

—¡Qué valientes son sus hombres! —observó—. Estoy completamente desarmado, y cada uno de ellos parece un arsenal ambulante… Sin embargo, fíjese.

Dio un paso hacia uno de los hombres de cara hosca, y éste se echó atrás. El Santo le tiró de la nariz y, volviéndose rápidamente, tropezó con otro marinero y lo hizo caer de forma estrepitosa. Bittle se levantó renegando y cogió su revólver. Pero el Santo dio algunos pasos atrás y levantó las manos riendo.

—Sólo se trataba de una demostración de lo que puede la superioridad moral —dijo con desdén.

—Pues vamos a evitar eso —graznó Bittle, furioso por haberse dejado alarmar por los engaños del Santo—. Tú —dirigiéndose a uno de los hombres—, vete a buscar cuerda… Veremos lo que hará cuando esté sólidamente atado.

—Todo lo que usted quiera —contestó el Santo—. A mi lado, Houdini es un chiquillo. Los nudos no significan nada para mí.

Trajeron la cuerda y ataron las manos del Santo sólidamente a la espalda. El hombre encargado del trabajo sabía lo que hacía y, además, era el individuo al que el Santo le había tirado de la nariz;

por lo tanto, no tenía motivos de consideración con el prisionero y apretó las cuerdas de modo desmesurado. El Santo seguía riendo a pesar de todo y dijo tan sólo:

—Cuidado, no vaya a romper la cuerda.

El hombre se arrodilló para ligarle también los tobillos, pero el Santo, sin inmutarse, puso un pie en el rostro de aquél y le hizo caer.

—Si no hay inconveniente —dijo—, me sentaré primero.

Cruzó con indiferencia el salón y se colocó en uno de los sillones giratorios. Luego permitió que el hombre le sujetara los pies, lo que hizo con la misma brutalidad de antes. Terminada la operación, el marinero se puso de pie y le dio al Santo un golpe en pleno rostro y luego le escupió. El Santo siguió inconmovible.

—Te felicito —dijo en voz baja—. Eres el primer hombre que ha hecho eso, y me complace pensar que antes de la mañana serás el decimotercero a quien habré matado.

—Basta ya —exclamó Bittle al ver que el marinero alzaba de nuevo la mano—. Ata al criado.

Horacio apretó los puños y miró con furia en derredor.

—Vengan si se atreven —exclamó retándolos.

Horacio era valiente, pero estaba rodeado de marineros y sólo pudo derribar a dos, porque los demás se le echaron encima. Tras un breve forcejeo quedó sólidamente sujeto. Le ataron aún más fuerte que al Santo, porque aquellos brutos comprendían mejor su manera de defenderse que la de aquél. Luego uno salió para buscar a Patricia. Templar reunió toda su sangre fría para que Patricia no se desanimara al verle.

La joven entró en el salón con la cabeza erguida, pero la emoción de ver a su amado reducido a la impotencia, con hilos de sangre que le salían por la boca, fue demasiado para ella.

—¡Simón! —sollozó, y hubiera corrido hacia él si dos marineros no lo hubiesen impedido, obligándola a ponerse junto a la pared.

—No te preocupes, Pat —encareció el Santo—. No permitas que estos cerdos te vean desanimada… No estoy herido. Me dieron un golpe en el rostro, pero eso no será nada comparado con la cara que tendrá ese mamarracho cuando haya acabado con él… Pat, fíjate ahora en ese otro sujeto desagradable…, el mismo Bittle en persona, y vas a oír su discurso acerca de su triunfo… Se lo estoy viendo en

la calabaza arrugada que él llama cara.

Bittle asintió sin dejarse impresionar por el insulto.

—Ha de confesar a usted —dijo— que tengo motivos para estar satisfecho de cómo termina nuestra antigua rivalidad.

—¡Cómo termina! No termina nada aún —exclamó el Santo con supremo desdén—. ¡Aún no he empezado!

—En tal caso, Templar, parece que se ha perdido usted la única oportunidad que tenía… De todos modos, ha dicho usted bien; voy a esbozar ahora el programa que me propongo realizar por lo que respecta a su persona.

—Carreras para nuestros chicos —citó el Santo con irreverencia.

Bittle cruzó las manos sobre el vientre.

—Antes de llegar a tan interesante exposición —continuó—, creo que hay dos miembros de la compañía que querrán estar presentes. —Volviéndose a uno de los marineros—: Lambert, ve y pregunta al señor Bloem y al señor Maggs si se encuentran bien para reunirse con nosotros.

El hombre salió del salón, y durante un minuto reinó silencio.

—Mientras esperamos —dijo Bittle—, podría usted contamos cómo logró escapar.

El Santo sonrió.

—Nada más fácil. Siendo niño, un famoso adivino me profetizó que crecería muy poco, y me apliqué al estudio de la ciencia de la levitación, con la esperanza de conjurar el destino que me había sido profetizado. Tanto éxito obtuve, que, debido a muchos años de práctica, concentración, ayuno y oraciones, ahora puedo saltar a alturas increíbles. Por lo tanto, cuando caí en aquella trampilla, salté con la misma facilidad afuera. Eso es todo, excepto que una tía mía tuvo una vez un segundo jardinero cuyo sobrino conocía a un hombre cuyo padre había estrechado la mano a una señora que recordaba haber encontrado a un dentista en Maida Vale, cuya prima en séptimo grado era la mujer divorciada de un bolsista de Manchester que comió una vez un cubo de caracoles de mar con un pescador en Wigan Pier a causa de una apuesta. En efecto —continuó Templar, animándose—, somos una familia muy distinguida. Otra tía mía tuvo la gota, y una suegra cuya cocinera se casó con un mecánico que…

—Ahórrese el resto —suplicó Bittle—; no me divierte.

—¡Pero me divierte a mí!…, como dijo la actriz en una ocasión muy célebre —exclamó el Santo, y hubiera continuado en la misma forma si Bloem y Maggs no hubiesen entrado en aquel momento.

Ambos tenían aspecto de maltrechos, y se veía claramente que sólo con abundancia de agua fresca habían vuelto en sí. Además, la frente de Bloem estaba desfigurada con un chichón de regular tamaño que iba tomando poco a poco los vivos colores del arco iris. El modo como miró al Santo no era amistoso.

—Mis parabienes, señor Bloem —dijo Templar—. ¿Y quién es ese otro brazo de mar, señor presidente?

—Nuestro capitán, señor Maggs —contestó Bittle—. Usted no le conocía aún, pero nuestra querida amiga la señorita Holm le dejó inconsciente hace cosa de una o dos horas.

—Encantado —murmuró el Santo—. Parece que ha hecho bien las cosas, Maggie. ¿O es que siempre tenía esta cara?

—Me llamo Maggs.

—Pero yo le llamaré Maggie —insistió Templar—. Es más maternal y le va mejor. Pero no he querido ofenderle por lo de la cara. Tiene usted una fisonomía muy linda, como una vaca.

El capitán se levantó apartándose del Santo y dirigiéndose a la joven. El Santo sintió miedo y se le hincharon las venas al forcejear con sus ligaduras.

—Pudo usted haberme matado con ese golpe. Más tarde la obligaré a pedirme perdón…, y me gusta que me lo pidan con mucha zalamería, ¿estamos?

—¡Siéntese, Maggs! —ordenó Bittle.

—Como anticipo, me dará usted un beso. Venga.

—¡Siéntese, Maggs!

Bittle se había levantado y apuntaba al capitán con el arma. Maggs se dejó caer a regañadientes en un sillón y se quedó mirando a Patricia con furia.

Bloem dio la vuelta a la mesa y se sentó al lado de Maggs. Bittle se quedó de pie donde estaba, al final de la mesa, frente al Santo, que se hallaba al otro extremo.

Bittle calló durante un momento, y los marineros apostados en la pared se quedaron inmóviles. Una atmósfera densa de endiablada crueldad llenó la estancia, debida a las miradas de odio de todos aquellos hombres silenciosos. Bittle, perfecto histrión, estaba

aguardando el efecto teatral del ambiente cargado de tensión.

El Santo interrumpió el silencio, que iba haciéndose insostenible:

—En el momento de dirigirme al grupo, después de un año de buenos negocios, siento el deseo de decir… Continúe, Bittle; anuncie la cuenta de los dividendos y asegúrese de que todos los botones de sus tirantes estén firmes antes de inclinarse para recibir los aplausos.

Las palabras irónicas y la suave voz del Santo desvirtuaron el efecto perseguido por Bittle.

Templar miró a la muchacha, y ella le contestó con una sonrisa.

—No me impresiona la puesta en escena —dijo con voz firme—. Sé que es muy aficionado al melodrama.

—El melodrama —repuso Bittle— es una cosa que aborrezco. Sin embargo, en una situación como ésta, es muy difícil moverse dentro de los límites de la trivialidad. Procuraré ser lo más breve posible. —Clavó sus malignos ojos en el Santo—. Ese hombre, Simón Templar, que veis ahí, ha tenido el capricho de meterse donde nadie le llamaba. Por un puro milagro, hasta ahora ha logrado salvarse de las diferentes medidas que tomamos para quitarle de en medio. Pero ahora, en alta mar, no creo que pueda escapar. Nos ha causado muchos problemas. Mientras viva, nadie de nosotros estará seguro. Creo expresar la opinión de todos al decir que debe morir.

Todos los bandidos dieron su asentimiento. Bittle volvió a mirar al Santo.

—El veredicto es firme —dijo.

—No te pongas moños, guapo —dijo el Santo, burlón.

Bittle continuó:

—Vamos al caso de su criado Horacio. También contra él alguno de vosotros tendrá resentimiento. Sea como sea, es el hombre de confianza de Templar y debe morir.

—¡Cuánta estupidez! —observó el Santo.

—Finalmente —continuó Bittle—, queda la muchacha. Tengo la intención de hacerla mi mujer. Maggs nos casará tan pronto como la sentencia se haya cumplido. —Tomó un revólver de la mesa y lo sopesó—. Si hay alguno aquí que no esté conforme, incluso Maggs, puede hablar ahora.

Nadie se movió.

—¡Toma! —exclamó el Santo.

—¿Eso es todo lo que el famoso Templar sabe decir? —se burló Bittle—. Estoy decepcionado… Tanto ha hablado usted de lo que iba a hacer con nosotros, que estaba esperando algo interesante.

El Santo bostezó.

—Antes de que muera —dijo—, puedo contarles mi famoso chiste sobre un hombre llamado Carn. Érase una vez un médico llamado Carn, que al final resultó ser un inspector de policía…

—Patricia —le interrumpió Bittle, acentuando el nombre con singular intención— ya me lo ha contado. Si es algún consuelo para usted, le diré que esa circunstancia no hará sino que yo tenga más cuidado de ella. El mismo ultimátum por el cual está usted en mi poder creo que descorazonará a Carn. Será seguramente un dilema desagradable para él, pero creo que sus sentimientos humanitarios serán más fuertes que su sentido del deber.

—Pero yo estoy seguro —dijo el Santo lentamente— de que dará la orden de hacer fuego y que volará el barco con todo lo que hay a bordo.

Bittle se encogió de hombros e hizo señas a uno de los hombres al que Horacio había derribado.

—Empezaremos por el criado —dijo.

—Canallas —exclamó Horacio—. Si sois valientes todos, desatadme y subamos los seis y os enseñaré lo que hacen los hombres que son hombres y no monigotes como vosotros.

El hombre que alzó el revólver sobre Horacio empezó a sudar copiosamente.

—No se preocupe por mí, señor —continuó Horacio—. No crea que me importa un comino… ¡Dispara ya, maldito! ¿De qué tienes miedo? ¿De que le muerda? Acaba ya y vete al infierno.

—¡Alto!

La suavidad de la voz del Santo no ocultó el tono acerado de la orden.

El hombre bajó el arma. Bittle se volvió hacia el Santo, preguntando con ironía:

—¿Qué? ¿Por fin tiene algo que decir antes de que se cumpla la sentencia? ¿Le gustaría arrodillarse para suplicarme que no le mate? Sus súplicas no me conmoverán, pero el espectáculo de ver al señor Templar retorcerse a mis pies será muy divertido para mí.

—No me sucederá en este viaje precisamente —replicó Templar.

Había logrado, no sin grandes esfuerzos, sacar la pitillera del bolsillo del pantalón y había cortado ya, las cuerdas que le sujetaban las manos. Después se había encogido más en el sillón para subir bien las piernas y en aquellos momentos estaba cortando pacientemente las cuerdas de abajo.

—El caso es —dijo el Santo, siempre con voz lenta— que, como decía usted muy bien, todos estamos expuestos a cometer errores. Ustedes han cometido tres muy grandes. Quiero que sepa usted, serafín mío, que si odia el melodrama, en cambio, yo le tengo una gran afición. Creo que puedo decir que he arreglado esta pequeña escena sólo para mi propia diversión. Me pareció que la aventura había de terminar de manera digna y dramática, y, si todo va como pienso, tendrá usted que sufrir la angustia de ver bastante melodrama concentrado como para llenar un libro. Las cosas, de ahora en adelante, tendrán suficiente emoción para que el público se quede sin aliento. ¿Qué le parece, mi bien amado Bittle?

—Se lo diré cuando haya terminado —dijo Bittle con brusquedad.

El Santo continuó, sin inmutarse:

—Ahora habla el accionista principal de la empresa, de modo que no me interrumpa. Siéntese y escuche, que ya ha tenido ocasión de hablar… Bien, aquí estamos todos como en una familia feliz, exactamente como yo quería tenerles reunidos. No niego que haya corrido cierto riesgo, pero ha sido preciso para disponer la escena de un modo conveniente e interesar al público en la función. Además, era necesario que pasase algún tiempo antes de que llegara el momento oportuno para el gran golpe. Ahora, si están ustedes listos, soltaré el primer golpe. —El Santo se detuvo sonriendo a Bittle y Bloem—. ¿Dónde está Harry Le Duc?

Si hubiese hecho estallar un cartucho de dinamita bajo sus pies no hubiera podido producir mayor sensación. Los hombres se miraban los rostros, llenos de sospechas, furor y miedo. Hubo un silencio intenso, durante el cual el Santo se recostó mejor, sonriendo beatíficamente y rompiendo al mismo tiempo los últimos cabos de la cuerda que ligaba sus pies.

De pronto estalló la tormenta. Bittle se echó sobre Bloem y lo zarandeó sujetándolo por los hombros.

—¿Qué ha pasado con Harry? —preguntó furioso.

Bloem se puso en pie de un salto y apartó las manos de Bittle.

—Haga el favor de no tocarme. —Bloem estaba nervioso y hablaba incoherentemente—. No es mía la culpa… Usted nada me preguntó… Estaba demasiado entretenido hablando siempre…, no he tenido tiempo de decírselo. —Se volvió hacia el Santo—. Ese demonio de hombre me sorprendió…, estaba llevándole comida a Harry…, la puerta estaba abierta… y me tiró al suelo. Ya sabía yo que encontraría a Harry.

Bittle se echó sobre su socio hecho una furia, el rostro contorcido, y Bloem se tambaleó al recibir un fuerte golpe. Bittle cogió rápidamente un revólver en cada mano, y el otro se echó atrás al ver la llama de ira en sus ojos. Bittle hubiese matado al otro en aquel instante ante la menor provocación, y Bloem no lo ignoraba.

—Registrad el barco —ordenó Bittle gritando—. ¡Todos!… Salid y registrad el barco.

—¿Para qué molestarse? —preguntó el Santo con gran amabilidad—. Si quieren encontrar a Harry Le Duc tendrán que volver a Baycombe.

—¿Qué quiere decir? —preguntó Bittle en tono amenazador.

—Quiero decir que, cuando acaricié el cráneo del viejo Bloem, entré en el camarote y encontré allí a Harry Le Duc, alias Ágata Girton. Tuvimos una larga conversación. Me dijo que Ágata había muerto hace muchos años en Hyères y que él ocupó su puesto. El Tigre lo descubrió, cometiendo luego otro error de marca. Cualquier hombre en sus cabales se hubiese dado por satisfecho con un millón de dólares, pero no, el Tigre fue tan codicioso que, por el procedimiento del chantaje, le quitó a Harry el dinero de la señorita Holm, y eso enfureció a Harry, quien, hombre muy peligroso cuando está resentido, trató de matar al Tigre. Éste comprendió tarde la tontería que había cometido y decidió llevarse a Harry a bordo de este barco para echarlo luego al mar con algunas barras de hierro atadas a los pies, lo que constituye un medio muy eficaz de matar a un hombre y tiene la ventaja de que no deja huellas. Harry me contó cosas muy interesantes acerca del Tigre y de sus cachorros. Luego le conté algo que él no sabía, y después nos estrechamos la mano…, porque, al fin y al cabo, algo bueno tiene.

Cuando menos, trató de proteger a la señorita Holm contra los insanos deseos de usted. Bien, pues como iba diciendo: nos despedimos y le ayudé a bajar del barco para que volviese a nado a Baycombe, a condición de que escribiese una carta anónima a Carn en la que le informara de todas las cosas sobre Tigres y cachorros de Tigre de que habíamos hablado. Por lo tanto, ¡oh gran Bittle!, le aseguro que la policía subirá a bordo con el piloto cuando se acerque a El Cabo, y la Policía Montada estará rodeando su mina en caso de que trate de llegar allí por otro camino. ¿Verdad que es agradable?

—Al menos, usted no reirá más —dijo Bittle apuntándole con el revólver.

—Un momento —exclamó el Santo con voz que parecía el estallido de un latigazo, y Bittle vaciló—. Ya que me siento tan comunicativo, más vale que escuche el resto. Puede que le sirva de algo, aunque lo dudo. Permítame que le hable del segundo error. Va usted a oír lo que es bueno. En realidad, es cosa de Horacio, pero a él no le importará que lo cuente yo. Horacio bajó al cuarto de máquinas y puso a dormir al maquinista, colocándose después su traje. Usted habló con él sin advertirlo… ¿Qué le parece? Luego llegué yo, y también creí que Horacio era el maquinista y por poco lo mato antes de advertir mi error. Horacio y yo sabemos lo suficiente acerca de motores para poder obedecer al telégrafo de la sala de máquinas; fuimos, pues, nosotros los que hicimos salir al barco. Luego obligué a Horacio a dejar el mono de mecánico para que no sospechase usted nada; pero el maquinista sigue encerrado, y me parece que a estas horas ya debe de estar molesto en la posición que le dejamos. Pero no es esto todo…, falta lo mejor.

Bittle había bajado el revólver, porque adivinaba que el Santo tenía aún un triunfo en la mano. Aunque Templar era un príncipe de las baladronadas, Bittle no podía creer que mintiese con tanto descaro para prolongar su vida. El Santo sonreía todo el tiempo, y lo hacía de tal modo, que casi invitaba a los demás a dudar de sus palabras, pero de vez en cuando les regalaba un precioso anillo de hechos comprobables para destruir sus ilusiones y obligarlos a creerle. Y entre tanto, Bittle se daba cuenta de que el Santo, a su manera, estaba preparando la explosión de una bomba más devastadora aún que las anteriores. No adivinaba qué pudiera ser,

pero iba convenciéndose de que le estallaría muy cerca. Y por eso aguardaba a que el Santo dijese todo lo que tenía que decir, porque esperaba poder reducir el peligro sabiendo lo que ocurría.

Templar estaba mirando por la borda al oscuro horizonte, y algo que vio allí debió de agradarle. Su sonrisa estaba a punto de convertirse en franca risa, como si recordara un chiste, y al continuar se advertía en su voz cierta agitación.

—Horacio y yo —siguió diciendo— tenemos cerebro. Horacio, por haber sido sargento de Infantería de Marina, pudo proveer también la materia prima para que nuestra inteligencia pudiese hacer lo más conveniente. Antes de subir para reunirnos aquí en familia destruimos totalmente la bomba de agua de pantoque y abrimos uno de los escotillones de la quilla. Mis conocimientos náuticos son escasos y no sé cómo la llamaría un marinero, pero Maggie les aclarará lo que quiero decir. Sea como sea, el agua entró con bastante rapidez, y nosotros nos marchamos sin esperar el resultado. Sin embargo, creo que hemos perdido bastante velocidad y, si mis ojos no me engañan, tenemos lo que en lenguaje técnico se llama una escora a estribor; de modo que supongo que el barquito se está hundiendo de veras… Decidme si me equivoco.

Maggs se puso en pie de un salto y los demás miraron alocados en torno. El Santo había dicho la verdad. El bandeo había sido muy lento al principio, de modo que nadie se percató, absortos todos en el otro asunto; pero ahora que el Santo les había advertido, el hecho era innegable.

Todos se dirigieron a la puerta.

Bittle dio un salto, furioso como un loco, y detuvo a los desertores amenazándoles con el revólver. Luego abrió la puerta y se asomo.

El barco había perdido, en efecto, velocidad y se inclinaba mucho a estribor.

Bloem se dirigió como ebrio a la puerta.

—El oro —balbuceaba—, el oro… Bittle, haga que pongan el oro en las lanchas.

—¡Atrás… estúpido!

Bittle le dio un empujón para apartarlo, pues era el más sereno de todos. Aparentemente, se había calmado, pero sus ojos delataban su intenso furor. Apuntó con ambos revólveres al Santo.

—Al final me ha derrotado usted, Templar —exclamó—. Pero no será usted quien goce de la victoria. —Como un poseso, apartó a un hombre que se había interpuesto en la trayectoria de sus armas—. ¡Ríase ahora, Templar, que le queda un segundo de vida!

El Santo rió entre dientes, echando la cabeza atrás alegremente, porque acababa de ver el golpe final. No tenía necesidad de hacer nada por su parte, como se había propuesto.

—*¡Arriba las manos, Bittle!*

La voz sonó en el salón como una ametralladora.

Bittle se volvió y vio al hombre que acababa de aparecer en la puerta, y los revólveres se le cayeron de sus temblorosas manos.

Se fue hacia atrás, al último rincón del salón, intensamente pálido y horrorizado.

Algy entró decidido, llevando en ambas manos una pistola de gran calibre; los hombres se apartaron medrosos. Algy los miró con expresión dura e inexorable.

—Creo que todos me conocéis —dijo el señor de Lomas-Coper con la misma voz metálica.

Después miró a la muchacha y vio que le contemplaba asombrada.

—*El Tigre soy yo* —explicó Algy.

20. La risa final

—Las cosas han ido muy mal —dijo el Tigre—. Como ha dicho Bittle, señor Templar, usted nos ha vencido. Tal vez estaba escrito. No tema que yo le mate, como hubiera hecho ése… De nada serviría… Aún hubiera podido ganar si los hombres en que confié no me hubiesen traicionado. Ahora el barco se hunde y todo mi trabajo con él. No puedo luchar más. El destino ha estado contra mí desde el principio, y estoy muy cansado.

Se pasó el dorso de la mano por los ojos. La máscara de hombre fatuo y simple que era característica en Algy Lomas-Coper había caído. Había algo en él que daba al Santo cierta sensación de tragedia al ver la súbita transformación del bullicioso Algy en aquella figura grave y cansada del Tigre afrontando el fin.

Los llameantes ojos del Tigre pasaron sobre Bittle, Bloem y Maggs como hierro candente. De nuevo la voz del Tigre sonó metálica, y los tres hombres retrocedieron ante sus latigazos.

—… Traidores, canallas, hez de la tierra… Contra vosotros sí siento rencor. Tranquilamente fui al muelle para reunirme con vosotros, y disparasteis sobre mí a mansalva. Sólo me hicisteis un rasguño, pero el golpe me dejó sin sentido, y, para rematarme, volvisteis a disparar sobre mí. Encontré luego la bala y también sentí el golpe en el pecho. Pero siempre llevo un chaleco a prueba de balas…, no podíais saberlo. Continué viviendo y vine aquí con esa mujer, nadando, para recuperar lo que era mío. Hubiera podido lograrlo, pero ya no soy tan fuerte como antes; entre la herida y el tiempo que tuve que nadar quedé agotado y tardé mucho en recuperarme. Así, sólo llegué para oír tus estúpidos discursos y los de Templar, en que decía que te había vencido.

El Tigre miró hacia el mar.

—El barco se hunde lentamente —dijo—. Habrá tiempo de sobra para que todos se salven en las lanchas. Me refiero a vosotros —

mirando a los marineros—. Vosotros, cuando menos, no sois traidores; sólo habéis obedecido a esos canallas y no teníais por qué dudar de sus órdenes. No os tengo rencor. Sólo sois instrumentos. Podéis iros. No os olvidéis de poner en libertad al maquinista.

Los hombres se miraban incrédulos y luego miraron al Tigre, como si no se fiaran de sus oídos. El Tigre se apartó de la puerta y, con un gesto de desprecio, les hizo seña de que saliesen. Uno tras otro salieron cabizbajos, y al llegar a la cubierta corrieron hacia la escalera que conducía a las lanchas, echando de vez en cuando una mirada atrás como si temiesen que el Tigre se arrepintiera. Al fin, todos se habían ido.

El Santo se levantó y se desperezó, cayendo como por ensalmo las cuerdas de las muñecas y de los tobillos. Aún tuvo tiempo de gozar la sensación que causó a todos los presentes su incomprensible liberación.

—Excelente final —observó.

Después miró al Tigre y sonrió.

—Le felicito, Algy… Me ha tenido usted dudando todo el tiempo… ¿Puedo desatar ahora a Horacio?

—Ciertamente.

Templar se dirigió a Bittle y le quitó sus dos cuchillos. Después cortó las ligaduras de Horacio con rápidos golpes. El criado se levantó e hizo un poco de ejercicio para que circulase mejor la sangre.

El Santo volvió a colocar a «Ana» y a «Bella» en sus respectivas vainas y se fue al lado de Patricia, abrazándola y acariciándola. Ella, pasada ya la tensión nerviosa, se echó en sus brazos como una niña, temblando, y el Santo la calmó con palabras cariñosas.

—Ahora, señor Templar —dijo el Tigre—, puede usted irse con sus amigos para salvarse en alguna de las lanchas. Yo me quedo aquí para arreglar las cuentas con *mis* amigos.

Templar dio instrucciones a Horacio para que saliese con Patricia.

—Dentro de un instante saldré también.

Patricia, apoyada en el brazo del criado, se encaminó a la puerta, pero el Tigre les detuvo y cogió la mano de la joven.

—Usted, Patricia, no me perdonará nunca —dijo—, y estoy contento de que me hayan quitado el poder para hacerle daño. Soy

un hombre malo, tengo las manos manchadas de sangre, pero es usted la primera mujer que jamás me ha inducido a olvidarme de mi caballerosidad.

Le besó la mano, y Horacio salió con ella.

El Tigre miró al Santo.

—Es un capricho muy raro —dijo—, pero me gustaría estrechar su mano.

—Casi siento —contestó el Santo— que tome usted las cosas así…, pero por eso mismo le estrecharé la mano con mucho gusto.

El Santo tendió la mano sonriendo.

«¡Pam!».

La bala rozó el brazo de Templar y éste vio que la mirada de Algy se cristalizaba. Aún seguía estrechando la mano del Tigre. Al estallido del disparo siguió un gran silencio, durante el cual el Tigre, sin abrir la boca, se tambaleó y cayó al suelo, donde quedó boca arriba. Encima del corazón iba formándose una mancha oscura…

El Santo se inclinó sobre él, pero el Tigre estaba muerto.

Templar, estando así, miró al mismo tiempo de reojo hacia el rincón. Maggs y Bloem estaban todavía en el mismo sitio, pero Bittle había dado un paso y aún llevaba en la mano el humeante revólver que recogió del suelo cuando el Tigre se distrajo.

El Santo se irguió y, con el mismo movimiento, «Ana» fue de la vaina a la mano y cruzó la estancia como un rayo, clavándose en la muñeca de Bittle hasta asomar la punta por el lado opuesto, porque el Santo sabía tirar cuchillos con infalible puntería.

Bittle dejó caer la mano y al mismo tiempo el revólver; después se echó atrás tratando de arrancarse el cuchillo.

Al instante, el Santo estaba junto al cuerpo exánime del Tigre, apuntando al grupo del rincón con las dos pistolas del muerto.

—Traidor hasta el final, Bittle —dijo el Santo—. Pero por este tiro le ahorcarán de aquí a tres meses en Exeter. ¡Se lo juro!

En aquel momento se proyectó sobre el barco una luz cegadora. Por encima de los hombros del Santo, los tres bandidos observaron los potentes reflectores de algún barco de guerra.

—Debe de ser Carn —observó Templar sin dejar de prestar atención a sus prisioneros.

Entonces entraron Horacio y Patricia, atemorizados porque

habían oído el disparo.

—Sólo me ha causado un rasguño —les aseguró Simón—. Pero, en cambio, mató al Tigre.

Entregó las pistolas a Horacio y salió a cubierta. Los perseguidores aún estaban lejos, pero se acercaban velozmente, y el barco no hubiera podido escapar con aquellos potentes reflectores que convertían la noche en día.

—Éste es el final de la aventura —dijo el Santo rodeando a Patricia con el brazo—. Pero, afortunadamente, también es el principio.

Pocos minutos después recordó un importante detalle que le vino a la memoria al ver que el barco se inclinaba cada vez más a estribor, amenazando hacerle zozobrar.

El Santo se dirigió rápidamente hacia la popa, sorteando los peligros como pudo, y Patricia le vio desaparecer por una escalera. Agarrándose a la barandilla, esperó su regreso. Le resultaba cada vez más difícil mantenerse en pie. Templar tardó bastante tiempo en volver, y entonces los perseguidores ya estaban apenas a un cuarto de milla.

Templar entró en el salón y encontró a Horacio apoyado contra la mesa para sostenerse, pero seguía cubriendo con las pistolas a los tres, que ahora se morían de miedo. Templar utilizó los restos de las cuerdas que había allí para atar a los tres bandidos de modo sólido y firme. Luego, entre él y Horacio los sacaron a cubierta.

El barco ya no avanzaba; se mecía al embate de las olas. Los dos buques de guerra se acercaban por ambos lados, y el Santo subió a cubierta para colocarse a plena luz de los reflectores. En seguida se oyó la voz de Carn a través de un megáfono:

—¿Qué ha pasado? ¿Está usted bien?

—¡Estupendo! —contestó Templar alegremente—. Tenemos tres prisioneros y un cadáver esperándole aquí.

—Dentro de dos minutos subiré a bordo —dijo Carn, y así lo hizo.

Subió por la escalera de cabo, y el Santo lo recibió en la cubierta.

—Parece que el barco se hunde —fue lo primero que dijo el policía—. Podemos hablar más tarde… Más vale que se den prisa para embarcar en las torpederas, antes de que sea tarde.

El Santo sorprendió tanto a Patricia como a Carn con su respuesta:

—No se hunde. Sólo lo he dicho a Bittle y compañía, pero no es verdad. Horacio y yo fijamos las bombas haciendo que achicasen el agua de los tanques de babor para llenar los de estribor. Acabo de invertir el orden, y dentro de poco el barco volverá a su situación normal.

Después explicó a Carn todo lo que había sucedido; el inspector se quedó asombrado ante las noticias.

—¿Quién se iba a figurar que el Tigre era Algy? —dijo.

Tomaron asiento en el salón y cambiaron impresiones. Carn había tenido la suerte de encontrar en Ilfracombe dos torpederas nuevas que acababan de hacer un viaje de pruebas y estaban a punto de volver a Bristol.

—De todos modos —observó—, hubiera llegado tarde para servirle de algo. Ante usted es preciso quitarse el sombrero, Santo.

—¿Qué papel hace Lapping en este asunto? —preguntó Patricia.

Al mismo tiempo les contó la entrevista que había tenido con sir Michael aquella tarde, y el inspector sonrió.

—Lapping conocía mi objetivo en Baycombe —dijo—. Y también le informé de que el Santo trataba de anticipárseme. Creo que debió de parecerle que usted trataba de sonsacarle en beneficio del Santo.

Templar no se creyó obligado a decir nada acerca de Harry Le Duc. Antes de que permitiera volver a éste a Baycombe, le convenció del peligro de las venganzas privadas, y Harry se había resignado a renunciar a ella.

—Puede usted decirle a su amigo Lapping que Harry Le Duc ha decidido perdonarle —se limitó a decir el Santo.

Carn se mostró curioso, pero el Santo desvió la conversación.

—Ahora estamos todos contentos —dijo—. Usted tiene a los delincuentes para llevárselos…, y yo tengo el oro.

Carn se echó a reír.

—Me había olvidado del oro… Estaba tan preocupado por usted y el Tigre…

—Pues yo no me he olvidado del botín —dijo el Santo—. Aguardé hasta que todo estuviese a bordo, porque no me agradó la idea de haber trabajado en balde… —Mirando fijamente al

inspector—: ¿Qué le parece, Carn? ¿Dejamos las cosas así? Usted sabe que soy recto; quisiera llevar este barco a Nueva York para devolver el oro al Banco de Chicago y cobrar el premio. Será lo suficiente para que pueda retirarme y vivir bien. Usted recibirá la recompensa por la captura del Tigre y su banda. ¿Le parece equitativo?

Carn tendió la mano y los dos sonrieron al estrechárselas.

—Supongo que la señorita Holm irá con usted.

—Se lo preguntaré —prometió el Santo—. Será fácil. Estos barcos a motor son de manejo sencillo, y Horacio tiene toda la experiencia que necesitamos. De todos modos, América es un sitio muy grande y a la fuerza hemos de arribar a sus costas. Una vez allí, preguntaremos dónde estamos y buscaremos tripulantes y un capitán. Sólo podremos navegar durante el día; de manera que el viaje será lento… Pero me parece excelente como viaje de novios…

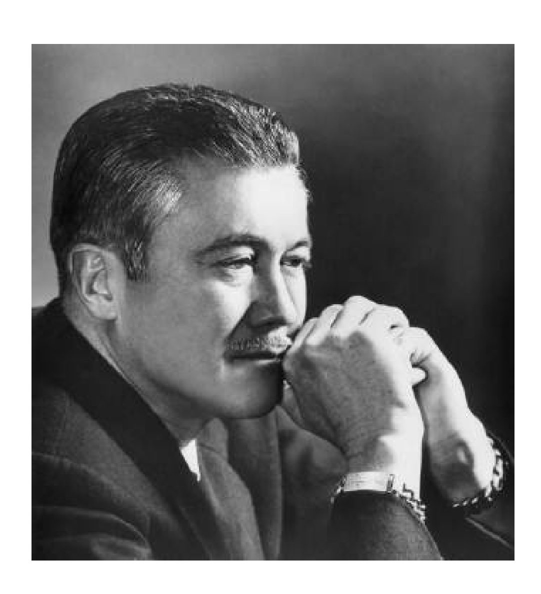
Una de las torpederas había marchado en busca de las lanchas con la tripulación a la que el Tigre permitió irse. El cadáver de Algy y los tres prisioneros fueron llevados a la otra torpedera, y la marinería, que había registrado el barco de arriba abajo, volvió ahora a embarcarse.

Carn fue el último en irse.

—¡Adiós, Santo, y buen viaje!

—¡Adiós, Carn, y que detenga usted a muchos delincuentes! —contestó el Santo con unción.

F I N



LESLIE CHARTERIS (1907-1993), nacido Leslie Charles Bowyer Yin, fue un autor británico principalmente de los géneros de misterio y ficción, así como guionista. Es conocido sobre todo por sus muchos libros en los que hacía crónica de las aventuras de Simon Templar, alias «El Santo».

La biografía personal de Charteris parece sacada de una de sus novelas o colecciones de cuentos cortos. Su padre era un médico chino de rancia ascendencia noble, descendiente directo de la dinastía de emperadores Chang, y su madre una bella mujer inglesa. Antes de aprender inglés, ya hablaba malayo y algunos dialectos chinos. Durante su larga vida, Charteris desempeñó los más variados oficios, como pescador de perlas, buscador de oro, plantador de caucho, minero, conductor de autobuses, policía, camarero, jugador profesional de cartas y en los años treinta, guionista en Hollywood. Sus novelas están traducidas a más de 15 lenguas.

Notas

[1] *ST* es, en inglés, la abreviatura de *Santo* (Simón Templar). <<

[2] Se refiere a la Primera Guerra Mundial. < <